

Pelia

ELENA FORTUN

LO QUE DICE



A MI AHIJADITA ISABELA

Elena Fortún se complace en hacer público su agradecimiento a la Dra. Inés Field que con amabilidad y competencia extraordinaria ha efectuado la revisión de ciertos diálogos típicamente españoles para hacerlos comprensibles a los niños sudamericanos.

CELIA: LO QUE DICE

[Faint handwritten text, possibly a signature or date]

Queda hecho el depósito
que dispone la ley 11.723.

2.70
ELENA FORTÚN

Sección Infantil

Celia



LO QUE DICE

dibujos de Andrés Damesón

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

1431/18

PRÓLOGO

CELIA ha cumplido siete años. La edad de la razón. Así lo dicen las personas mayores.

Celia es rubia; tiene el cabello de ese rubio tostado que con los años va obscureciéndose hasta parecer negro. Tiene los ojos claros y la boca grande. Es linda. Mami se lo ha dicho a papi en secreto, pero ella lo ha oído.

No se envanece por tal cosa. Es seria, formal, reflexiva, razonadora... Porque ¿de qué serviría haber alcanzado la edad de la razón si no sirviera para razonar?

Así, pensando, pensando, ha entendido que, siendo los mayores tan grandes y tan ásperos, tan diferentes en todo a los niños, no pueden comprender nada de lo que los niños piensan o hacen.

¡Pero vaya usted a quitarle de la cabeza a una persona mayor, que es ella la que debe mangonear!

Que se queda Celilla con los ojos muy abiertos contemplando los leños que arden en la chimenea, pues dice mami: "Juana, acueste a la niña, que se está durmiendo." Que al tomar una porcelana de

la vitrina se cae y se rompe. ¡Dios mío, cuántos gritos y qué regañina!... Como si ella no lo sintiera más que nadie.

Algunas veces está triste (¡le dan tantos disgustos!), y tiene tanta pena que, aunque haya llorado mucho, los sollozos la ahogan todo el día. Entonces los mayores dicen: "¡Dios quiera que nunca tengas que llorar por algo más grande!" y en seguida: "¡Feliz edad!... ¡Qué dichosos son los niños!"

¡Dichosos! Ellos si que lo son, que se van a la calle cuando quieren, se acuestan cuando les parece bien, comen lo que les gusta y rompen lo que se les cae, sin que nadie acuda a darles azotes.

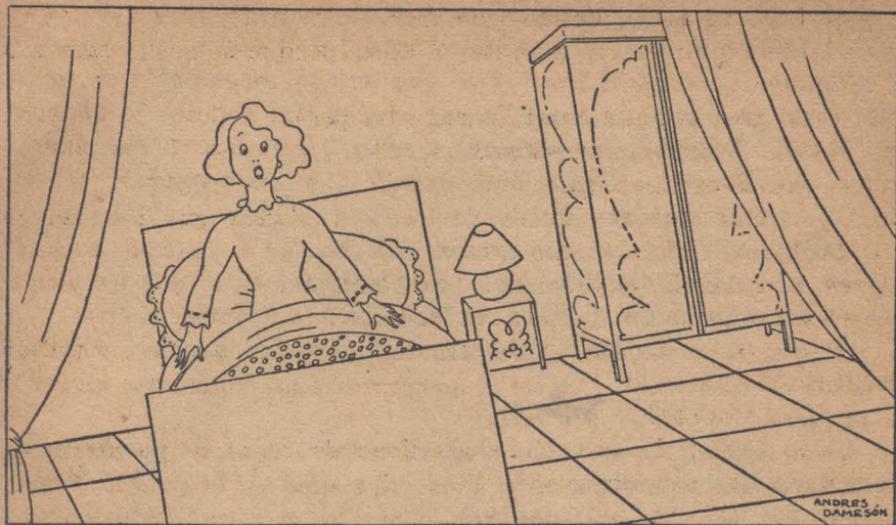
¡Y qué terno se dan! "Cuando las personas mayores hablan, los niños no rechistan". "A los mayores no se los contradice nunca". En la mesa: "A comer y a callar".

No se adónde llegarían las cosas si hubiera que callarse siempre.

Felizmente, ella tiene siete años. ¡La edad de la razón! ¡Será por haber pasado de esa edad por lo que los mayores no comprenden las cosas más sencillas?

¡Y es inútil explicárselas! Sin embargo, Celia siente la necesidad de decirlo todo, y va a contar todos los menudos incidentes de su vida inquieta, que para los que tengan su edad serán claros y transparentes, y un poco absurdos para las personas mayores, tan intolerantes e injustas casi siempre.

Escuchad:



Los Reyes Magos

ME desperté asustada, y oí como si un gato estuviera arañando las maderas del balcón. ¡Los Reyes Magos!

Entraba la luna por las rendijas, y entraba el frío también...

De buena gana me hubiera levantado a ver lo que ocurría, pero ¡me daba un miedo!... Me tapé la cabeza y empecé a rezar:

“Jesusito de mi vida
tu eres niño como yo...”

De repente, ¡pum! ¡pum! ¡pum!, un ruido terrible de cosas que caen sobre el balcón... y me encuentro en camisa delante de un señor negro con corona, que está sentado en la barandilla.

—¡Dios te salve, Celia!—me dice.

—Que Dios te salve a tí, Rey Negro, porque si no, te caerás a la calle.

—Yo no me puedo caer, porque no peso.

—¡Qué bien! Entonces podrás volar.

—¡Ya lo creo! Mira.

Y, agarrando las puntas de la capa blanca que llevaba, se marchó volando por la calle arriba.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Rey Negro! ¡No te vayas!

—Ya estoy aquí. ¿Qué quieres, Celia?

—Que no te vayas sin dejarme los juguetes que te he pedido en mi carta.

—¿No los ves?

¡Que tonta! Estaba el balcón lleno de cajas, y yo no había visto nada hasta entonces.

—¿Me has traído la cocina?

—Sí, dos cocinas.

—¿Y el borrego?

—Un borrego y una cabra.

—¿Y el Teddy bear?

—También.

—¿Y la vajilla?

—La vajilla, y un reloj, y cacerolitas, y libros, y rompecabezas y una raqueta. . .

—¡Ay que bueno eres! Y ahora que me fijo en tí. . . ¡cuánto te pareces al valet de tita Carmen!

—¡Como que es mi hermano!

—Si lo sé antes le doy a él la carta para que te la llevase, y así me hubieras traído más cosas aún. . .

—¿Te parecen pocas?

—No, no; no son pocas. Pero te hubiera dicho que no te olvides de Solita, la hija del portero. ¡El año pasado no le trajiste nada!



—Si le traje; pero te quedastes tú con ello...

—¡Jesús que mentiroso!

—¡Niña! ¿Cómo hablas así a un santo?

—¡Ay, Rey Negro! Perdóname; pero no sé como decirte que no dices la verdad...

—Sí, digo la verdad. ¿No crees que es demasiado para tí todo lo que te he traído por orden de Dios?

—No sé...

—Sólo dejo juguetes en los balcones de los niños ricos; pero es para que ellos los repartan con los niños pobres. Si tuviera que ir a casa de todos los niños no acabaría en toda la noche...

—Sí, sí; ya comprendo. ¿Entónces debo repartir con Solita lo que me has dejado?

—Eso es. Yo no puedo detenerme más. Está amaneciendo y aún me queda mucho que hacer.

No sé por donde se fué ni cuando me metí en la cama, porque me quedé dormida y no desperté hasta que entró la luz del día en mi cuarto.

Me volví a levantar, me abrigué con la colcha y salí al balcón.

—¡Solita! ¡Solita!—grité mirando a Solita en la calle— ¡Mira lo que nos han traído los Reyes!

Desaté todos los paquetes, y con las cuerdas hice una muy larga que llegaba hasta abajo.

—Espera, que te voy a tirar una cabrita —y se la mandé bien atada en la punta de la cuerda.

—Y ahora unos libros... —y se cayeron; pero todos llegaron al suelo.

—Y una caja con una cocina.

¡Como bailaba Solita!

Detrás de mí, dijo papi:

—¡Pero qué estás haciendo, niña!

—Repartiendo los juguetes.

—¡Entra del balcón, hija, que estás desnuda! ¡Milagro será que no te de una pulmonía! ¡A la cama!

¡Qué gritos daba!

—Pero papi, si me ha dicho el Rey Negro que le dé a Solita juguetes, porque son también para ella.

—Veremos lo que dice tu madre de eso. ¡Abrígate bien!

—Mira, papi, el Rey Negro me lo ha explicado todo...

—¡No digas tonterías! Todo eso lo has soñado o lo has leído en alguna parte.

—¡Que no, papi, que no! Mira, yo te diré...

—¡Nada, no me digas nada! ¿Qué es lo que le has dado a Solita?

—Una cabra...

—¡Válgame Dios! ¡Un juguete carísimo!... ¿Entras en calor?

—Sí, sí; ya no tengo frío... Voy a contarte...

—¿Te quieres callar? Las niñas no mienten ni creen que es verdad lo que sueñan...

De pronto apareció Juana haciendo aspavientos.

—Señor, aquí está Pedro, el



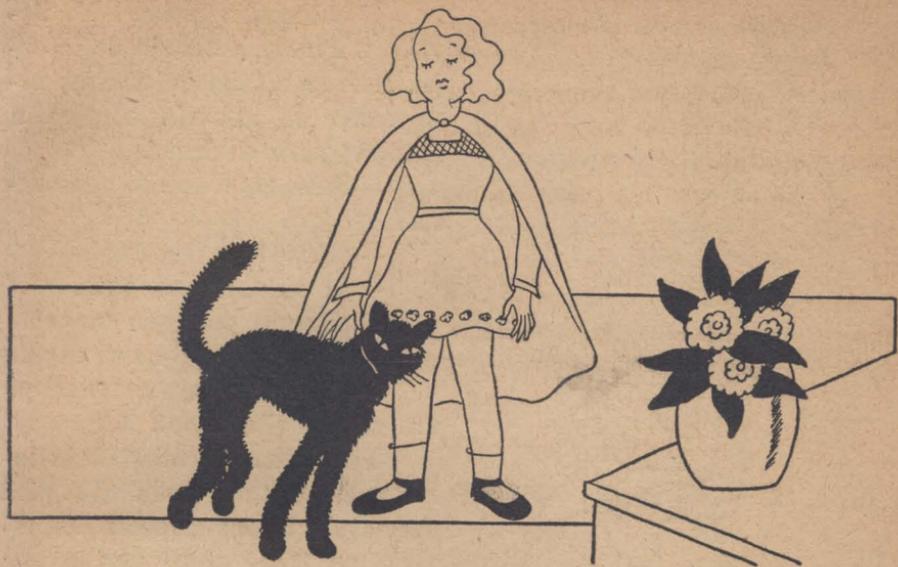
portero, con unos juguetes que dice que...

—Bueno, bueno —interrumpió papi— dígale que son para su hija, que se los dé...

—¡Ay, papi, qué bueno eres! ¡Ya lo sabía yo!

—Lo que tú no sabes es la que nos va a armar tu madre en cuanto aparezca.

¡Y ya se oían los pasos de mami!...



El Cumpleaños de la Gata

EL jueves fué el santo de Pirracas.

—¡Muchas felicidades!

La gata se restregó contra mí maullando, y yo decidí celebrar su fiesta.

—Miss ¿la llevamos al Parque?

—No diga tonterías.

—Mami ¿me dejas llevar de paseo a la gata?

—¡Jesús, qué criatura! ¿Serías capaz?

—¡Ya lo creo! ¿Por qué no?



Y salimos a pasear. Yo llevaba a Pirracas debajo de la capa. Ella se estaba quietecita; pero como se aburría empezó a maullar para decírmelo.

—Celia ¿qué es eso que suena?

—¡Nada!

—Sí, sí, suena un gato.

—¡Bueno, pues que *suene!*

—Y está debajo de su capa...

—¡Claro! ¡Voy a tener yo un gato en el cuerpo!

Pero como la miss es testaruda como una mula (lo dice Juana), y le gusta meter las narices en todo, quiso ver lo que *sonaba*. Yo me defendía; la gata saltó al suelo y ¡se escapó!

Pirracas era de la abuelita, que la quería más que a las niñas de sus ojos. (Eso también lo dice Juana).

Y como la abuelita se ha muerto, ahora es mami la que quiere a la gata más que a esas niñas.

Yo vine a casa llorando, y mami, al saber lo que había pasado, lloró también. La miss aseguró que yo tengo el demonio en el cuerpo...

Entonces papi mandó poner

un aviso en el diario, ofreciendo un regalo al que encontrara a Pirracas, y desde el día siguiente han traído más de mil gatos.

En casa han quedado cinco, porque nadie sabe cual de ellos es nuestra gatita.

—Vea usted el problema en que ha puesto a sus padres.

Para miss Nelly todos son problemas.

—Pues no señora, no es problema. Los cinco gatos son Pirracas.

—Eso no puede ser.

—Pero es.

—No puede haber más que uno que lo sea.

—Dígame, hoy es San Antonio ¿quién era San Antonio?

—Un Santo..

—¿Y hacía milagros?

—Como todos los santos.

—Pues si era santo y hacía milagros habrá hecho de Pirracas cinco gatas.

—No puede ser.

—Si puede ser. Jesucristo hizo de cinco peces muchos peces.

—Para comer.

—Eso es, para comer. Y San Antonio ha hecho de Pirracas otras cinco para que jueguen conmigo.

—No puede ser.

¡Qué rabia! ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡Tonta! La verdad es que no hay más Pirracas que una, y que yo la conozco aunque aún no lo he dicho.

—Mami ¿verdad que nos quedaremos con todas las gatas?

No hija. Creo que ya sé cuál es la verdadera, aunque todas parecen iguales.

—¿Y qué haremos de las otras?

—Se las llevará Pedro, el portero.

Yo me puse a llorar.

—¡No se las des, mami! ¡Mira que no la conocemos! Mamaíta, yo las cuidaré.



—¡Cállate! Piensa en que tú tienes la culpa de que ahora no sepamos qué hacer con tanto animalito...

Están en la pieza de los baules.

Anoche las estuve mirando por el ojo de la llave. Entraba luz por el montante y las ví correr de un lado a otro, pelearse, saltar hasta los armarios. ¡Pirracas nunca hace esas cosas!

Esta mañana temprano, cuando empezaba a ser de día, sentí que venían a buscarlas. Hablaba una mujer y se reía sin hacer ruido.

Después tiraron algo al suelo y se fueron. Por la calle sentí correr unos coches.

—¡Juana! ¡Juana! ¿Quién se ha llevado las gatas?

—No sé. Yo no he visto a nadie.

—¿De veras?

Me vestí de un salto. En la pieza de los baules estaba todo revuelto y habían tirado unas cajas.

—¡Lo he comprendido todo! Las gatas eran cuatro princesas encantadas... Nadie las ha visto marchar y se han ido.

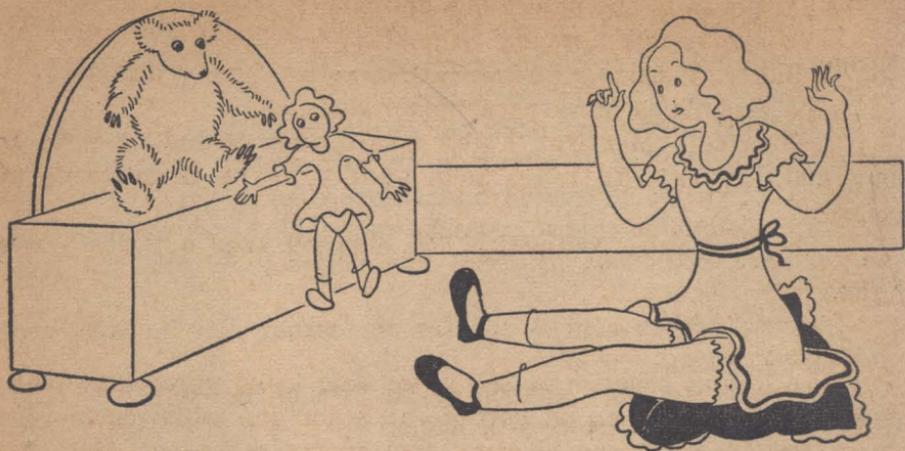
El hada madrina ha venido esta mañana, y era ella la que se reía... Los coches que oí rodar eran las carrozas de oro donde iban las princesas...

—Papi ¿sabes quienes eran las gatas?

—Sí, hija, sí. Unas princesas, o unas hadas, o los duendes de "El Castillo de irás y no volverás".

—¡¡Justo!! ¡Ay, papi querido, tu sabes siempre todas las cosas!





El Osito de Felpa

EL Teddy Bear que me trajeron los Reyes se parece a miss Nelly como si fuera hijo suyo.

Papi y mami se enfadan cuando lo digo. Tú, lectora, lo comprenderás mejor. El osito tiene el pelo rubio, rubio, como la miss, y los ojos fijos y bobos, como ella.

—Yo estar furiosa con Julieta por lo diablo que es —dice el osito.

Julieta es mi muñeca rubia, mi hija, y el Teddy Bear es miss Nelly, la institutriz que se queja de mi hija.

—¿Qué hace la pobrecita?—pregunto yo.

—No aprende nada.

—¿Y qué es lo que quiere que aprenda?

—Yo querer que aprenda Gramática.

—¡Bah! ¿Y para qué sirve la Gramática, quiere decirme?

—La Gramática sirve para hablar bien.

—¡Mentira! ¡Mentira! Usted sabe mucha Gramática y habla muy mal. ¡Vaya! Yo tengo siete años y no sé Gramática, ¡ni quiero!

—Tampoco sabe Aritmética. Ni siquiera sabe que dos y dos son cuatro.

—Cuatro ¿qué?

—Cuatro.

—¡Ay, miss Nelly, miss Nelly, me está usted pareciendo tonta de remate! He leído en un libro de un señor que sabía mucho, que no se debe decir cuatro ni siete, sino cuatro manzanas, siete pajaritos, cinco niñas...

—No quiere levantarse por la mañana ni acostarse por la noche.

—¡Claro! Como que no tiene sueño cuando usted lo ordena, ni deja de tenerle porque usted quiera...

—No quiere estudiar a sus horas.

—¿A qué horas?

—A las horas de estudio.

—Porque quiere jugar.

—A la hora de jugar quiere leer.

—¡Justo! Pero miss, no sea usted testaruda. Julieta no puede levantarse a las ocho y estudiar a las nueve y comer a las diez, porque no anda al mismo tiempo que el reloj.

—Las niñas deben ser ordenadas.

—¿Qué niñas?

—Las niñas distinguidas.





—Julieta no es niña distinguida: es sólo una niña buena.

—No es buena, es rebelde.

—¿Por qué?

—No quiere ir al parque por la calle Serrano.

—Porque hay un perro que ladra mucho. Y a usted, miss lo mismo le sería ir por otra calle.

—Sí, pero hay que obligarla a ser obediente.

—¡No sea usted tonta miss!

—Además no quiere comer la sopa.

—Porque no le gusta.

—Pero alimenta...

—Cuando sea la sopa de almendras, y en vez de pescado le den crema, y después torta, y bombones de postre, ya verá cómo tiene apetito Julieta... ¡Y yo también!

—Los dulces ensucian el estómago.

—¿Usted qué sabe? Pero estas institutrices se creen que lo saben todo...

—Yo he estudiado mucho en Inglaterra.

—Pero aquí no. Si hubiera ido a mi colegio no sería tan acusona.

—¿Qué es ser acusona?

—Contar a las mamás todo lo que hacen las niñas.

—Para que las castiguen.

—¡Muy bonito y muy buena intención!

—Así se corrigen.

—¡Ah! ¿Es para eso? Pues entonces, para que se corrija usted, la voy a poner de rodillas, cara al rincón. ¡Ahí! Castigada hasta la noche.

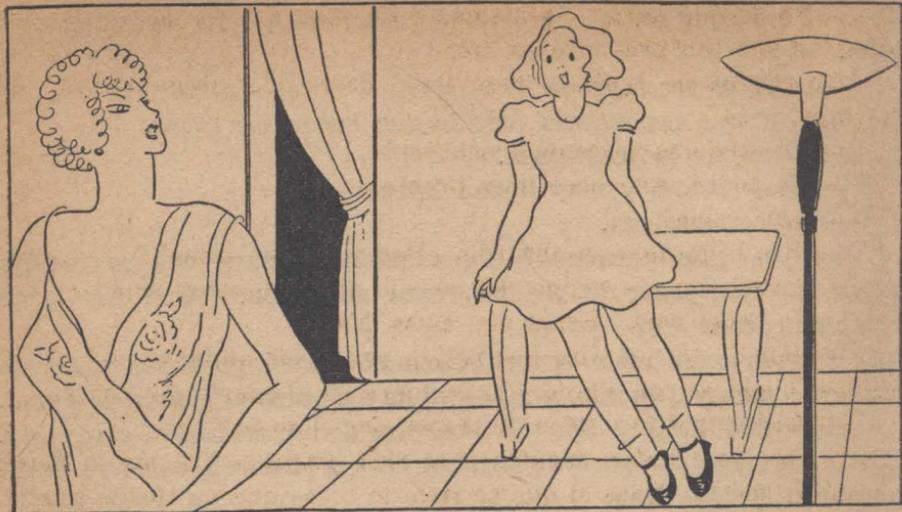
Y nada más había ocurrido, cuando entró miss Nelly (la de carne), como un demonio, y me llevó de un brazo al cuarto de mami.

Allí gritó, lloró, y dijo mil picardías de mí, en inglés, claro está. Hasta que mami me puso de rodillas, cara a la pared, como yo había puesto al Teddy Bear.

Parece que toda la conversación que yo había tenido con la institutriz de Julieta habían sido insultos a miss Nelly.

Al osito lo ha guardado mami en el armario del cuarto de costura, y ya no me dejan jugar con él.





Mami se va a la calle

MAMI se vestía para salir.

—¿Ya te vas?

—Sí, hija, ya me voy.

—¿Estarás cuando yo vuelva del colegio?

—No sé, pero creo que no.

—¿Por qué te vas todas las tardes?

—No seas preguntona. Voy de compras, de visitas, a tomar el té. ¡Qué se yo!

—¿Y todas las mamis se van de casa por la tarde?

—No sé que harán las mamás, hija mía. Lo que sé es que las niñas no son tan preguntonas como tú.

Yo me quedé triste y con deseo de seguir preguntando. Al fin dije:

—¡Si volvieras antes de anoecer!...

—No podré. Anochece muy pronto.

—¡Qué rabia!

—Mira hija, no seas absurda. ¿Por qué “qué rabia”?

—Porque cuando vengo del colegio siempre estoy sola.

—No estás sola. Estás con miss Nelly...

—¡Bah!... y los días que sale a ver a sus amigas...

—Te quedas con Juana y la cocinera en el cuarto de costura.

—¡Que está frío y lleno de trapos por el suelo!

—Pero te cuentan cuentos y te ríes mucho... tú me lo dices.

—No me río. Ellas sí que se ríen de cosas que no tienen gracia.

Y, además, no saben hablar y dicen *diferencia* y *haiga*... Ayer me llamaron mocosa...

—Vamos, vamos, criatura. ¿A que vas a llorar? Todas las noches cuando vuelvo te encuentro con papi...

—Sí; cuando está muy oscuro, sale papi del despacho y me llama porque tiene miedo.

—¡Jesús! ¿Serás tonta?

—Sí, tiene miedo, y yo también. Por eso encendemos la luz del hall y nos paseamos de la mano.

—¿Por el pasillo?

—Sí, por el pasillo. Vamos desde el rincón del tapiz hasta la puerta de la escalera, después volvemos al tapiz y luego a la puerta... Y siempre que sube el ascensor, papi abre la mirilla para ver si eres tú.

Mami se quedó pensativa y un poco triste.

—Pues no me ha dicho nada.

—Papi nunca dice nada; pero algunas veces caminamos tan

ligero, que parece que vamos corriendo, y otras muy despacio y me aprieta la mano...

—¡Válgame Dios! ¡Qué criaturas sois! ¡Si yo lo hubiera sabido!

—Y Juana también tiene miedo. Se va a poner la mesa al comedor y no hace más que correr hasta la cocina, porque no quiere estar sola.

—Vamos, hija, vamos; no digas más tonterías. Papi está encantado de que yo me distraiga un rato por la tarde.

—Sí, pero tiene miedo y suspira cuando tardas... ¡Si volveras temprano!

Mami reflexionó muy satisfecha.

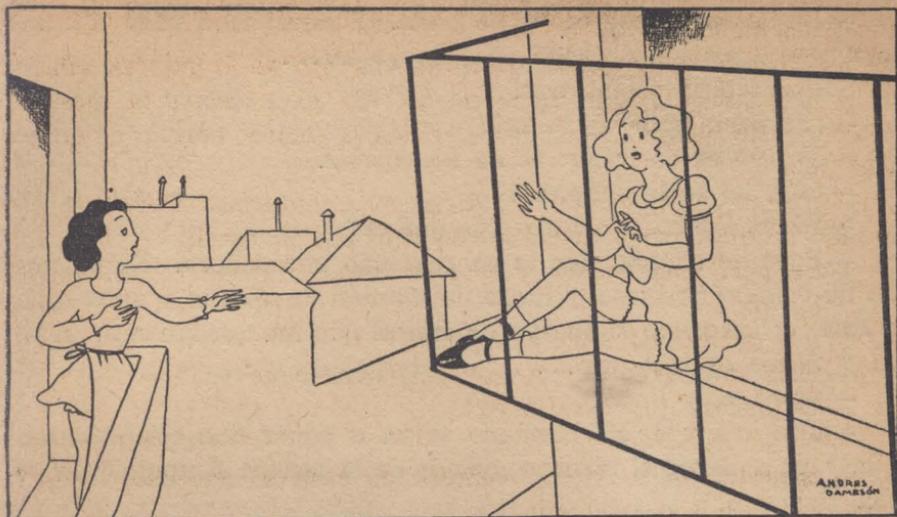
—Hija mía, creo que me quereis demasiado...

—Entonces... ¿no sales ya?

—No sé qué haré...

—Mamita, no te vayas siempre de casa al anochecer, que a todos nos da miedo estar sin tí.





Solita es la Cenicienta

MISS Nelly se ha ido a Inglaterra, a ver a no sé quien que está enfermo, y como ella cree que todo lo sabe, ha dicho que le va a curar.

Volverá, pero como ahora estoy sola estoy muy contenta.

Ayer me asomé al balcón del pasillo que da al patio.

—¡Solita, oye! Que te quiero decir una cosa. Dime ¿tú no te disfrazas?

—¡Ya lo creo! Como todos los años.

—Y yo también ¡Tengo un vestido más bonito!

—¡Será de raso!

—Es de seda y de oro y de plata. Y aquí tiene unas cosas, y luego aquí otras, y esto hace así, y luego así...

Solita estaba asombrada.

—¡Será un traje de reina!

—No, no es de reina: es de *Incroyable*.

—¡Ay, no se te entiende!

—Dime, Solita, y el tuyo ¿de qué es?

—Pues de chuma. Me le ha regalado una señora. Es un vestido de *volados* precioso, y luego un mantón de Manila y unos zapatos que brillan como si fueran de cristal que me quedan muy grandes, y flores aquí, y aquí...

—¡Será muy lindo!

—¡Ya lo creo! Mi hermano se va a poner una colcha encarnada y va a llevar el abanico grande de la señora Antonia y la escoba vieja.

—¿Y de qué va vestido?

—De máscara. Luego iremos con el chico del hojalatero, que se viste de tonto, y con la *Madalena*, que se disfraza de paleta, al corso de la Avenida.

¡Cómo se va a divertir Solita!

—Yo también voy a un baile de máscaras...

—Pero no será como la fonda del tío de Juan, donde iremos nosotros a merendar unas costillas muy ricas... El año pasado se me perdió un zapato de tanto como me reí, y luego mi madrastra ¡me dió una paliza!...

—¡Yo también comeré marrons glacés, y masitas con crema y con dulce!

—¡Ah! Pero eso no puede ser rico. Donde hay un buen asado sobran esas pamplinas.

Solita tiene razón.

—Yo no comeré, porque no me gusta nada.

—¡Claro! Es como lo del traje. Cuanto mejor era que te vis-

tieran de reina, con tu corona de oro en la cabeza, o de manola con mantilla de encaje, y no de eso que no se entiende...

¡Ay, Dios mío, que es verdad!

—Yo no me quiero vestir de Incroyable, mamita. ¡Yo no quiero!

Solita se reía.

—¡Anda, hija! ¡Pues tírate al suelo!

—¿Qué dices?

Entonces, Juana que pasaba por el pasillo, empezó a decir:

—¡Jesús! ¡Qué criatura! ¡Pues no está en el balcón enfriándose!

Empecé a llorar, porque me había puesto muy triste.

—No me quiero vestir de *Incroyable*.

—Pero, ¿qué dices? — chillaba Juana, que es tonta. — ¡Adentro! ¡Y que mamá no sepa que te has pasado la tarde al fresco, porque bien nos va a ir!...

—¡No quiero ir al baile de trajes!

—Bueno, bueno. Eso ya lo arreglarás con tu madre.

—¡Me tiraré al suelo!



—Eso; y te darán unos azotes y te quedarás cuatro días sin postre.

—¡Yo quiero ir con Solita al corso, y al baile... y a la cena!

—¡Válgame Dios, que coplas! ¡Pobrecita Sole! Más le valiera que la mandaran al colegio, que es la Cenicienta de la casa.

—¡¡Pero es la Cenicienta!!

—Claro que sí. La tiene todo el día su madrastra trabajando, de aquí para allá, y luego la lleva que da asco de verla, de sucia y zaparrastrosa...

—¿Es de verdad? ¡Dios mío, y yo que no sabía nada!... Oye, Juana, dime: ¿tiene madrina?

—¿Yo qué sé? ¡Qué preguntona eres!

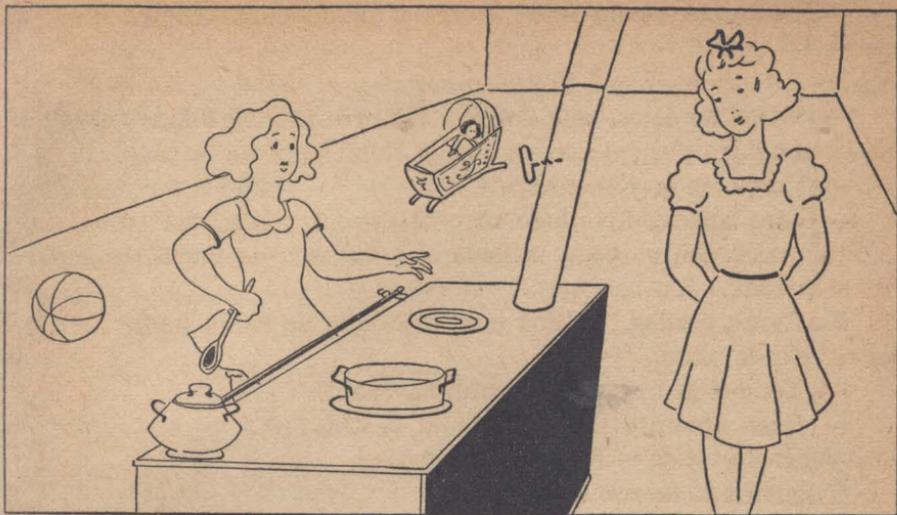
—¿Pues quien le ha regalado el vestido?

—¿Qué vestido? No digas tonterías.

¡Ella sí que es tonta!

—¡Ahora sí que lo entiendo todo! ¡Las rosas del vestido, el baile donde perdió el zapatito de cristal, la señora que le regaló el vestido!... ¡¡Sí, tiene madrina!!





Jugando a comiditas

LOVÍA mucho, y mami mandó que me llevaran a pasar la tarde en casa de María Teresa, que tiene muchos juguetes y un cuarto grande para jugar.

María Teresa estaba de mal humor, porque no había venido su amiga Chuchita, que no es un perrito, sino una niña con rulos largos.

Y como yo soy pequeña, si no venía nadie más, nos íbamos a aburrir las dos. Eso decía María Teresa.

—Tú eres mi hija —decidió de pronto—, y yo te llevaba al colegio, te enseñaba la lección y te pegaba si no me obedecías.

—No, yo no quiero ser hija.

—Pues ¿qué quieres ser?

—Yo quiero ser una reina... , o la cocinera, o una bruja; pero hija, no.

—Bueno, serás la cocinera. “A ver, Canuta, cocine este pollo en salsa china”.

—¡Bueno, señora! — dije, y me puse a cocinar el pollo.

—Canuta, limpie los zapatos de los niños.

Con un trapito y un poco de saliva dejé los zapatos como nuevos.

—Ahora, haga las camas y barra la casa.

No había escoba, y barrí con un cepillo de dientes que trajimos del cuarto de baño.

—¿Quiere la señora que encere el parquet?

—¡Naturalmente! Hay que dejar la casa como un espejo, porque va a venir de visita el Emperador de las Indias.

Trajimos manteca de la heladera, y frotamos los muebles y el suelo hasta dejarlos suaves, suaves como seda.

—Ahora hay que poner colchas, y colgaduras de lujo, tapetes y alfombras.

María Teresa sacó de un baulito todas esas cosas y muchas más.

—¿Ves todos estos pedazos de tela? Pues con ellos harás un mantel y seis servilletas que hacen falta.

—¡No sé!

—¿Cómo que no sabe? Las cocineras saben hacerlo todo.

Y María Teresa me enseñó a cortar unos cuadrados muy iguales de tela y a quitar hilos hasta que tuvieran fleco.

Después hicimos flores para los jarrones, con redondeles pequeños de tela de colores, que pinchamos con un alfiler.

—Ahora tiene usted que hacer los pasteles.

—No sé.

—¡Jesús hija! ¡Vaya una cocinera, que no sabe hacer nada! ¡No sé, no sé, no sé! ¿Es una cocinera o un reloj de repetición?

—¿Qué?

—¡Vamos, no seas tonta! Vamos a hacer bombones. Yo te enseñaré.

Fíjate bien lectora, porque los bombones resultaron muy ricos y son fáciles de hacer.

María Teresa llamó a la cocinera de verdad, y ella encendió la cocina de juguete. En una cacerolita pusimos un poco de manteca de la que nos había sobrado de limpiar la casa. Cuando estuvo derretida echó un pedazo grande de chocolate, que no sé de donde le trajo, y pedacitos de almendras tostadas.

Con el calor se hizo todo un caldo muy espeso, y entonces María Teresa fué echándolo todo a cucharaditas sobre una hoja de lata untada de manteca. En seguida se enfriaba, y ella daba vueltas a la masa hasta formar bombones alargados. ¡Tenía un olor más rico!

Los pusimos en el balcón para que se enfriaran pronto. Luego nos lavamos las manos y nos peinamos, para recibir al Emperador de las Indias, que iba a venir.

Y vino. Era un primo de María Teresa, que es cadete y usa un traje precioso de Emperador.

Con él comimos bombones y jugamos con las muñecas; pero no quiso tocar nada de la casa, porque dijo que estaba muy sucio. ¡Habrás visto!

Nos contó una historia de un león que había cazado y de unos indios que le quisieron cazar a él. Después se fué.

—¿Y ahora a qué jugamos?

—No sé, como eres tan pequeña me aburro contigo.

—Si quieres podemos jugar al león que cazó tu primo.

—Bueno. Tú corrías porque eras el león, y yo te cazaba.

Aquello, al principio, fué muy divertido, pero luego se empezaron a caer juguetes y a romperse muñecos... Yo no hacía caso, porque a los leones no les importa romper nada; yo rugía, yo me revolví el pelo, yo corría y saltaba como un león...

—¿Qué escándalo es éste? — dijo la mami de María Teresa, que vino al oírme.

—¡Que soy un león! — rugía yo.

—¡Pero esta niña se ha vuelto loca! ¡A callar! ¡No ves que te vas a poner ronca? ¡Madre de Dios, qué sofocada estás!

Y la mami me tomó de la mano y nos llevó a la sala donde está siempre.



—Voy a darles un libro de figuras y se quedarán quietas hasta que vengan a buscar a Celia.

María Teresa se sentó en un sillón grande, frente a la chimenea, con el libro en las manos. Yo junto a ella, en una silla baja; a mi lado sentamos en una banqueta a Mariuca, la muñeca, y al suyo, a Caifás, el conejo que chilla.

María Teresa empezó a leer.

“Pues señor, este era un rey que vivía en un palacio de cristal y tenía una hija tan delicada como una pompa de jabón”.

Yo me encontré de pronto en el palacio, andando por los salones, de la mano de la princesa. ¡Qué calor hacía!

—¿Por qué no abrimos el balcón, princesita?

—Porque en cuanto nos dé el aire nos desharemos.

—Yo, no.

—Tú también, porque en este palacio eres una pompa de jabón como yo. Ahora puedes subir hasta el techo y lanzar rayos de colores si te da el sol.

En este momento se abrió una ventana, y la princesa y yo nos deshicimos con un estrépito horroroso...

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? — oí decir, y me encontré en el suelo con la muñeca, el conejo y las banquetas.

—¿Pero te habías dormido, criatura? ¿Te has hecho daño?





La carabela de Colón

ERA por la mañana; y papi y mami, mientras tomaban el desayuno, hablaban de comprar una cosa.

—Es muy cara — decía papi.

—Pero es magnífica... Y ya lo oíste: la copia exacta de la “Santa María”.

—Bueno, mujer, bueno. Si tanto te gusta, di que la traigan hoy mismo.

—¡Qué bueno eres! — dijo mami.

Yo estaba preocupada. ¿Qué sería?

—Dí, mami. ¿Qué te vas a comprar?

—Una carabela.

—¿Una carabela? ¿no es una moneda?

—No digas tonterías. Una carabela es un barco antiguo, lo mismo que aquellos en que vino Cristóbal Colón a América.

—¡Ah! ¿Y la quieres para cuando vayamos a la playa?

—¡No, tonta! ¡Si es para el salón! Ahora hay barcos en todas las casas.

—¿Pero es muy grande?

—¡Sí, muy grande! la más grande que había.

Vino Juana diciendo que ya estaba el auto del colegio a la puerta.

—Desde que miss Nelly se fué a Londres he vuelto con las monjas y me divierto mucho. Ayer, a la hora de recreo, paseábamos por el jardín Finita y yo.

—¿A que tú no tienes en tu casa un barco?

—Sí que lo tengo. Está encima de la chimenea.

—¡Bah! ¡Será muy pequeño! En mi casa van a comprar uno grande, grande como los barcos donde iba Colón.

—¡Huy! ¿Y dónde lo váis a poner?

—En el salón que es muy grande. En medio. Debajo de la lámpara.

—¡Qué niña más mentirosa!

—No es mentira. Yo, cuando vaya del colegio, me embarcaré en él con Julieta, mi muñeca y Pirracas. Llevaré mi merienda para que comamos todos. Después remaré, y como estarán abiertos los balcones, se hincharán las velas y correremos por el mar.

—¡Huy, qué niña! ¡Pero si no es el mar!

—¡Y qué importa! El suelo está encerado y brilla como si fuera agua. Además la madera tiene dibujos y parecen olas.

—¡No se moverá del sitio!

—Bueno, pues que no se mueva... Luego, cuando llegue la noche, todo estará muy oscuro y dará mucho miedo... A lo mejor, vie-

nen unos piratas salvajes que nos quieren comer; pero yo tendré un palo y los mataré a todos.

—¿No tienes escopeta?

—¡No!

—Yo tengo una de mi hermano, y si quieres te la prestaré.

—Bueno, sí: puedes venir a mi casa a embarcarte.

—Sí, sí; yo se lo diré a mami.

—¡Ya verás qué bonito! Dormiremos en el barco, y de pronto oiremos cantar a una sirena, que se acerca a nosotros con un collar de corales para cada una.

—¿Muy grande?

—Lo menos de dos vueltas. Nosotras le regalaremos caramelos. También tenemos que llevar mucho pan para echar migas a las ballenas, que se pondrán todas alrededor...

—¡A mí me da miedo!

—¡Bah! ¡No seas miedosa! ¿No ves que yo no tengo miedo? Cuando el mar se ponga muy malo, nos pondremos de rodillas y rezaremos a la virgen muchas avemarías. Entonces vendrá la Virgen y todo se calmará.

—¡Vendrá la Virgen!

—¡Claro! Siempre ocurre así. Lo peor será que nos perderemos. ¡Qué apuros vamos a pasar! Estaremos toda la noche llorando y dando gritos por si nos oyen desde otro barco. De pronto veremos una luz y pediremos socorro...

—¡Yo no quiero! — dijo entonces Finita y se puso a llorar.

—¡Vamos, no seas tonta! ¡En cuanto veamos la luz ya estaremos salvadas! Y oiremos una voz que dirá: “¡Ánimo, ánimo!”, y nos pondremos muy alegres.

—¿Es otro barco?

—¡No! Eso creí yo; pero no es nada. Al amanecer, sólo vemos el mar. ¿Qué habrá sido, Dios mío? Pero habrá que limpiarlo todo y

hacer la comida y entretener a Julieta, que llorará de miedo... Así se pasará el día.

—¿Y vendrán piratas?

—No. ¿No ves que los habíamos matado a todos? Vendrá una golondrina con una carta en el pico, diciendo que vayamos hacia la derecha, porque hay una isla donde vive un santo viejecito que se va a morir. Entonces iremos hacia la derecha y todo el día remaremos hasta que no podamos más. De pronto gritarás tú: “¡Tierra!”

—¿Y qué pasará?

—Pues eso, que se verá tierra y que allí a la orilla estará el santo esperándonos...

Pero no pude acabar aquella historia tan preciosa, porque tocaron la campana para empezar las clases y tuvimos que separarnos. Me castigaron dos veces por conversadora. Yo quería contar lo del barco a María Luisa, pero no me dejaron.

—¡Al fin salimos! Estaba deseando llegar a casa.

—¿Han traído el barco?

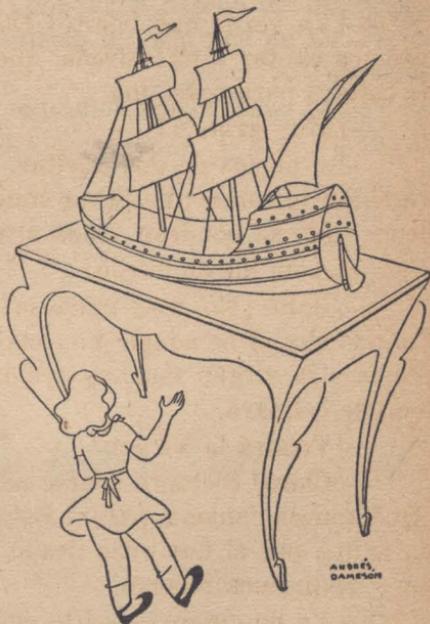
—No sé — dijo Juana.

—Pero ¿no has visto si lo han traído?

—Yo no he visto nada. Como no sea un paquete que trajeron a mediodía.

Corrí al salón. ¡No, no lo habían traído! Todo estaba igual... El espejo, el tapiz, la mesa dorada...

Fuí al escritorio.



—Papi ¿no han traído el barco?

—Sí, hija, sí; en el salón está.

—¡No está, se lo han llevado!

—¿Quién se lo va a llevar? Te digo que está en el salón, sobre la mesa. Y vete, hija, vete, que tengo mucho que hacer.

Volví al salón... ¿Pero cómo no le había visto antes?... Estaba encima de la mesa dorada... ¡Ay, Dios mío, qué pequeño era!... ¿Por qué me habían engañado? Ni siquiera Pirracas cabe en el barco... Ya no hay olas, ni piratas, ni ballenas, ni golondrinas, ni isla, ni santo!...

¡Qué pena, madre mía, que pena!... Me senté en el suelo a llorar... :



El negro del piso bajo

MAMI me había advertido:

—No vuelvas a traer a Finita a jugar a casa. El día que vino derramó el tintero, rompió un cristal y se quiso beber la colonia. ¡Jesús qué salvaje! Con otra tarde como aquella me quitáis la vida.

Aunque a mí me parece que mami exagera un poco, la verdad es que Finita se portó muy mal. Sólo quería jugar a guerrear, como juega con sus hermanos...

—El jueves voy a jugar contigo — dijo la semana pasada.

—No, no vayas porque...

- ¿Por qué?
- Pues porque... en el piso bajo de mi casa vive un hombre negro que agarra a los niños.
- ¡Qué tonta!
- Sí, sí. Está siempre detrás de la puerta y así que ve subir un niño por la escalera, lo levanta y lo mete en su casa.
- ¡Subiré en el ascensor!
- Pero abriré la puerta...
- ¿Y cómo no te agarra a ti?
- Porque a mí me conoce y no se atreve. Mi papi le mataría.
- ¡Huy qué niña más mentirosa!
- ¡Ah! ¿Es que no lo crees? Pues es verdad. Antes estaba ese cuarto desalquilado; pero la semana pasada ha venido a vivir en él un hombre gordo y negro, que tiene la casa llena de niños.
- ¡Jugarán mucho!
- ¡Ay, hija! No, no juegan porque están muertos.
- ¿Los mata?
- ¡Claro! Los cuelga del techo y los disecca y luego les pone una tabla en el cuello que dice: "Lolita, cinco años"; "Antoñito, siete años"...
- ¡Huy qué miedo! ¿Y para qué los quiere?
- Porque tiene un museo de niños.
- ¿Qué es eso?
- ¿Pero no lo sabes? ¡Hija eres tonta! Un museo es un sitio donde se guardan muchas cosas para que las vayan a ver. ¿No has estado nunca en el Museo de Historia Natural?
- ¡No!
- Pues que te lleven a verlo. Allí están diseccados muchos pájaros y leones y tigres y todos tienen un cartel que dice cómo se llaman.
- ¿Y también los ha diseccado el hombre negro?

—Sí, seguramente. Habrá estado en el campo, quieto, viéndolos pasar, hasta que los ha atrapado para ponerlos en el museo.

—¡Qué miedo! Ya no voy a tu casa.

—¡Claro! Por eso te lo he dicho.

Y ya respiré tranquila. ¡Mamá tiene unas cosas!... ¿Cómo le iba yo a decir a Finita que no volviera a casa?

Pero al día siguiente, cuando bajé la escalera para ir al colegio ¡me dió un miedo! Miré la puerta del departamento, temblando... ¡Dios mío, pero si es mentira! ¡Si no hay hombre negro, ni museo de niños! ¡Qué tonta!

—Mami, que baje Juana conmigo, que tengo miedo.

—¿Miedo? ¿A qué? ¡Ya te habrás imaginado alguna atrocidad para no dejarnos vivir tranquilos!

—No, yo no me imagino nada; pero está muy oscuro.

—¿Oscuro? No sabes lo que dices. Juana tiene mucho que hacer por la mañana y Pedro, el portero, te ayuda a subir al coche. No te hace falta más.

Y, claro, no me han hecho caso y ha ocurrido una cosa horrible.

Mami y la cocinera tienen la gripe, y el teléfono se ha descompuesto.

Papi y yo cenamos anoche solos. Después, papi se puso a leer el diario y yo me fuí con Juana a la cocina a contarle un cuento mientras fregaba.

De pronto, Juana se sentó en una silla y empezó a llorar.

—¡Ay, Dios mío, qué mal me siento! ¡Yo me voy a morir!

Porque Juana, siempre que le duele algo, dice que se va a morir.

Corrí al comedor, donde aún estaba papi.

—Juana se va a morir, papi y está llorando.

—¿Qué dices? ¿Pero aún no te has acostado?

—Papi, ¡que Juana se va a morir!

Al fin, papi se enteró de lo que ocurría y fué a la cocina.

—¡Vaya, mujer, no será tanto! Déjelo todo y acuéstese inmedia-

tamente. Será la gripe. Nada, poca cosa. Y tú, Celia, baja a la portería y dí a Pedro que avise al médico que tenemos otro enfermo.

—¿Yo sola?

—Anda, anda... Sube en seguida para acostarte.

Y bajé. Al llegar al otro piso vi que la puerta estaba entreabierta y que unos ojos muy grandes me miraban por la rendija... Corrí

escalera arriba, pero pensé que papi me reprendería y volví a bajar.

Allí me seguían los ojos grandes mirándome... ¡Unos ojos que parecían de porcelana!... Me dió un miedo horrible y volví a subir... y en seguida bajé otra vez. Pasaría corriendo...

Pero, entonces se abrió la puerta del todo y salió un hombre negro que vino hacia mí...

—¿Es usted Celilla, no es eso? Pue esta no son hora de que la niña linda vaya a la caye...

—¡Papi! ¡Papi! — grité.

—¡Chits! Caye no ma, y no me escandalise...

Papi, que estaba inquieto porque yo no volvía, llegó en este instante.

—¿Qué te pasa?

—Mire, señor, yo estaba esperando al amito detrás de la puerta, cuando ví bajá a su niña linda. Entonse yo ví que volvía a subí y a bajá dos o tres veces, como si fuera a haser una picardía y me mali-sié que ella había salido de casa sin que usted lo supiera...



Yo, que me había contenido, rompí a llorar a gritos, porque ya no podía más.

Papi me tomó en brazos, y, de mal humor, dijo al negro:

—Muchas gracias; pero ya ve usted el susto que ha dado a la niña... Valdría más que la hubiera dejado bajar...

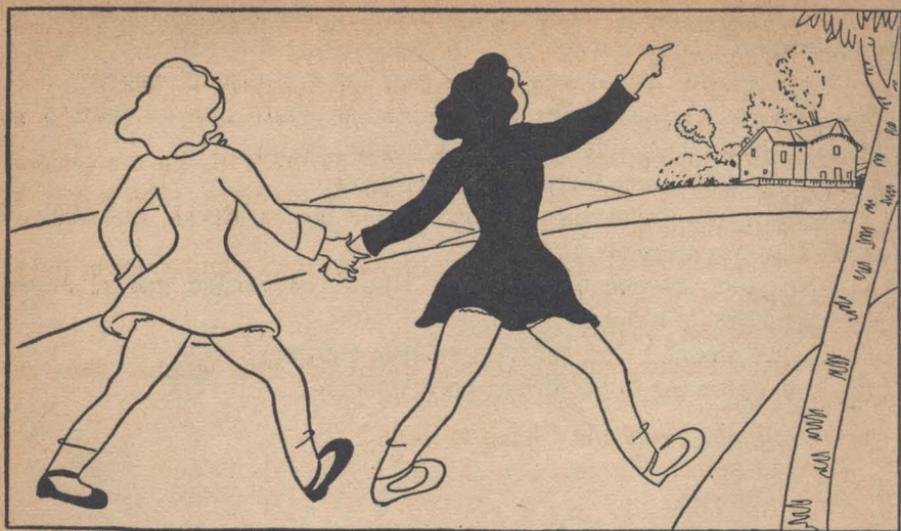
Cuando estuvimos en casa me dijo papi:

—¿Pero qué era eso de subir y bajar las escaleras, que dice el negro? ¿Es que estabas jugando?

—No, papi, es que tenía miedo. Dime ¿es verdad que el negro tiene un museo de niños?

—¿Qué dices? ¿Qué tontería te han contado?

—No, nadie me lo ha dicho; pero yo lo sé...



La madrina de Solita

- Y** o quiero ver a tu madrina, Solita.
- ¡Huy, mi madrina!
- Si, esa señora que te regaló el vestido de flores este Carnaval.
- ¡Ah, la señorita Estrella! Pues, esta tarde voy a su casa a hacer un mandado.
- ¿Quieres que vaya contigo?
- Bueno. ¿Pero te dejan salir sola a la calle?
- No lo sabrán. Mami se irá de paseo, papi está siempre en el

escritorio y Juana y la cocinera en el cuarto de costura... Volveremos pronto ¿verdad?

—¡Claro! ¿Entonces quieres que te espere en la puerta?

—¡Sí! Espérame.

En cuanto acabamos de comer, mamá se marchó. Yo me puse el abrigo del colegio y, sin hacer ruido bajé la escalera. ¡Iba a ver al hada de la Cenicienta!

Pedro no estaba en el portal; de un salto me encontré en la puerta con Solita.

—¡Vamos corriendo!

Corrimos mucho, mucho, hasta una calle muy ancha, llena de gente...

—Di, Solita ¿vive muy lejos el hada?

—¿Qué hada?

—Tu madrina.

—¡Qué empeño con el hada! ¡Pero si ya te he dicho que es la señorita Estrella!

—¿Vive muy lejos?

—No, vive en una casa preciosa en medio de un jardín ¡Es riquísima! ¡Hasta la cama la tiene de oro!

—¡Qué linda será!

Estuvimos andando mil años y no llegábamos nunca. Cuando se acabaron todas las calles, fuimos por el campo.

—¿Ves aquel palacio que tiene cristales en el techo? Pues ahí vive la señorita Estrella.

—Eso que brilla no serán cristales, serán diamantes y piedras de colores.

—Puede ser, porque es muy riquísima...

Al fin llegamos. No era el palacio tan bonito como yo creía, ni el jardín tan grande; pero había muchas flores muy perfumadas.

Llamamos y salió una vieja:

—¿Qué queréis?



—Yo soy Solita, la hija del señor Pedro, y vengo a decir a la señorita Estrella...

—La señorita Estrella no está.

—Esperaremos ¿verdad, Celia?

—La señorita no está en la ciudad... se ha ido muy lejos... a un país que le llaman Oriente.

—¿No será de donde vienen los Reyes Magos?

—Sí, hija, sí; allí mismo es donde se ha ido la señorita.

—¡Hay que ver qué cosas!

Solita no comprende que las hadas se vayan a Oriente.

—Vámonos a casa — dije yo.

Y volvimos. Yo quería correr. ¡Ay Dios mío, si se han enterado en casa de que no estoy!

—¡Con tal de que no digas que has venido conmigo! ¡Me desloman a palos si lo saben!

—No, no diré nada; pero vamos de prisa.

Corriendo, corriendo, llegamos a una casa muy grande, pintada de rojo y redonda como un castillo... Alrededor había muchos coches y mucha gente...

—¿Qué pasa?

—Nada, que hay corrida.

—¿Qué es eso?

—¡Pero Celia, a ti, sacándote de las hadas, no sabes nada!

En una puerta muy grande había muchos chicos mirando por las rendijas. Yo también miré... Primero no veía nada; después vi un patio y unos caballos tirados en el suelo, llenos de sangre...

—¿Qué es esto, Solita?

Pero Solita no estaba. La busqué por todas partes, pregunté por ella, la llamé a gritos y, al fin, me entró una pena tan grande, que me puse a llorar. Nadie me hacía caso, y volví a la puerta donde había perdido a Solita.

Aún había más chicos que antes. Se apretujaban y se encaramaban para ver mejor. Yo encontré una rendija desde donde se veía mucha sangre y unos diablos colorados que iban y venían... Pero un chico malo me dió un empujón y me sacó para mirar él.

De pronto empezó a oírse un ruido muy grande dentro del castillo.

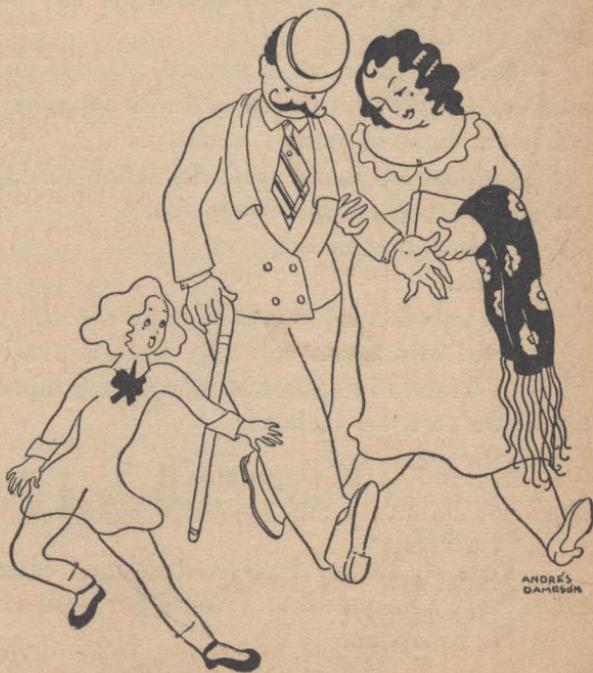
—¿Qué pasa? — pregunté al chico que había a mi lado.

—¡Qué tonta estás! ¿Qué va a pasar? Que han matado al sexto y aplauden.

—¿Están matando ahí dentro?

—No, no están matando; ya han acabado y ahora se van...

—¡Madre mía! ¿Dónde estaba yo?



Quise correr pero todos los chicos de la puerta corrían, salía gente por todas partes; me caí, me pisaron, lloré... y de pronto me levantaron tomándome de un brazo...

—¿Te has hecho daño? — me preguntó un señor gordo, con unos bigotes muy grandes; pero yo lloraba mucho y no podía hablar.

—¿Dónde están tus padres? ¿Te has perdido?

—Sí... me he perdido.. No sé ir a mi casa...

Y yo, lloraba más fuerte cada vez, porque tenía mucha pena.

—¡Vaya por Dios! ¿Y sabes siquiera dónde vives?

—¡Bueno! ¡A ver si nos vamos a buscar una complicación! — dijo una señora muy fea.

—Nada de complicación; con llevarla a su casa hemos concluído.

—Eso. Y si vive donde Cristo dió las tres voces, la llevarás tú, que lo que es yo...

—Bueno, mujer, yo la llevaré. ¿Dónde vives? ¿En la calle Serrano? ¿Ves, mujer? La podemos llevar sin salir de nuestro camino. Vamos, nena, dame la mano y vamos...

Y yo puse mi mano en la del señor gordo, que acababa de matar a no sé quién, pero que era bueno.

—¿Cómo te llamas?

—Celia.

—¿Y habías venido a la corrida con tus papás?

—¡No! Mis papás son muy buenos y no matan a nadie...

—¡Ya me lo imagino! Ni nosotros tampoco. ¿O es que crees que he matado yo a los bichos?

—¡No señor, no!

—¿Entonces es que has venido de tu casa a ver la salida?

—Sí señor...

—Pues no debían dejarte. Eres muy chica y ya ves lo que te ha pasado hoy. ¿No volverás a venir por aquí en día de corrida?

—No señor, no.

—Bueno, eso es lo que hace falta, que te haya servido de escarmiento.

—¿Pero vas a dejar a la chica en paz, o es que la piensas examinar de doctrina?

—Mira, Pepa; no seas tonta. ¡Sabré yo que ya estás con ganas de darle un beso!...

—Bueno.

Y llegamos a casa. Pedro estaba en la puerta, y así que me vió empezó a hacer aspavientos.

—¿Pero dónde te has metido, criatura? ¡Vaya un susto que tienen en tu casa!

¡Y era verdad! Mami estaba como loca. Lloraba y reía cuando me besó. Papi se había ido a buscarme por todas partes. ¡Pobre papi! Yo me lo imaginaba mirando dentro de todos los armarios de todas las casas... ¡No iba a acabar nunca!

Cuando llegó parecía que me iba a ahogar a besos.

—¿Dónde has estado, hija mía? ¿Cómo te has ido? ¿Qué querías ver?

—Fuí a ver al hada, papaíto, y no estaba; se había ido con los Reyes Magos. Después estuve en el castillo del Ogro; y estaban matando a él y a todos sus hijos. ¡Eran seis! Cuando los mataron a todos, unos señores me trajeron a casa...





El vestido corto

MAMI encontró el otro día, revolviendo en el armario de mi cuarto un vestido azul. En seguida llamó a Juana.

—Póngale ese vestido a la niña.

—Es muy feo — dije yo.

—Las niñas se callan.

—Bueno, pues que se callen las niñas; pero yo digo que ese vestido es feo y viejo y no es mío.

—¿Pero te quieres callar? — dijo mami muy enojada.

Me callé, y Juana me puso el vestido, que estaba muy arrugado.

Era tan pequeño, que las mangas me llegaban al codo y el borde al ombligo.

—¿Ves como no es mío?

—¡Jesús! ¡Cómo crece esta criatura!

—No crezco.

—¡Siempre llevando la contraria! ¡Eres insoportable!

—No crezco. Ni mis muñecas tampoco; y si crecieran me pondría muy contenta y no me enfadaría con ellas como tú conmigo. Sólo el rosal, porque le empuja la tierra para arriba...

—¡Calla, calla, habladora, que me duele la cabeza!

A las personas mayores siempre les duele la cabeza cuando se les cuenta algo. Mami se fué a la calle, a comprar no se qué; Juana a la cocina, a contarle historias a la cocinera, que nunca tiene dolor de cabeza, y yo me quedé en mi cuarto hecha un mamarracho con el vestido azul.

Me lo saqué, porque me apretaba los brazos y no podía hacer nada, y ví que no era muy feo. Estaba arrugado, pero planchándolo un poquito quedaría muy bien.

¡Qué linda estaba con él Julieta, mi muñeca! Un poco largo... pero podía cortarlo. Y lo corté en ondas, como mi vestido blanco. Después descosí las mangas, que también eran largas, y se lo puse. ¡Julieta parecía una reina!

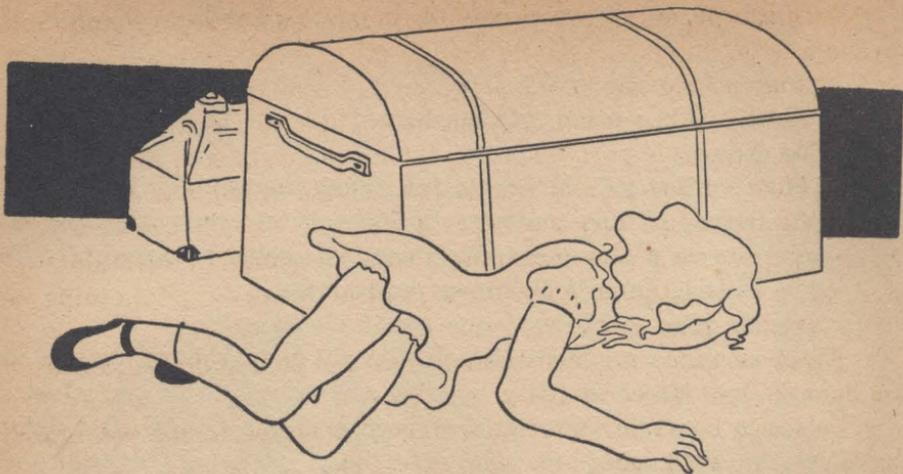
Ya habían pasado muchos días, cuando Juana le sacó el vestido a mi muñeca, gruñendo no se qué, y se lo llevó. ¡Bueno! Ya le haré yo otro más lindo.

Hoy mami me llamó a su pieza.

—¡Esto no puede continuar así, hija mía! ¡Eres mi tormento! ¿Tú crees que por jugar se puede echar a perder un modelo que te trajeron el año pasado de París? ¿Sabes que costó un dineral? ¿Por qué has hecho eso?

—¡Yo no sé lo que dices, mami!

—Sí lo sabes, sí. Pero también debes saber que ya no irás a la



playa este año y te quedarás en el campo, vestida con un delantal viejo y descalza como los chicos del pueblo.

Yo me puse a llorar. Todo aquello era una injusticia, porque yo no me acordaba de haber estropeado cosa alguna... ¡Ah! ¡Pero ya sabía!

—Ha sido Juana, mami; ha sido Juana. Yo te lo aseguro.

—¿Qué estás diciendo?

—Que ha sido Juana. Cuando rompió el florero de cristal, dijo que había sido yo; y ahora que ha roto eso que dices, me echa la culpa a mí...

Mami me miró muy seria.

—¿Es verdad?

—¡Ya lo creo que es verdad!

Mami salió de su pieza sin decir nada, y en seguida oí llorar a Juana en el pasillo.

—¡No he sido yo, señora, no he sido yo! ¿Qué interés hubiera tenido yo en romperlo?

—El interés de no tenerlo que arreglar. Ya había yo notado que no tenía usted ningún deseo de arreglarlo...

Entonces vino papi y me sentó en sus rodillas.

—Vamos, dí la verdad. ¿Quién ha cortado el vestido azul?

—Yo. No servía para nada y a Julieta le quedaba lo más bien...

—¡Muy bonito! ¿Y por qué le has echado la culpa a Juana? La pobre está llorando y dice que se va a ir...

—¡Pero si yo no he dicho que Juana ha cortado el vestido!

—¡Sí lo has dicho, embustera! —dijo mami—. ¡Esta niña se está volviendo muy mala!

Entonces papi, me llevó volando hasta el cuarto de los armarios, me dejó allí y cerró con llave.

De tanto llorar me quedé dormida y al despertarme comprendí que el vestido azul tenía otro nombre...

Mami entró a buscarme.

—¡A comer y a ser una niña buena! A Juana le pedirás perdón. Nosotros ya te hemos perdonado.

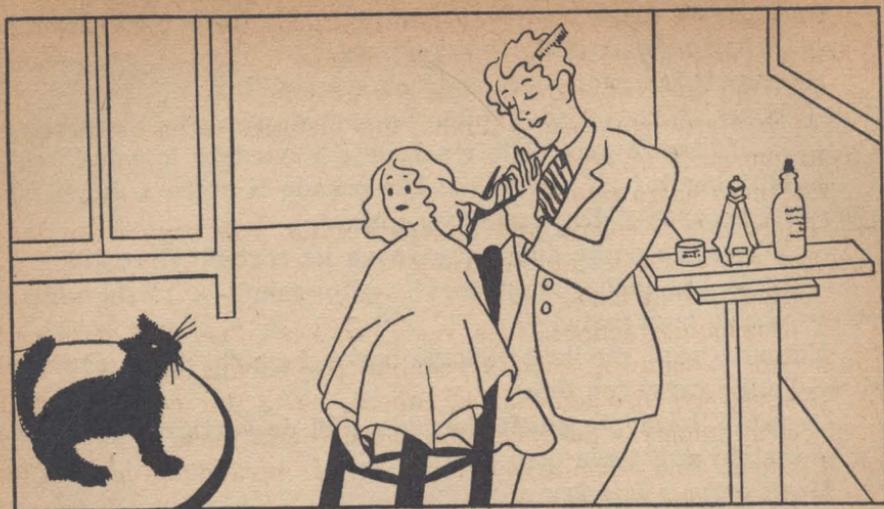
—¡Bueno! ¿Y a mí quién va a pedirme perdón?

—¿Qué estás diciendo?

—Mami: ¿Cómo se llama el vestido roto?

—¡Silencio! ¿No te he dicho que te hemos perdonado? ¡De eso ya no se vuelve a hablar más!





El demonio en casa

COMO no me consultan nada, siempre estoy desprevenida. Ayer me llamó Juana:

—Aquí está el peluquero.

Como es mami la que siempre me iguala los rizos, y nunca viene el peluquero para mí, me quedé asombrada.

Un hombre, muy feo, con un cartucho lleno de tijeras, me subió a la silla alta de comer.

—Ahora estarás quietecita.

—Bueno.

Me puso un babero muy grande que me cubría toda, apretándomelo al cuello como si me fuera a ahogar.

—Yo no quiero babero que ya soy grande.

—¡Estate quieta! —dijo Juana, que siempre se ha de meter en todo lo que no le importa.

Entonces entró mami.

—Quiero que le quede una melena cortita, con raya a un lado, para que este bucle le tape la frente.

—Bien, así lo haré.

Y el peluquero empezó “ris, ras”, “ris ras”, “ris ras”, “ris ras”, y mis rizos se caían al suelo y rodaban por encima de mí.

Después me hizo agachar la cabeza, hasta dar con la barbilla en el pecho, mientras me recortaba el pelo de la nuca.

Pirracas vino a sentarse delante de mí, mirándome asombrada.

—Pero ¿qué te están haciendo?

—Ya ves, una herejía. De pronto, mami, que estaba tan orgullosa de mi cabello, se ha aburrido de él y ha decidido que me lo corten.

—No te dejes.

—Sí, sí... ¡Buenas son las personas mayores para llevarles la contraria!

—Pregunta por qué te pelan.

—Di mami: ¿para qué me cortan el cabello?

—Para que no tengas calor en verano.

—¡Ah! ¿Viene el verano?

—Sí. Y para que estés más linda.

—¿Cómo María Luisa?

—Eso es, como María Luisa.

—¿Oyes, Pirracas? En cuanto acaben de arreglarme a mí, te cortaré el pelo para que no tengas calor y estés tan linda como Machaquito, el gato de Solita.

El peluquero, que olía a un perfume muy raro y que me zaran-

deaba la cabeza como si no fuera mía, se marchó al fin, y cuando acabó dijo: “Servidor de usted”.

¡Qué tontería! ¡Buen servidor, que me había martirizado mil horas seguidas!

Yo busqué las tijeras grandes del cuarto de costura, y agarré a Pirracas.

“Ris, ras”, “Ris, ras”, “Ris, ras”. ¡Cómo sonaban las tijeras! Igual que con el peluquero.

Pirracas se aburría porque tardaba; pero es que la gata tiene más cabello que yo.



Después pelé a Julieta y al Teddy Bear. ¡Viene el verano! Y quise pelar a Juana; pero se enojó mucho y no conseguí cortarle más que una patilla.

La cocinera empezó a chillar cuando me vió con las tijeras, y miss Nelly llegó a punto para dar la lección.

—¡A estudiar, niña!

—Bueno, vamos a decir tonterías que no se entienden — y me fuí con ella...

Al poco rato sonó en el pasillo un chillido horroroso y miss Nelly y yo salimos corriendo.

—¿Qué pasa? —preguntó la miss.

—¡Ay, Dios mío, que horror! —decía Juana.

—Pero ¿qué pasa?

—Un animal espantoso que está escondido debajo del armario grande.

—Será un ratón.

—No, no es un ratón. Es grande como un perro y tiene cuernos... ¡Ay, madre mía, que yo me muero!

—¿Pero qué dice usted, mujer? ¿Cómo va a estar debajo del ropero un animal tan grande?

—Pues sí, miss; si está.

—Será la gata.

—No, no es la gata. Dios me perdone; pero yo creo que es el demonio.

—¡Oh, qué ignorancia! “¡Tegible” ignorancia la de este país!

Miss Nelly aprovecha todas las ocasiones para insultarnos...

Todos nos pusimos a buscar al demonio; pero no lo pudimos encontrar... ¡Bien lo sentí! Me hubiera gustado que apareciera, para que rabiara miss Nelly.

Por la noche Juana andaba por los pasillos con los ojos espantados...

Hoy por la mañana he oído gritar a mami:

—¡Jesús, Dios mío! ¿Qué animal es éste?

Y Juana, triunfante, apareció en seguida.

—¡Ay, señora! ¡Yo también le he visto ayer...! Es el demonio señora. En mi pueblo ocurrió una vez un caso...

Pero no le han dejado contarle. Mami le ha mandado callar, y han sacado de debajo del ropero a Pirracas.

Porque resulta que el animal con cuernos y tan grande como un perro que había visto Juana por la noche, era la pobre gata, que, como está tan fea, le da vergüenza que la veamos, y anda escondida.

—¿Quién ha puesto así a Pirracas?

Yo me quise marchar a mi cuarto, para evitar complicaciones; pero las garras de miss Nelly se me clavaron en el brazo.

—¿Ha sido usted, Celia?

—Sí, he sido yo, para que esté fresca en verano.

—Pero, hija ¿estás loca? ¿No te ha dado lástima sacar a Pirracas su vestido?

—Para que estuviera como Machaquito...

—¿Qué tiene que ver un gato ordinario con una gata de Angora legítima!

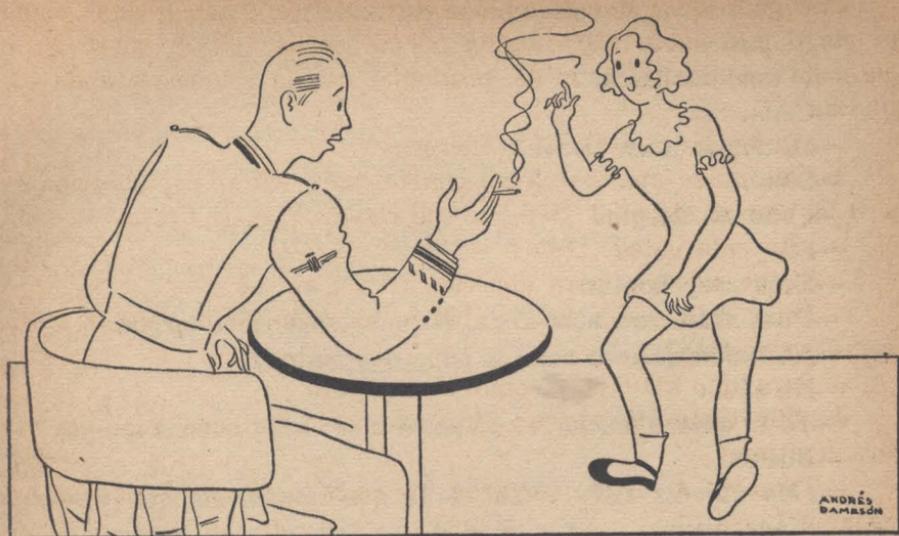
—También a mi me cortaron los rizos para que me pareciera a María Luisa.

—La niña tiene razón —dijo papi—. Ella comprende que ha hecho mal y no lo hará más... así como tú comprendes también que el privar a la niña de sus rizos no ha estado mejor...

Mami se puso muy seria, y miss Nelly me llevó a mi cuarto.

—¡Oh! “¡What an spoiled child!”





La aviación

MI papi tiene un amigo que vuela; yo lo he visto. Va por el aire en unas alas grandes como un “caballito del diablo”.

Un día llamaron a la puerta, cuando papi no estaba.

—¿Quién ha venido?

—Ese señor amigo de tu padre, que es aviador.

—¿Y dónde está?

—En el escritorio, esperando.

Fuí a verle para que me explicara cómo mueve las alas.

- Vienes a verme para que no me aburra. ¿Verdad, rica?
- Sí, señor...
- ¿Cómo te llamas?
- Celia.
- ¿Cuántos años tienes?
- Siete.
- ¿Vas al colegio?
- Sí.
- Eres muy bonita.
- Pues antes era más linda, porque tenía rulos largos.
- ¿A quién quieres más: a papá o a mamá?
- No sé...
- Yo te quiero mucho... ¿Vamos a ser muy buenos amigos?
- Bueno.
- ¿Me quieres tú?... Ya verás que buenos amigos vamos a ser... Vaya, vaya... ¿Y qué es lo que aprendes en el colegio?
- No sé.
- Pero, ¿vas al colegio?
- Ya me lo has preguntado antes.
- ¡Es verdad! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Qué graciosa! Vamos a ser muy amigos.
- Ya me lo has dicho tres veces.
- ¿Sí? ¡Qué buena memoria tienes! ¡Y qué bonita eres!
- ¡También eso me lo has dicho!
- ¡Vaya por Dios! Es mejor que ya no te diga nada, porque, por lo visto, ya lo he dicho todo...
- ¿Quieres que te pregunte yo ahora?
- ¡Muy bien! Mira, eso me gusta más.
- ¿Vuelas tú?
- Sí, hija.
- ¿Cómo los pájaros?
- Igual.

—¿Y te cansas mucho?

—No, nada.

—¿Te caes muchas veces?

—¡No lo quiera Dios!

—¿Pero te puedes caer?

—Sí, me puedo caer y matarme.

—¿Y no tienes miedo?

—No, los hombres tienen que ser valientes.

—Yo también soy valiente.

—¿Quieres volar tú también?

—Sí, quiero volar como tú, y pasar por encima de las casas y decir adiós con el pañuelo...

—Pues se lo decimos a tu padre y un día te llevo conmigo.

—No, yo quiero ir solita.

—¿Quieres ser aviadora cuando seas mayor?

—No, ahora.

—Algo difícil me parece eso. En fin, ya veremos...

—Yo quiero unas alas pequeñas para mí...

—Se lo diremos a tu padre...

—No, no, que no me dejaría... No, no le digas nada. Tú mandas que me hagan unas alas a la medida...

—Un aeroplano pequeño.

—Eso es... Luego me llevas allá lejos, donde tienes el tuyo, y me enseñas a volar.

—Bueno, me parece muy bien. ¿Y qué harás volando como tú dices?

—Pues iré como los pájaros, de un árbol a otro; me subiré a una torre y a una montaña muy alta y llena de nieve, donde viven las cigüeñas... Después iré por encima de las nubes y veré a las hadas que viven allá arriba, en unos palacios de nácar... Luego iré a la luna y me meteré por la boca hasta encontrar al viejo que lleva la leña...

—¡Caramba, qué imaginación! ¿Y es en el colegio dónde aprendes eso de las hadas y del viejo de la luna?

—¡Bah! En el colegio no saben nada. Es en unos libros preciosos que yo tengo donde lo explica todo. ¿Tú no los tienes? No te los quiero prestar no sea que los pierdas; pero puedes venir un día y los leeremos juntos... Ya está aquí papi. ¡Chits! ¡No digas nada!

Después ha venido otras veces a casa este señor que vuela, y siempre me ha dicho que me está haciendo un aeroplano para mí. Ayer le encontré en el Retiro.

—¿Y el aeroplano?

—Ya está. Mañana iré a buscarte a tu casa para llevarte a volar...

—Oye... ¿No me caeré?

—Hija, no sé... es posible.

—¿Y qué me pasará si me caigo?

—Que te harás una tortilla.

—¿Y me moriré?

—Puede ser... Que, ¿tienes miedo?

—¿Yo miedo? ¡Qué tonto eres! Yo soy muy valiente... Oye, si me mato, ¿me haré mucho daño?

—No sé. ¡Como yo no me he matado nunca!

—Y... ¿es mañana cuando tengo que volar?

—Mañana precisamente.

—Pues no va a poder ser, porque voy al colegio...

—No lo creas. Mañana es domingo.

—¡Es domingo! Pero mamá no me dejará salir de casa.

—Sí te dejarán si yo voy a buscarte. ¿Sabes que me parece que tienes miedo?

—Que no, que no tengo miedo... ¡Ya te he dicho que yo soy muy valiente!

—No sabes lo bien que lo disimulas... Vaya, hasta mañana.

¡Ese amigo de mi papi es muy bruto! ¡Mira que empeñarse en hacerme volar a mí solita para que me mate! Pues, no señor; no volaré. ¡No faltaba más sino que yo me matara para darle gusto!... ¡Habriase visto qué hombre más malo!

—Dí, mami: si yo volara en un aeroplano, ¿me mataría?

—No, hija. ¿Por qué?

—Digo si volara yo sola.

—¡No digas bobadas! ¿Cómo vas a ir tu sola, criatura?

—En un aeroplano pequeño.

—¡Vaya, ya estás soñando!... pues te matarías.

—¿Y se acabó Celia?

—Claro. Se acabó.

No, no; no vuelo. Ya lo he decidido. ¡Qué atrocidad! ¿Para qué querrá ese señor que me mate?

Hoy por la mañana ha venido a buscarme. ¡Que miedo, Dios mío! Me he escondido en el ropero, entre los vestidos de mami...



—¿Y Celia? ¿Dónde esta Celia? —he oído decir.

—¡Ay, Dios mío, que no está la nena! Pero si ahora mismo estaba aquí...

—Vaya, no hay que asustarse —decía papi— Estará escondida en cualquier sitio. ¡Celia, hija mía, sal; no nos asustes!

Sí, sí. ¡Cómo no, que iba a salir yo...! ¡Para que me llevara a volar!

—¿Dónde está la nena, miss?

—¡Oh, señora, no está en ninguna parte!

—Usted debe saber siempre dónde está —dijo papi muy enfadado.

Entre tanto, Juana que me buscaba, dió conmigo.

—¡Aquí está, señora; en el armario grande!

—¡Tonta, no grites; déjame!

Mami, vino corriendo.

—Pero ¿por qué te has escondido?

—Déjame, mamita, déjame, que ese señor me quiere matar.

—¿Qué señor?

—El que vuela... Viene a llevarme para que vuele yo sola.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¡Sal ahora mismo, criatura!

—¡No, no, no!

—¡Jesús, que loca!

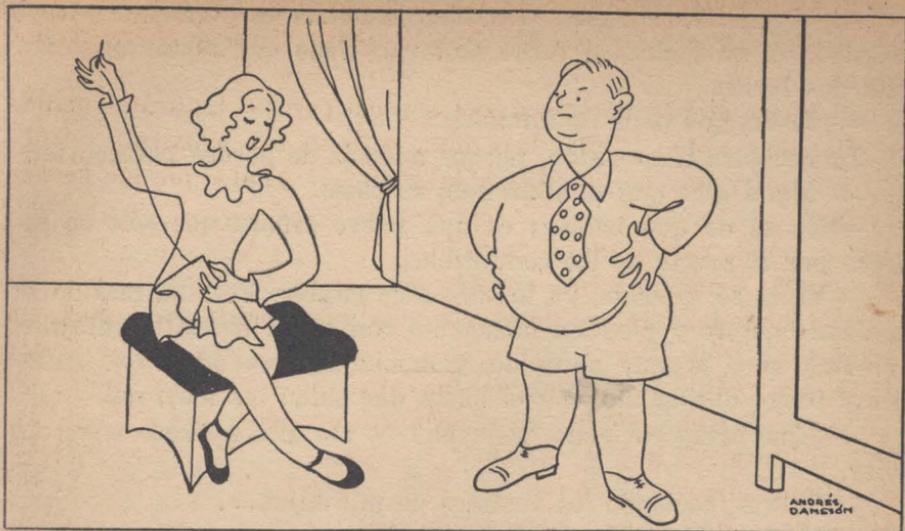
Y se marchó a contárselo a papi, que estaba con el hombre malo.

Oí que hablaban, y se reían, y papi vino a buscarme.

—Sal de ahí, hijita.

—¿No se ha ido ese tonto?

—Tienes razón, tonto de remate. No hagas caso, hijita; ha sido una broma de ese estúpido... ¡Cómo se conoce que él no tiene hijos!



Antoñito el tragón

ALGUNOS días viene Antoñito a comer con nosotros. Mami advierte a la cocinera, por la noche:

—Que salga todo abundante; no tengamos que recurrir a los fiambres, como el otro día.

—No fué por mi culpa. La señora vió que había de sobra; pero ese niño come más que un sabañón...

—¿Qué está usted diciendo, mujer? Antoñito está muy débil y necesita alimentarse mucho; su madre me lo dice siempre.

—¿Débil? Perdone la señora, pero ¡cómo se lo había una de figurar viéndole tan gordo!

—¿Y qué importa eso? También la madre es gordísima y está anémica. Y su padre, el señor Ontoria, tiene que tomar alimento cada dos horas.

—¡Jesús, qué pena de familia!

La cocinera tiene razón, porque además de gordos parecen tontos... Mami dice que se aburre en su casa.

—No sé de qué hablar; es una pobre señora que sólo se interesa por el precio de los comestibles.

—Ya lo sé, querida, ya lo sé —dice papi— Pero su marido es un buen hombre y persona influyente con quien necesito tratarme.

Todo esto es muy aburrido, y mucho más cuando viene Antónito y tengo que hablar con él hasta que salen los mayores.

—¿Qué estás haciendo, pequeña? — me dice estirado como un señor.

—Ya ves, cosiendo los vestidos de mis hijas...

—¿Qué tonterías hacéis las niñas!

—¿Es tontería coser? Pues mi mami también cose.

—¡Bah! Y la mía también. ¡Claro, las mujeres, ya se sabe!...

—¡Ay, que tonto eres!

—¿Qué plan tienes para esta tarde?

—¿Qué dices?

—¡Eres tonta, pequeña! ¡No se puede hablar contigo!

Y se pone a pasear muy serio por mi pieza sin hacerme caso.

El domingo mami me premió por haber sido buena toda la semana.

—Esta tarde llevará usted a Celia al circo, con Finita y María Teresa —dijo a miss Nelly.

—¡Qué alegría! ¡Iremos pronto, mamita?

—Sí, en seguida. Creo que la función empieza a las seis y media; pero a las cuatro saldréis para buscar a tus amigas.

Llegamos tan temprano, que aún no habían abierto las puertas del circo.

—Esperemos en un banco de la plaza —dijo la miss.

—¿Por qué no esperamos con toda esa gente, para entrar al mismo tiempo?

—¡Oh, que *tegable* niña, siempre queriendo mezclarse con gente ordinaria!

Bueno, no quise discutir y me callé.

Al fin entramos en el circo. Aún no habían encendido la luz y por el techo entraba la claridad de la calle.

La gente iba y venía buscando sitio y armando ruido de tablas. Después se quedaron quietos y empezaron a hablar todos a un tiempo. De pronto vi a Antoñito abajo, que buscaba silla para sentarse.

—¡Chist!, ¡Chist, ¡Antoñito!

—¡Cállese, Celia, no sea ordinaria! ¡Es muy feo llamar la atención!

Por culpa de miss Nelly, Antoñito se quedó abajo en lugar de venir a nuestro



palco. Todas mirábamos a Antoñito que tenía un sombrero nuevo de paja y un paquete debajo del brazo. ¡Se daba una importancia!...

—¿Qué lleva en ese envoltorio?

—El abrigo —dijo Finita.

—¡Serás tonta! ¡El abrigo va a llevar envuelto en un papel!

—Pues será la bufanda.

—Ya lo desenvuelve... ¡Son bocadillos! ¡Madre mía, cuántos trae!

Eran bocadillos. Barritas de pan de Viena con jamón, que asomaba por los bordes; con chorizo, con "foi-gras", con queso ¡Qué sé yo! Como había tantos serían de todas clases.

—¡Dos pesos de bocadillos!

—Bien, señorita Celia, que no se hagan más comentarios...

Y, claro, nos callamos... La miss dice siempre lo último...

Antoñito estaba en una silla, donde daba toda la claridad del cielo. Puso el sombrero boca arriba, entre las rodillas, y echó dentro los bocadillos.

Después dió un mordisco a uno y le sacó casi la mitad.

—¡Aúuuu! —dijeron arriba; pero Antoñito no se enteró ni miss Nelly tampoco.

—Ha sido por él —dijo María Teresa.

—¿Ha sido por él? —preguntó Finita.

—Sí, sí —dije yo.

Antoñito, de otro mordisco, se comió la otra mitad.

—¡¡Auuuuú!! —gritaron más fuerte; pero él siguió sin enterarse mirando entusiasmado otro panecillo.

Volvió a dar otro mordisco:

—¡¡Auuuuú!!!

—¿Qué es eso? —preguntó la miss.

—Se lo dicen a Antoñito.

—¡Oh, que mala educación! "¡Es *tegable!*"

Él ya había dado otro bocado.

—¡¡¡Auuuuú!!!!

Esta vez sonó como un trueno en todo el circo.

Antoñito, miró a todas partes, y no creyó que era por él, porque escogió otro bocadillo, miró lo que tenía dentro y mordió la mitad.

—¡¡¡Auuuuú!!!!

Ahora sí que se enteró, porque lo vimos muy asustado y sin



saber qué hacer... Al fin, se comió la otra mitad.

—¡¡¡Auuuuú!!!!

¡Dios mío, pobre Antoñito, que asustado estaba!

Ya no volvió a comer más. Hizo como que los colocaba bien dentro del sombrero.

No cabían, y se cayó uno...

—¿Convidas? —gritaron.

Se encendió la luz y vimos que todo el mundo le miraba. Entonces empezó a entrar gente y un acomodador lo hizo levantar de la silla. Los bocadillos rodaron por el suelo.

—¡Aaaaaaah!

—Miss, vamos a buscarlo. ¡Está muy asustado! ¡Vamos miss!

—No es posible. Todo el mundo nos miraría...

—Un acomodador puede decirle que estamos aquí —dijo María Teresa, que, como es mayor todo lo sabe.

Y vino, al fin muy contento.

—Ven, Antoñito; verás que bien vamos a verlo desde aquí.
¡No hagas caso de esos tontos!

—¡Qué les voy a hacer caso! ¡No faltaba más!

—¡Ah! ¿Pero no estabas asustado?

—¿Yo?

—Oye. ¿Hoy era el plan de bocadillos?

—¡Bueno! ¡Pero qué tontas sois las niñas!

Después empezó la función.

En el intervalo vimos que estaba muy pálido.

—¡Ay, madre mía, no sé que me pasa! Me ha debido hacer daño la merienda... Todo me dá vueltas...

La miss salió con él y lo mandó a su casa en un coche.



El cuentagotas

TODAS las tarde nos reuníamos en la habitación de mami para rezar. La miss y yo repetíamos las palabras que mami leía en un libro, porque estábamos haciendo una novena.

Después de rezar mucho rato, mami decía:

—Pida cada uno la gracia que desee alcanzar.

Y repetía yo:

—Pida cada uno la gracia que desee alcanzar.

Hasta que mami me dijo:

—Esto no se repite. Lo digo para que cada uno, al llegar aquí, pida a la Virgen lo que le parezca mejor.

—Y yo ¿qué pido, mamáita?

—Puedes pedir que te haga buena.

Me pareció que eso era no pedir nada, y no lo pedí. ¿Qué era lo que me hacía falta, Dios mío? ¡Ah, sí! Lo que yo necesitaba era un frasco cuentagotas. Hacía mucho tiempo que deseaba uno.

Siempre me están regalando muñecas, cocinitas, muebles para la casa, pero a nadie se le ocurre regalarme un cuentagotas que es lo que quiero.

Mami tiene uno. Cuando come echa en un poco de agua diez gotas de un remedio colorado y se pone el agua muy bonita... ¡Si yo tuviera un frasco!

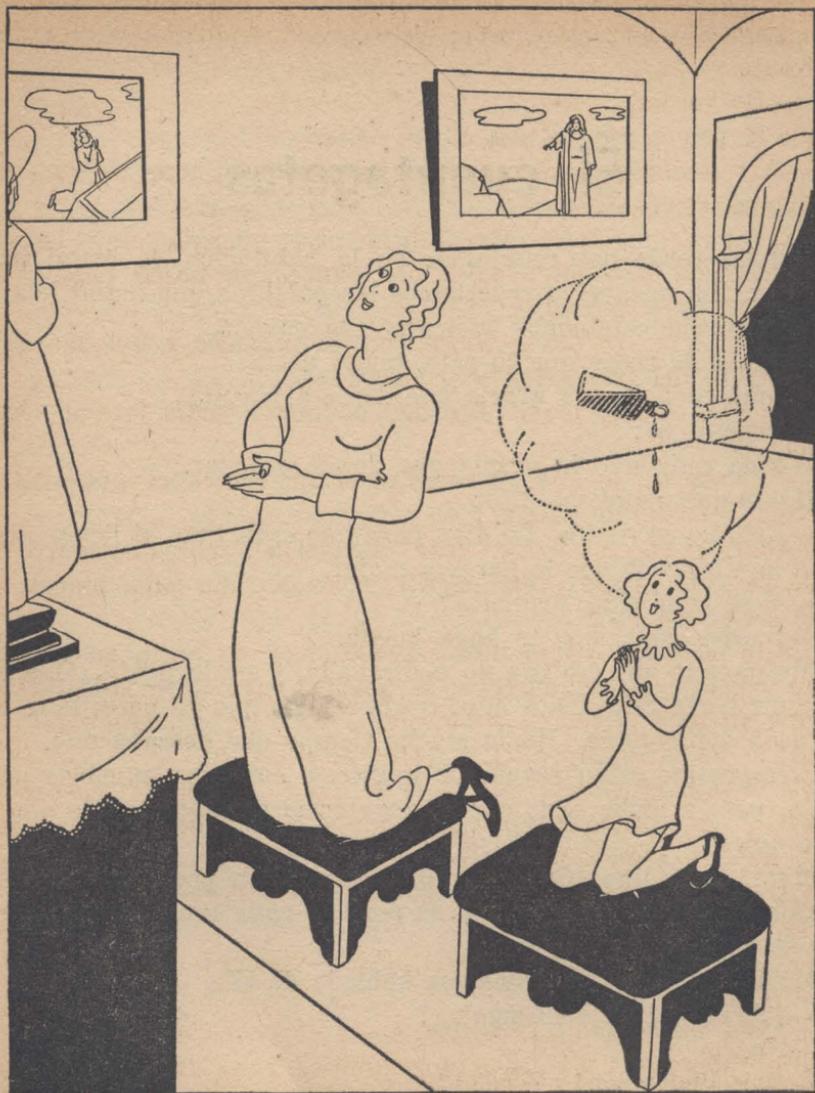
María Teresa y yo, habíamos hablado de ello.

—¿Tienes tú un cuentagotas?

—No.

—¡Qué lindos son! ¿Verdad?

—Sí, muy lindos.



—Si tuviéramos uno, echaríamos agua con mucho azúcar, y luego, cada vez que quisiéramos beber agua, pondríamos diez gotas del frasco.

—¡Es verdad! ¡Qué lástima no tenerlo!

Se lo pedí a papi el día de mi santo.

—Yo quería que me regalaras un frasquito como el que tiene mami para el remedio.

—¿Un cuentagotas? ¡Qué tontita eres, querida mía! Te compraré un coche para que lleves a tus muñecas de paseo. ¡Eso sí que te gustará! ¿Verdad hijita?

Y, claro, me regaló el coche, que es precioso y que me gusta mucho; pero del frasco nadie se acordó.

Por eso, cuando mami dijo que podíamos pedir lo que necesitáramos, yo pedí:

—Virgencita, lo que yo necesito es un frasco cuentagotas como el del remedio de mami.

¡Ahora sí que me harían caso! La Virgen sabe, de seguro, que lo que necesito es eso precisamente, y no que me haga buena, que puedo serlo si quiero...

Se lo pedí dos o tres tardes seguidas, y no hacía yo más que pensar cómo se iba a arreglar la Virgen para dármelo... Hasta que una mañana ví encima de la mesa, ¡el frasco cuentagotas! ¡La Virgen lo había puesto allí!... ¡Qué alegría!

Le llevé a mi cuarto y lo llené de agua... Aprendí en seguida cómo había que poner el tapón para que el agua saliera gota a gota...

Y no dije nada a nadie. Serían capaces de creer que no me lo había traído la Virgen. Sólo lo sabría María Teresa.

—¡Ya tengo el frasco!

—¡Qué bien! ¿le has echado agua y azúcar?

—¡Claro!

—Pues ahora pondremos diez gotas en cada vaso de agua.

—¡Madre mía, cuánta agua bebimos! ¡Era riquísima! ¡Pero no tenía color!

—Podemos teñir el agua con un papel encarnado. ¿Quieres?

María Teresa echó dentro del frasco un papel colorado, y el agua se volvió roja. ¡Ahora sí que era como un remedio de verdad!

A mis hijas les echamos unas gotas para que lo probaran; pero como son chiquitas, se mancharon los vestidos, y hasta el suelo se ensució... Lo limpiamos con una servilleta y con mi vestido.

Cuando me acosté lo escondí debajo de la almohada. Pero Juana de todo se entera.

—¿Qué escondes ahí?

—Nada escondo.

—Sí, tú tienes algo debajo de la almohada.

—¡A tí no te importa lo que yo tengo!

—¡Qué bonito! ¿Qué habéis estado haciendo tu amiga y tú que todo se ha llenado de pintura?

—¿Pintura? ¡Si serás tonta!

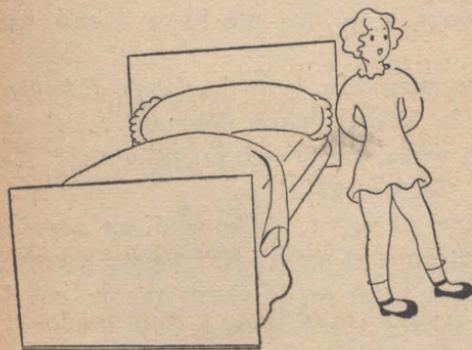
—Sí, pintura encarnada. Habrá traído tu amiga colorete de su casa. ¡Cómo su mami se pinta tanto!

—Y tú también te pintas.

—¡Mentira! ¡Habrás visto niña más descarada!

Pude esconderlo bien y nadie lo vió.

Me hubiera gustado estar todo el día contando las gotas que caían una a una; pero para eso necesitaba estar sola, y ni Juana ni miss Nelly me



dejaban en paz.

Por la tarde se pusieron a discutir:

—¿Por qué no me ha traído usted lo que le dije?

—Porque no me dió usted el frasco.

—Sí, se lo he dado. Lo dejé encima de la mesa del pasillo.

—No señora; no lo ha dejado en ninguna parte. Lo tendrá en su armario, que parece un nido de monas.

—¡Oh, que ordinaria!

Juana se puso como un demonio.

—¿Qué me ha dicho usted? ¿Pero es que se ha creído que voy a consentir que me insulte? ¡Pues no faltaba más!

Mientras, yo estaba pensando que el frasco que yo tenía era seguramente el de miss Nelly... Pero no me importó. Yo no se lo había quitado. Se lo pedí a la Virgen y me lo dió; eso es la verdad.

Tanto gritaron, que mami vino a saber lo que ocurría.

—Miss ¿está segura de que el frasco quedó encima de la mesa del pasillo?

—Sí, señora; segura del todo.

—Y usted, Juana ¿no le ha visto?

—No, señora. Como que no está.

—¿Ha preguntado a la cocinera?

—Sí, señora, y tampoco ha visto nada.

¡Ay, Dios mío!... Mami me miraba a mí...

—Y tú, Celia ¿has visto el frasquito que dice miss Nelly?

—Yo... mamita... Yo, cuando hicimos la novena..., pues tú dijiste que cada uno pidiera lo que necesitara...

—Vaya, bueno. Lo tienes tú...

—Verás... Pues yo dije a la Virgen que lo que yo necesitaba era un frasco cuentagotas...

—Y se lo has quitado a miss Nelly. ¡Muy lindo y muy piadoso!

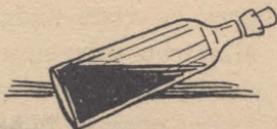
—¡No, mami, no; yo no se lo he quitado!...

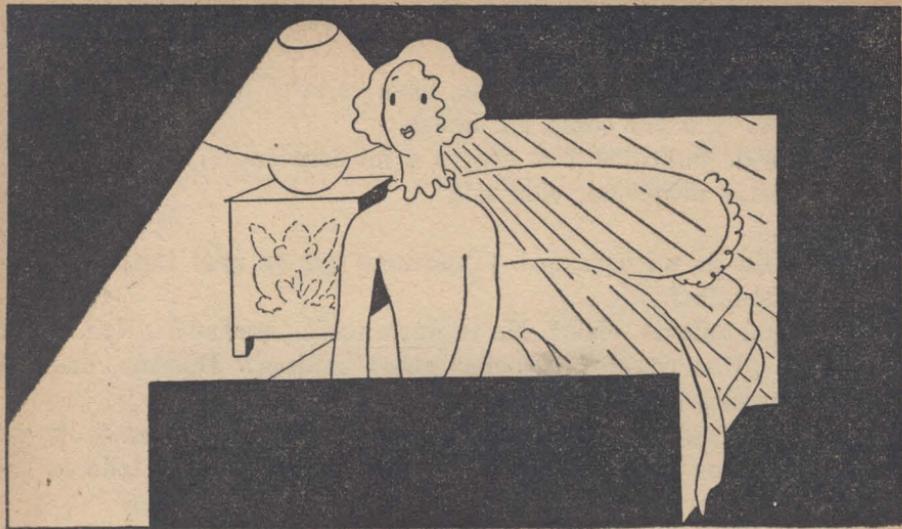
—¡A callar! Dame ahora mismo el frasco... ¡Dios mío, qué niña! ¿Pero tu sabes lo que has hecho? Los que toman lo que no es suyo, roban, son ladrones...

¡Ay que pena, no me querían oír!

—¡Mamaíta, que no, que no se lo he quitado, que es la Virgen quien me lo dió!

—¡Jesús, hija mía! ¿Serás capaz hasta de meter a la Virgen en tus trapisondas? Trae el frasco y pide a Dios que te haga buena, que bien lo necesitas...





Mami es un hada

MI mami es muy linda, más linda que todas las mami del mundo, y tiene una voz distinta a todas las señoras.

Además tiene un perfume distinto a todas, y el pelo rubio y brillante, y las manos blancas y suavécitas. Cuando me duele la cabeza o tengo fiebre, mami me pone una de sus manos en la frente, y como las tiene siempre frescas, el dolor de cabeza se me quita y me quedo dormida.

Yo no sabía por qué me pasaba eso; ahora ya lo sé. Algunas noches me despierto cuando he dormido mucho y oigo ruido de pisadas por los pasillos.

Entonces me siento en la cama, y a la luz de la lamparilla veo que se abre la puerta de mi alcoba y entra un hada. ¡El hada es mami!

Va vestida de gasas blancas, lleva collares de perlas y zapatos de plata... En fin como las hadas.

Viene de puntillas y se acerca a mí sonriente...

—¿Estás despierta, vida mía?

—Sí...

—¡Hija de mi corazón! ¡Duérmete que es muy tarde!

—¡Mamaíta!

—¿Qué quieres, cielo? No te duele nada ¿verdad? ¿Has bebido la leche? ¿Has rezado? ¿Sueñas cosas bonitas? Duerme, duerme, que los ángeles te están esperando.

Y me arregla la ropa, me aparta los rizos de la frente y me pasa las manos por los ojos... Después se va dejando toda la habitación con perfume de flores.

A esa hora viene mami del jardín de las hadas, donde ve a los ángeles, que le dicen que me están esperando. ¿Cómo lo sabría si no?

Yo no he preguntado nada; quiero que vea mami que yo sé guardar un secreto y que nadie más que papi y yo lo sabemos.

Algunas veces, cuando mami está seria, pienso: “¿Creerá que lo he dicho? ¡Oh, no, mamita, no! Yo no digo nada. Ya sé que esas cosas no se pueden decir porque ocurriría una catástrofe.

¿Pero por qué se ponen serias las personas mayores? A veces ando aburrida por los pasillos y nadie me ve de serios que están. Juana pasa por mi lado canturreando y sin mirarme; papi sale de su escritorio, serio, serio, y no me mira; entro en la pieza de mami y veo que está cosiendo o leyendo y tampoco me hace caso.

¿Ya no me querrá nadie?

—Mamita ¿me quieres?

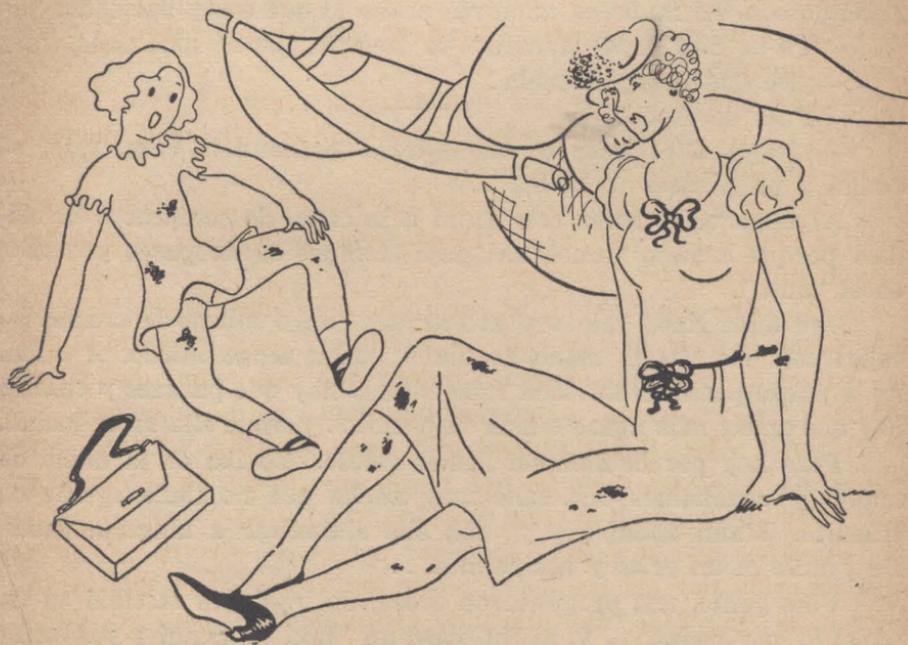
¡No me contesta!

—¿Me quieres, mamita?

—Sí, hija, sí; te quiero. Dame un beso.

Y me besa ligerito, ligerito y se queda seria, y vuelve a leer o a coser sin decir nada.

¡No me quiere ya! Pero, Dios mío, ¿qué he hecho yo para que no me quieran? En los cuentos son las madrastras las que no quieren a las niñas, pero las mamis siempre las quieren.



—Mamita, ¿me quieres?

Mami me mira y le veo en los ojos que no me ve.

—¿Me quieres, mamita? ¡Dí! ¡Mamita! ¡Mamita! ¡Mamita!
¡Mamita! ¿Me quieres?

—¡¡Sí!! ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero!
¡Jesús, que criatura!

—¡Así no, mamita, así no! ¡Dímelo con cuidadito!

Y mami se echa a reír y me besa, me besa en la frente, en los ojos, en el cabello, hasta hacerme daño... ¡Pero no me importa! Ahora veo que mami me quiere, y me mira, y me ve, y sabe lo que digo.

—¿Me llevarás contigo de paseo?

—Sí, te llevaré si eres buena y te quedas en tu cuarto calladita, jugando con tus muñecas mientras acabo lo que estoy haciendo.

—Yo no diré nada, mamaíta, te aseguro que no diré nada.

—¿De qué no dirás nada?

—Pues de eso...

—¡Jesús, Dios mío, en que estarás pensando! Vete, vete, sé buena y no pienses tonterías...

Algunas veces salgo con mami a la calle, de compras o al médico porque cuando vamos con papi siempre es de paseo y vamos en el "auto".

Con miss Nelly sólo voy al Parque. Tengo miedo de cruzar las calles con ella. De la mano de mami nunca tengo miedo. A mami no le puede pasar nada. Ella sabe cuando hay que pararse y cuando hay que andar más ligero o más despacio... porque ella es un hada...

Pero hoy por la mañana hemos salido. Yo iba de la mano de mami y cruzábamos una calle muy ancha que no tiene agente de tránsito. Mami andaba, y yo con ella sin mirar a ninguna parte. De pronto oí un grito y nos caímos...

Vino gente, nos preguntaron cosas, un vigilante escribió en un papel lo que decían... y, al fin, pasó un "taxi" y mami y yo, llenas de barro, subimos a él.

Mami se puso a decir muy nerviosa:

—¡Ay, Dios mío, que aturdida soy! ¡No sé cómo no nos ha matado!

—¿Quién?

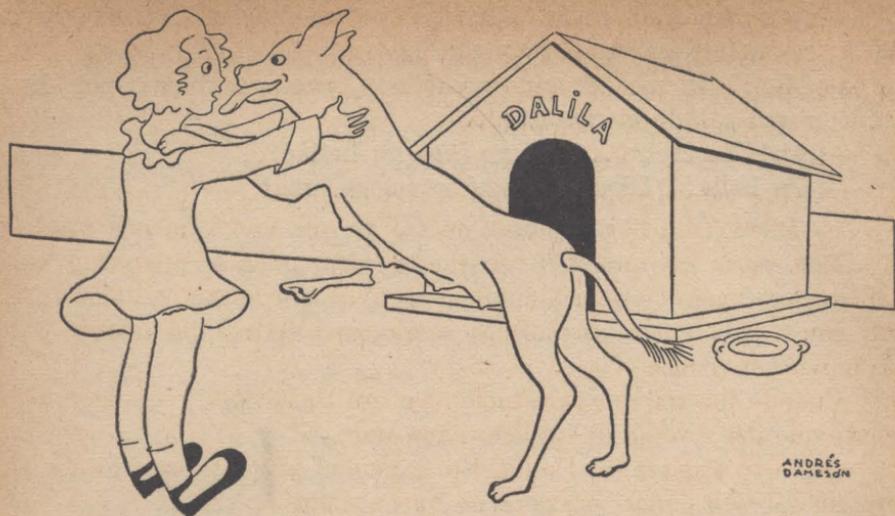
—El coche, ¿no lo has visto? ¡Ha pasado encima de nosotras!

—Yo no he visto nada. Pero no, no puede ser... Dime, ma-
maíta: ¿A tí te puede matar un coche?

—¡Claro! Si me descuido como hoy, puede matarme por dis-
traída, como a todo el mundo...

—¡Ah! Yo creía... ¡Cómo eres un hada!...

—¡Un hada! ¡Dios mío, qué novelera eres!



La perra Dalila

EN la quinta tenemos una perra que nunca ha salido del campo. Se llama Dalila.

El domingo estuvimos allí. Fuimos y vinimos en el tren, porque el auto está descompuesto.

Cuando nos vió Dalila, creíamos que se volvía loca.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Que me vas a tirar!... ¡No me lamas la cara!... ¡Fuera!

Al fin, se enojó papi con ella y, gracias a eso, pudimos comer y hasta pasear sin que Dalila me pusiera las patas en los hombros.

Cuando vió que nos veníamos, lloraba de un modo que daba lástima.

—Papi, que venga con nosotros...

—No puede ser, hija. Ella está acostumbrada a estar todo el día en el campo y no podría resistir verse encerrada.

—¡Ay, papi, mira cómo llora!

—Ya lo veo... No sé qué hacer...

—¡Que venga, papi, que venga con nosotros!

—¡Bueno! La llevaremos. Con tal de que luego no nos pese...

Por eso la trajimos. Al ver que la llevábamos se puso muy contenta; pero luego no quería subir al tren, de miedo que le daba... Al fin, con el rabo entre las piernas, se agazapó debajo del asiento y no se movió en todo el viaje.

Cuando llegamos a la estación ya era de noche, y había mucha gente que iba y venía de un lado para otro.

—No te asustes tú, Dalila. En la ciudad la gente está loca y corre sin saber a dónde va; pero no hacen nada...

¡Dios mío, qué asustada estaba la perra!

Al salir del andén, en la puerta había un negro con un abrigo al brazo. "Dalila" dió un ladrido espantoso.

—¡Que no es nada, "Dalila"! ¡Que es un pobrecito negro que está esperando al señor!...

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

—¡Calla! ¡Chitss!

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

El negro chillaba muy asustado; papi sujetaba a la perra y daba gritos para hacerla callar, y ella ladraba cada vez más furiosa.

¡Qué escándalo se armó! Vino mucha gente; todos hablaban a un tiempo, mami se agarraba a papi, yo lloraba...

Al fin, nos buscaron un "taxi" y subimos a él con la perra, que no podía respirar de enfadada que estaba...

—¡Tranquilízate, pobrecita! ¡Es que tú no sabías que hay negros? ¡Claro! ¡Qué ibas a saber en el campo de esas cosas! Tú te imaginabas que todos los hombres eran como el tío Pascasio... Pues no querida, no; aquí los hay de todos colores...

—¿Pero qué le estás diciendo a la perra? Déjala en paz. Conviene que se dé cuenta de que ha hecho mal en armar ese escándalo, para que no lo vuelva a hacer — dijo papi, que la miraba muy serio.

Al otro día, papi y yo la llevamos a las afueras. ¡Estaba más contenta!... Iba y venía, corría y se daba cabezadas contra mí.

Cuando volvíamos por las calles, tenía sed y buscamos una fuente. La encontramos en seguida; pero las fuentes de las calles tienen una rejilla por donde se va toda el agua y “Dalila” no podía beber... ¡Empezó a dar unos aullidos!...

—¡Cállate, y no escandalices!



—¡Guau! ¡Guau!
¡Guau!

—¡A callar!

—¡Guau! ¡Guau!
¡Guau!

—¡Válgame Dios qué animal más estúpido!

—“Dalila” tiene razón, papi. Es que dice que son muy malos los que hacen fuentes donde no pueden beber los perros. En el campo en todas las fuentes se puede beber...

¡Cállate tú también, que me vais a volver loco entre los dos!

La pobre “Dalila” bebió, al fin, dando lamentos al chorro y llenándonos de agua a papi y a mí hasta la cabeza.



Al llegar al centro, esperábamos para cruzar la calle, cuando “Dalila” se encaró asombrada con el agente. ¡Dios mío qué manera de ladrar!

El vigilante, horrorizado, la amenazaba con la varita y ella parecía que se le iba a tirar al cuello.

¡Claro! ¡Nunca había visto a nadie vestido de aquel modo!

Papi la sujetaba por el collar... La perra daba unos saltos y unos gritos como si se hubiera vuelto loca...

—¡Vámonos, papi, vámonos!
—decía yo, tirando de él.

Pero empezó a arremolinarse la gente. El vigilante gritaba, papi gritaba y “Dalila” gritaba más que nadie.

Cuando acabó el alboroto, papi había perdido el sombrero, el vigilante había escrito a no sé quien y la perra se ahogaba de fatiga...

—¡A casa con este energúmeno! —dijo papi. ¿Ves tú lo que ha ocurrido por darte gusto? Este animal está en estado salvaje y no puede salir de sus campos...

—Pero papi ¡si tiene razón la perra! ¿Por qué lleva el agente esas mangas blancas? Pues, claro, ella se asusta...

—Sí, bueno, pero que se vuelva al despoblado con su razón y nos deje tranquilos.

Habíamos llegado a una confitería y “Dalila” se asomó de patas a la vitrina, creyendo que no tenía más que alargar el hocico para comerse una torta.

—¡Como que la vas a alcanzar! ¿No ves que hay un cristal, tonta? En la quinta no hay vitrinas ¿verdad?

Pero “Dalila” que veía tan cerca los alfajores y las masitas, golpeaba con el hocico el cristal, sin comprender tantas cosas raras como ocurren aquí...

Una de las veces que chocó contra el cristal, sonó un chasquido y apareció una raya de arriba abajo... Salió el dueño en seguida; traía un palo y quiso pegar a la perra...

Papi gritó, le insultó el tendero, yo lloré, llegó gente y nos llevaron a la cárcel...

No sé si era la cárcel. Había muchos vigilantes y era una casa muy fea y muy sucia...

—¡Vámonos de aquí, papi!

—No puede ser, hija. Ahora avisaré por teléfono a casa para que vengan a buscarte.

—No quiero, no quiero que te quedes tú en la cárcel, papi...

—¡Vamos, tontuela, si esto no es la cárcel! En seguida voy yo. Pero antes, en cuando salga de aquí, me iré en un coche a la estación a mandar este basilisco a su tierra... Y ya no se te volverá a antojar que lo traigamos a la ciudad.

—No papi, no. ¡Qué le vamos a hacer! Yo te prometo...



Florita y sus papás

A HORA voy al parque con la miss todas las mañanas. Llevo pan para los pajaritos y todos me conocen.

Yo también los conozco. “Nicolasa” es una pajarita parda con una mancha oscura junto al pico. Viene en cuanto la llamo. “Pi, pi, pi”. Toma una miga y se marcha volando por entre los árboles. En seguida vuelve y se lleva otra; y hasta que no se ha llevado cinco no come ella.

—Miss, “Nicolasita” tiene cinco hijos en el nido.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Yo lo sé.

—¡Oh! Las niñas no se fijan en eso.

—Peor para las niñas...

Miss no entiende nada; no sé si por ser inglesa o por ser mayor que yo. Me gustaría tener una amiga en el parque, pero mami no quiere que juegue con nadie que no conozca.

Ayer, después de dar el pan a los pajaritos, me senté en el banco, aburrida.

—Vamos a casa, miss.

—No, es temprano... Mire allí quien viene...

Por el final del paseo venían una señora gorda, un señor con unos pelos muy largos en la cara, una miss y una niña.

—No los conozco.

—¡Pero yo sí! Es miss Donand... Ahora conocerá usted a Florita, una niña perfecta.

—Será muy aburrida.

Llegaron a nuestro banco. Miss Nelly saludó a la otra miss, y la señora dijo:

—Quédese con su amiga, miss. Así Florita jugará con esta niña y después irán ustedes a encontrarnos al coche.

El papá se quitó el sombrero para limpiarse la traspiración y ví que el pelo que todos tenemos en la cabeza él lo tenía en los carrillos... ¡Qué atrocidad!

La inglesa se puso a hablar con la miss y yo con Florita.

—¿Traes pan para los pájaros?

—Yo no. ¿Y tú?

—Sí, ya se lo he dado.

—Yo se lo daba en París. ¿Has estado tú en París?

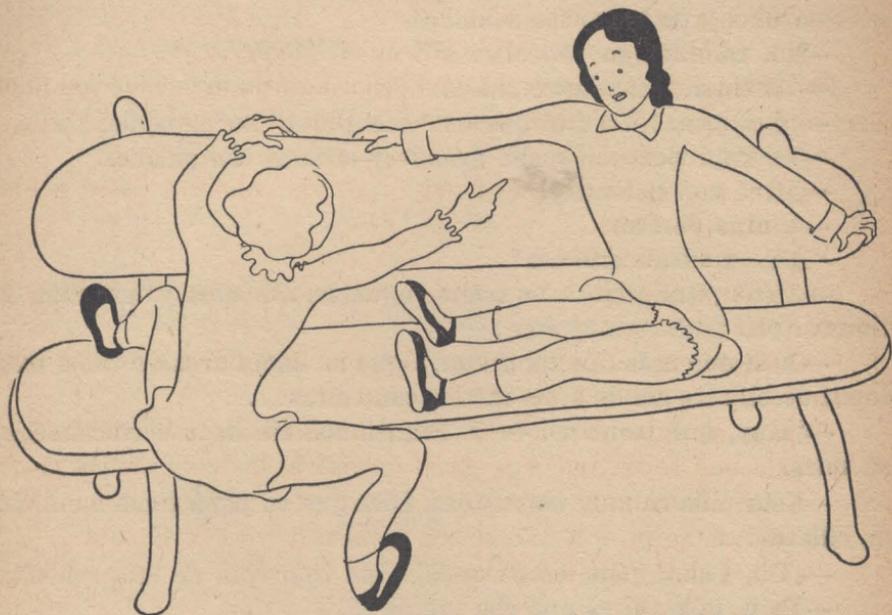
—No.

—¡Ah! ¿No? Entonces ¿de dónde te han traído a ti?

—No sé.

—A mí me han traído de París, como a mi hermano y como a mi muñeca grande ¡Todo lo traen de París!

- Menos a Juana, que vino de Yepes.
—¿Quién es Juana?
—La doncella.
—¡Bah! ¡Es distinto!
—Y a miss Nelly que vino de Londres.



- Porque es inglesa. Pero a las niñas “bien” las traen de París.
—Yo no soy niña “bien”.
—¿Pues quién eres?
—Celia.
—¿Qué es tu papá?
—No sé.
—¡Ah! ¡Entonces!... El mío es general.
—¿Qué es eso?

—El que manda más.

—Mi papi también manda.

—¿En quién? Mandará en ti.

—Y también en unos señores que escriben en el escritorio grande.

—Escribientes serán. Mi papi manda en toda la gente, en todos los guardias y en todos los soldados.

—¿Y también en “Nicolasita”?

—También; manda en todos.

—¡Qué pena! Yo creí que en “Nicolasita” no mandaba nadie.

—Mi papi tiene un coche grande y criados con galones.

—¿Qué son galones?

—Cintas de oro.

—¿Y tú tienes galones?

—¿Yo? ¡Qué tonta! Yo tengo juguetes, muñecas y una casa entera... ¡Mi papi es muy rico!

—Y el mío más. En un armario que se llama archivo tiene montones de billetes así de altos atados con cintas...

—¡Huy, qué mentira! — Y Florita fué riéndose a contárselo a su miss.

—Esta niña es muy embustera. Dice que su papá tiene montones de billetes...

—¡Oh, Celia! ¡Qué conversación tan impropia de una señorita!

—Pero, miss, si es que ella me dice...

—¡Chist! “Shoking”

¡Vaya una niña tonta que era Florita! No hablaría más con ella...

Me senté en un banco que estaba lejos, y empecé a cantar:

“Baa! Baa! Black Sheep

Have you any wool?”

—¿También tú sabes la canción de la ovejita negra? — dijo Florita.

—Sí; me la ha enseñado mami.

—¿Tu mamá sabe inglés?

—Y francés. Y también italiano y música, y todo... Mi mami sabe todo. ¡Es un hada!

—Pero mi mamá es más gorda.

—Bueno, que lo sea.

—Y mi papá tiene barba...

—¿Qué es barba?

—Pelo en la cara, ¿no lo has visto?

—¡Ah, sí! Que el caballo de aquí lo tiene aquí...

—¡Tonta! ¡Estúpida! ¡Esta niña es idiota!

—Y tú una acusona...

Ya no pensaba hablar más con ella, cuando ví a mami que venía hacia nosotras.

—¡Mami! ¡Mami!

—¡Hija mía! ¿Es amiga tuya esta niña?

—No. Es amiga de miss...

—Y tuya también ¿no?

Mami y yo fuimos al banco donde estaban las dos inglesas y Florita se puso a mi lado.

—Tu mami se pinta — me dijo al oído.

—¡Mentira! ¡Y tu mami es un pato!

—¡Y la tuya una negra!

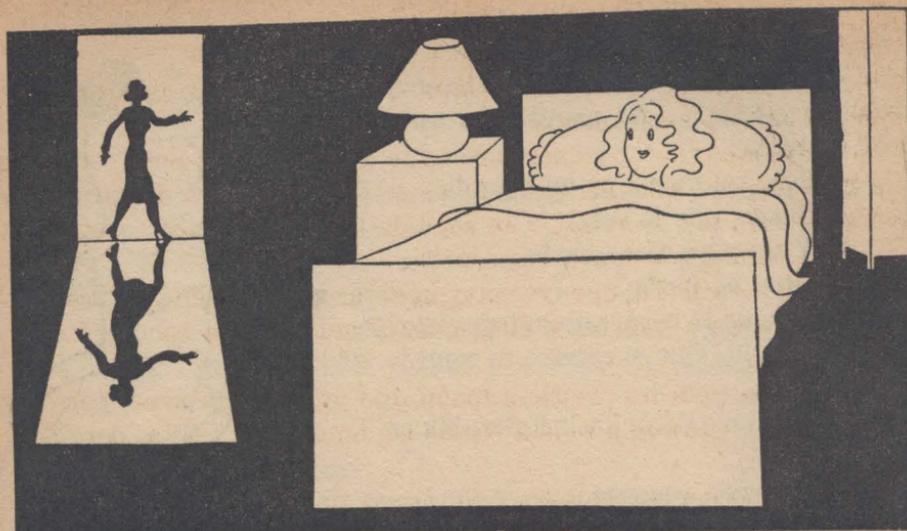
¡Dios mío! Yo no se qué pasó, pero me encontré en el suelo con Florita encima de mí, arañándome y queriéndome sacar los ojos; yo le tiraba de los pelos, mami nos separaba y miss chillaba no se qué...

Aún tengo la cara llena de arañazos que me arden.

—Mami, Florita es una niña loca; yo no quiero verla más.

—Sí, un poco loca me ha parecido; pero tú, ¡qué embustera te estás haciendo, hija mía!





El hermanito

HACE calor y nadie dice nada de marcharnos.

—¿Cuándo nos vamos a la playa, papi? Ya es verano.

—Ya lo sé, pero estamos esperando un nene que nos van a traer, y no podemos irnos hasta que venga.

—¿Qué rabia! ¿Y cómo es ese nene?

—No sé, hija. Mami pregunta qué te gustaría más: nene o nena.

—Mira: si a mami no le importa, yo preferiría un perrito pekinés.

—¿Qué disparate! Eso no es posible...

—¿Por qué? ¿Qué más da?

—Porque un perro no nos hace ninguna falta.

—Ni un nene tampoco... ¡Mira que traer a esta casa un nene, con lo bien que estábamos así!

—No seas tonta; ya verás cómo te gusta tenerle. Será como una de tus muñecas, sólo que en lugar de ser de trapo será de carne. Moverá las manitas, se reirá y, en seguida empezará a decir cosas.

—¿Entonces le traen para mí?

—Sí, para ti. Tú, que eres mayor, serás su madrecita; le cantarás y le enseñarás a hablar; y él te querrá mucho y te conocerá antes que a nadie.

—Bueno; puedes decirle a mami que prefiero un nene, pero que es para mí y que voy a regalar todas las muñecas a Solita, porque ya no las quiero.

—Eso no me parece bien. ¿No decías que eran tus hijas?

—Pero era de mentirijillas...

—Sin embargo, como las has querido como si lo fueran, me parece una maldad echarlas de casa ahora que no las necesitas. Es como si, porque va a venir el nene, ya no te quisiéramos a ti.

—Bueno, pues las guardaré en una caja.

Esta mañana me he despertado muy temprano. Andaba gente por la casa, y miss Nelly había salido de la pieza de puntillas, cuando era todavía de noche.

He escuchado un rato y no oía nada... De pronto he oído hablar a don Antonio, el médico.

—¡Pero si yo no estoy enferma! ¡Si no me duele nada! ¡Ay, Dios mío! eso es que me van a purgar...

Han andado por el pasillo, y luego he sentido abrir la puerta de la calle.

—¡Don Antonio se iba!... Le he oído hablar en la escalera y reír muy contento.

—¡Claro, él siempre está contento! ¡Como no tiene que tomarse medicinas!

Papi ha dicho algo y ha entrado en el escritorio. Todos estaban durmiendo, menos la miss, que se habría levantado para revolver mis juguetes...

De pronto, muy lejos, oí llorar a un niño chiquitín. ¿Será?... Sí, sí; sí es...

—¡Juana, Juana, Mami!

—¿Te quieres callar? ¿Qué modo de gritar es ése? ¿No sabes que es muy temprano? — dijo Juana entrando.

—¿Han traído el nene? Dime ¿Lo han traído ya?

—Sí, ya ha venido; y muy hermoso que es...

—¿Quién lo ha traído?

—No sé. A mí me parece que don Antonio, pero yo no he visto nada. ¿No ves que era muy de noche?

Entonces entró la cocinera secándose las manos con el delantal, como hace siempre.

—¡Ya tienes un hermanito! ¡Y con unos pulmones que me río yo!

—¿Quién lo ha traído?

—¡Vaya usted a saber! Me parece que ha venido en una caja de pasas que me va a servir para encender el fugo.

¡Yo le quiero ver! ¡Mami!

—¡Cállate, y no escandalices! ¿No ves que es muy temprano?

—¡Me quiero levantar!

—Sí, para corretear por toda la casa, despertar al nene y volvernos locos a todos...

—¡Que venga mami!

—La que va a venir es la miss para hacerte callar. Hoy no te va a dejar abrir el pico.

—¿Por qué?

—Porque no. Tienes que estar como en misa...

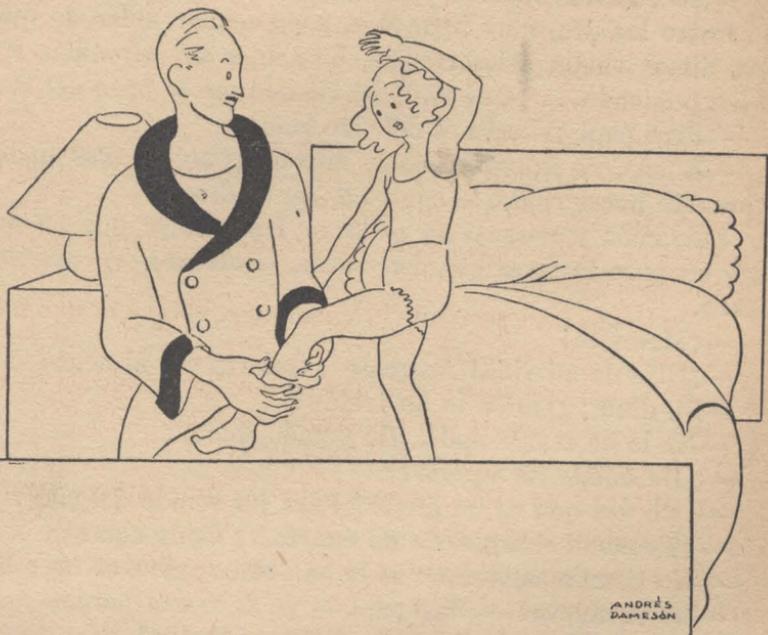
Ya estaba yo desesperada, cuando llegó papi.

—¿Qué ¿ya sabes la noticia?

—Sí. Dime, papi: ¿qué dice? ¿Cómo es? ¿Quién lo ha traído?
¡Yo me quiero levantar!

—Lo primero es que te estés quieta... Si no, me voy y te quedas sin saber nada.

—¡No, papi, querido! Dime: ¿quién ha traído al nene? Juana dice que don Antonio...



—Juana no sabe lo que dice... Ahora el nene se ha dormido, porque está cansado...

—¿Qué dice?

—No dice nada, porque no sabe hablar... Es rubio y tiene los ojos azules como tu madre... Ya lo verás... ¡Es más gordito!... Si prometes ser buena, te vestiré y juntos iremos a verle.

—¡Que venga mami!

—Eso no puede ser. Mami tiene un dolor de cabeza muy fuerte y no se levantará en todo el día... El nene está con ella... Vaya ¿quieres que te vista?

—¡Si tú no sabes!

—Tú me ayudarás... Miss Nelly está en el baño y si viene no consentirá que te levantes todavía...

—¡Ah, bueno, bueno! Vamos, papi...

Entre los dos, muy apurados, para acabar antes de que viniera miss, dimos vuelta a las medias, buscamos las zapatillas y papi me las iba poniendo... ¡Qué mal! El vestido me lo puso del revés.

—Pero papi, ¡si esto es del otro lado!

—Bueno, no importa. Es lo mismo. ¡Casi es más lindo así...! Ahora, sin hacer ruido, al cuarto de tu madre...

Entramos y no se veía nada... Una mujer que yo no conocía abrió un poco los postigos del balcón. Entonces vi que mami me miraba.

—¡Mamaíta!

—¡Hija de mi vida! Acércate. ¿Quieres ver al nene?

—Sí, dime; ¿Quién lo ha traído?

—No lo ha traído nadie. Ha venido solo...

—¿De dónde ha venido?

—¿No ves que es un ángel? Pues ha venido del cielo.

—¿Es como el ángel de mi cuarto? ¿Tiene alas?

—No tiene alas, porque se le han caído; pero es muy lindo...

—No te muevas — dijo papi — yo se lo enseñaré.

—¿Tiene una estrella en la frente, papaíto?

Papi alzó un montón de ropa blanca y vino conmigo hasta el balcón.

—¡Míralo!

—¡Dios mío, qué feo es este ángel!....



Islandia

ESTE año hemos venido tarde a veranear, pero ya estamos en la playa. Miss Nelly se fué a Londres. ¡Qué alegría! Y no sé cuando vendrá.

He preguntado cuando es Pascua y cuando es Navidad, porque Mambrú, que se fué también, tenía que volver en ese tiempo. Y se han reído de mí. ¡De todo se ríen!

Voy todos los días a la playa con el ama de Baby, mi hermanito, que ya es más lindo, pero no tanto como un ángel, aunque mami diga otra cosa.

El ama conoce a todas las amas del mundo, y en cuanto lle-

gamos a la playa ya hay un corro de amas y niñeras con nosotros.

Yo hago flanes de arena, sin alejarme mucho, porque me lo han prohibido, y oigo las tonterías que dicen las amas.

—¿Has tenido carta del pueblo?

—Tuve. Casóse la Colasa y la Cereza murióse.

—¡Qué desgracia mujer! Cuando escribas darás expresiones y dirás que he sentido mucho lo de la vaquiña...

¡Nunca entiendo si hablan de la vaca o de su hermana!... ¡A lo mejor serán también las vacas hermanas tuyas!

Ayer decía un ama:

—La cocinera nuestra está siempre de “bureo”. Hoy me dijo que se iba a Islandia.

—¿Qué es Islandia? — preguntó otra.

—No sé.

Pero yo, que sí sé lo que es Islandia, porque papi me ha leído este invierno un libro que se llama “Viaje al centro de la Tierra”, se lo expliqué todo.

—¡Para este tiempo lo más propio! Pues Islandia es una isla muy grande que está en medio del mar.

—¿Cómo Cuba?

—Sí; pero en el mar de Islandia hace mucho frío y van nadando por el agua pedazos de hielo.

—¡Para este tiempo lo más propio! ¡Sí la cocinera es muy “cuca” y sabe lo que hace!

Si me escucháis os lo contaré todo: en Islandia hay una cueva por donde se baja al centro de la Tierra. Por allí bajaron Hans y su tío, que era un sabio muy gruñón, y estuvieron bajando muchos días...

—Será una mina...

—No sé. Pero bajando, bajando, llegaron a un bosque de hongos tan altos como una montaña, y allí encontraron dos lunas muy brillantes y un mar pequeño, y de repente empezó una tempestad



ANDRÉS
DAMÉSÓN

cuando estaban embarcados... También había pájaros muy grandes que chillaban, y un hombre grandísimo que estaba desnudo entre los hongos.

—¡Sería el diablo!

—No, era Adán, que vive allí todavía. Mi papi me lo leyó. Decía que era el hombre primero o el primitivo, o qué sé yo... Bueno: Adán era...

—¡Jesús, que cosas! Nunca había oído esto.

—¡Escucha, mujer, por tu vida, lo que la niña nos cuenta!...

Y cada vez fueron llegando más amas y niñeras, y me lo hicieron repetir muchas veces con todos los detalles. Algunas no lo creían.

—¡Eso será o no será!

Pero las que lo oyeron las primeras se lo explicaban a su gusto.

—Sí, mujer, sí; es verdad. Es un tío de la niñita, que tiene muy mal genio, el que lo ha visto, porque ha estado allí.

—¿Y vió a Adán? ¡Madre de Dios que miedo! ¡Puede ser que si hubiera ahondado más llegara al infierno! Y la pobre Eva, ¿dónde estaba?

—No sé. A mí no me han contado más.

—¿Y dónde hay que ir para ver eso?

—Pues a Islandia, una isla muy grande.

—Allí es donde va a ir la cocinera de casa.

—¡Ay, mujer! ¿Verá a Adán?

—¡Ya lo creo que le verá! ¡Buena es ella para dejarse nada por ver!

—¿Está lejos esa Islandia?

—Muy lejos —expliqué yo—. Hay que ir en un barco que tarda muchos días en llegar.

—¿Estás segura? Pues la cocinera ha ido esta tarde y tiene que estar en casa pronto para hacer la cena...

—¡Pero, mujer, si Islandia es un bar que está en el puerto!

—dijo una niñera—. Yo he estado el domingo...

—¡Vamos! ¡Y yo que me había creído lo de Adán! ¡Mira, mira que embustera es la pequeña, y parece una coitadiña!...

—¡Tú si que eres embustera y tonta!

Me puse furiosa con todas. Ellas se reían de mí, y yo acabé llorando y pegándoles patadas.

Cuando llegamos a casa, mami me llamó:

—Dime, hija: ¿quién es ese tío tuyo que ha visto a Adán en una cueva? Naturalmente, las pobres amas no creen tus mentiras, y tú les pegas. ¡Muy bonito! Si no vuelve pronto miss Nelly, habrá que pensar en otra institutriz... ¡Válgame Dios qué criatura!



Mañana, sí

Yo no quiero bañarme en el mar, mamita. Te prometo dejarme frotar en la bañera y no llorar aunque me hagan daño... ¡Pero en el mar, no!

—¿Tú no sabes que el agua está muy fría y es amarga? Además hay muchos bichos en el fondo. Yo siento correr los peces alrededor de mis piernas; y las algas, esas cintas sucias, que el mar echa fuera, se me envuelven en los pies, y los cangrejos me pellizcan los dedos... El bañero, ese que tiene los ojos atravesados, es un hombre muy malo y se ha empeñado en ahogarme... Dice: "Aquí ahogo yo a todas las niñas malas", y yo no sé qué hacer para que

vea que soy buena... Ya sé que en el fondo del mar hay un palacio de diamantes donde viven las sirenas; pero eso debe de estar por otro lado... Aquí no hay más que bichos y algas...

—¿Has concluído ya, parlanchina?

—Sí; pero yo no quiero bañarme en el mar, ¿sabes, mamita? No quiero...

—Bueno; pues, a pesar de todo, te bañarás; no hay más remedio. Ya me ha contado el ama el espectáculo que has dado en la playa todos estos días...

—¿Qué espectáculo?

—Empezabas a correr a la hora del baño, y el ama detrás, y tú delante recorríais las tres playas... Cuando estabas lejos, te ponías de rodillas, ¡pero qué cómica eres, hija mía!, para decir a gritos: “¡Mañana, sí; hoy, no!”

—Sabes... como es tan tonta no podía explicarle lo que te he dicho a tí...

—Y ahora te llaman todos los de la playa “Mañana, sí”.

—¡No me importa!

—Bien: pues mañana es hoy, ¿sabes, hija? Y hoy te bañarás... El bañero es un buen hombre que no hace otra cosa más que cuidar de tí... Y en el mar no hay peces que te piquen los pies... Todo eso son fantasías tuyas.

¡Sí, sí! ¡Fantasías! Cuando me ahogue y me coma un bacalao, entoces llorarán y no tendrá remedio. ¡Pobrecita Celia!, dirán...

—Pero, ¿estás llorando, criatura?

—¡Claro! Porque me había ahogado...

—¡Jesús, que criatura más absurda!

Mami fué con nosotras a la playa, y desde entonces me baño todos los días. He aprendido a bañarme de un modo maravilloso; pero el bañero está muy enojado conmigo.

—¿Cómo te bañas tú, niñita —dice el ama— que tienes la cabeza y los hombres casi secos?

—No están secos, no seas acusona...

Papi me llevó una tarde de paseo hasta muy lejos.

—Tienes que explicarme una cosa, hija mía. ¿Qué te propones dando esos saltos en el mar? Al bañero le arrancas, todos los días

los botones del cuello y le has roto el sombrero... Dice que te escurres como una anguila, y no te sujeta porque teme hacerte daño... Parece que es una batalla diaria. ¡El pobre hombre está aterrado con la bañista que le ha salido!...

Como ví que papi se estaba aguantando la risa, yo le expliqué todo lo que le dije a mami y algo más.

—Mira, papaíto; si no die-
ra esos saltos, ya me habría
ahogado... ¡Tú no sabes lo
grandes que son las olas cuando
se está dentro del mar! A
mí me tapan del todo porque soy
pequeña; pero al bañero no...
Por eso me subo a él...

—¡Qué disparate! Así no
es posible que te sigas bañando.

—Eso digo yo...

—Si tu te bañaras con José
María y Finita, sin bañero como

ellos, ¿te mojarías todo el cuerpo?

—Sí... me mojaría en la orilla.

—En la orilla habría de ser, porque ellos solos no entran mucho... ¡Pero como eres tan miedosa!... ¿Me das tu palabra de



honor de bañarte de verdad?

—¿Qué tengo que darte?

—Tu palabra de niña buena. Si tú seriamente me prometes una cosa, yo estoy seguro de que la cumplirás, porque tú eres una niña honrada que no puede faltar a lo que promete.

—¿Eso es honor?

—Eso.

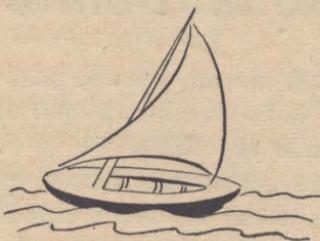
—Bueno: pues te doy mi palabra de honor de que si me baño yo solita en la orilla, sin bañero, que se ha empeñado en ahogarme, me sentaré en el suelo y me llegará el agua al cuello... ¿No habrá cangrejos papaíto?

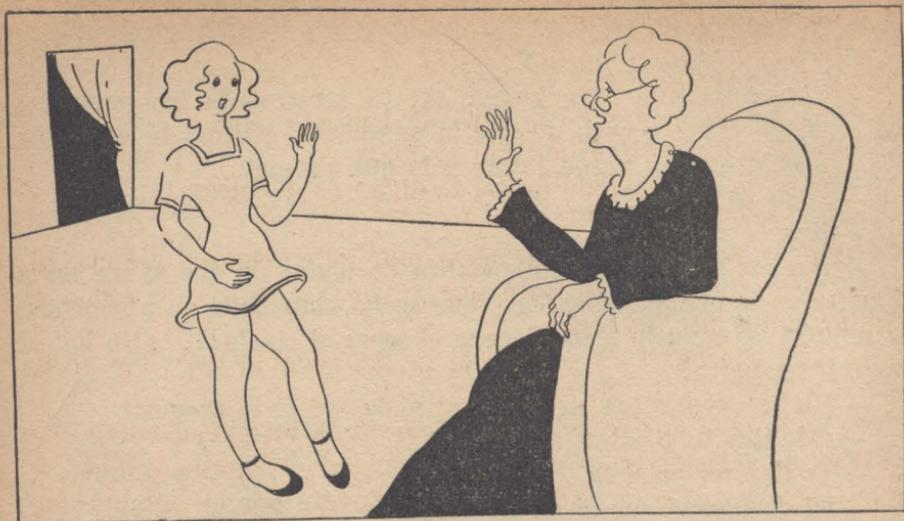
—No hay cangrejos, ni peces, ni nada; yo te lo aseguro.

—¿Me das tu palabra de honor?

—Te doy mi palabra.

—Di de honor, que si no no vale...





Doña Benita

PARA cuidar del nene y de mí, cuando papi y mami se vayan a Francia, ha venido doña Benita. Es una señora vieja, que también cuidó a mami cuando era chica.

Lleva anteojos para ser menos fea, y como no la dejan ver, mira por encima. Habla como los niños chicos, porque es andaluza y, además, lo sabe todo.

- Dime, doña Benita: ¿Dónde está Dios?
- En *er* sielo. Sentao en un trono de oro y estrellas.
- Pues, ¿no dicen que está en todas partes?
- Sí que está, y es lo mismito que el aire.

—Entonces, ¿Dios es el aire?

—Eso.

—Y las estrellas, ¿qué son?

—Pue los diamantes de la capa de Nuestro Señor.

—En el colegio dicen que son mundos...

—¡Si te *va* a creer todo lo que te digan en el colegio!...

—Y la luna, ¿qué es?

—Pue la luna es un globo de lú muy retepresioso, que cuelga Dió del sielo alguna veses, para que vayan los mosos de ronda y anden los gatós por los tejaos.

—¡Mira qué bien! ¿Y es verdad lo que cuentan del viejo de la luna?

—¡Ya lo creo que es verdad! Ocurrió en un pueblo serca *der* mio. Era un leñador que estuvo mirando toda la noche la luna, y cuando quiso vorvé a su casa, en lugar de irse por er camino der pueblo, se fué por un sendero blanco que era un rayo de lú y que acababa en la mismísima boca de la luna... Allí está, esperando que le llame Nuestro Señor.

—¿Y por eso no se debe mirar a la luna por la noche?

—Por eso. Porque al rato de mirarla te atontas, y muy fasilmente te marchas der mundo sin saber lo que hases.

—Doña Benita: y el sol, ¿qué es?

—Pues der sol no se sabe ná. Unos disen que es un agujero que se le ha hecho al manto de la Virgen María, y que por el se ve la gloria... Otros disen que es la carrosa del mismo Dió... ¡Vaya usted a sabé! El calienta, ¿no es eso? Pue lo demá no importa ná.

—En el colegio dicen que es un mundo, no sé cuantas veces más grande que no sé qué, y que está muy lejos, muy lejos, y que una bala de cañón tarda en llegar...

—No hagas caso. Cuando dan en hablar malamente de argo...

—Dime doña Benita: ¿de dónde he venido yo?

—Pue de París de Francia; de donde vienen toos los niño rico.

—Y tú, ¿de dónde has venido?

—No sé. No me acuerdo de nada. ¡Cómo hase tanto tiempo!

—Pues mi hermanito ha venido del cielo.

—Bien puede ser, porque es mismamente un angelito de Dió.

—¡Si hubieras visto cuando vino que feo era!

—Eso pasa siempre... Pero los padres dan en decir que son tan lindos...

—¿Es que los angelitos que están en el cielo son feos?

—¡Quiá! Los feos son los que mandan para acá...

—Doña Benita: ¿qué hacen los ángeles?

—Pue mismamente lo que los monaguillos. Entran y salen; llevan y traen y cuentan a Nuestro Señor lo que hasemos por aquí.

—¿Y los demonios?

—Igual. Eran ángeles de Dió... y hasta de los más lindos que había

en el sielo... ¡¡Pero, hija, se hisieron malísimos y hubo que des-pedirlos!

—Eso me lo han contado en el colegio... Y que se abrieron las puertas del cielo y cayeron al infierno...

—Sí, hija, sí; cayeron... Pero ocurrió que una porsión de angelillos chicos, que no se habían enterado de nada y estaban jugando al peón, al ver caer a tantos, jugaron a caerse también y se tiraron de cabeza... En cuanto el Padre Eterno los vió tirarse, dió una vos terrible y se serraron las puertas del infierno... Pero, hija mía, ya se habían caído todos contra la tierra y tenían las alas



rotas... Aquí se quedaron con nosotros... Ahora son los duendes...

—¿Quiénes son los duendes?

—¿No te lo estoy diciendo? Los angelillos chicos que se tiraron del sielo por equivocación.

—¿Los has visto tú, doña Benita?

—No se los ve. Tienen el cuerpo como de cristal transparente; pero los he sentido. En todos los sótanos de mi pueblo juegan a las cartas... Son los que pierden las cosas, llaman a los timbres, ensienden la lú... En fin, como criaturas que son, con muchísimas ganas de jugar...

—¿Aquí hay duendes, doña Benita?

—¡Claro que habrá! Los hay en todas partes.

—¿También en la ciudad?

—¡Qué se yo! ¡Hay allí tanto ruido!... A ellos les gusta estar solos. Por eso viven en las casas desalquiladas, en los graneros, en los cuartos oscuros...

—¡En la casa de la sierra si los hay! Ahora me acuerdo de un día que dejé mi chocolate en el cuarto del jardín, y me lo comieron casi todo.

—Serían los ratones.

—No, no; eso creía yo entonces, pero eran ellos, estoy segura... ¡Ay, doña Benita que precioso es eso que me has contado! Lo que me voy a divertir ahora que sé todas esas cosas. Pondré nombre a todos los duendes y los llamaré en los cuartos oscuros. Repartiré con ellos los caramelos y me esconderé para que se crean solos y jueguen a las cartas...

—Mira, niña... Hay que ser respetuosa con las cosas del otro mundo. A los duendes todos les tienen miedo...

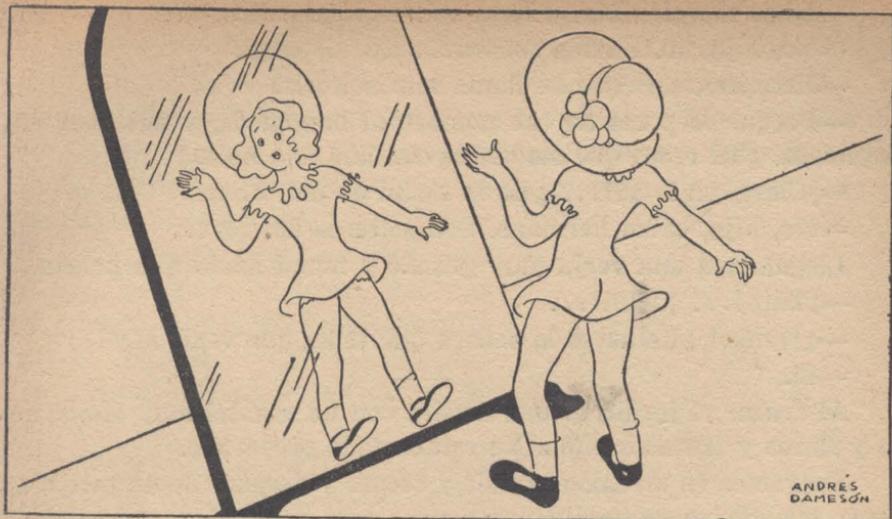
—Pero yo no. ¿Por qué voy a tenerles miedo, si son angelitos chicos?

Entró mami a preguntar no sé qué.

—¡Mamita! Ya no quiero ir al colegio, ni que vuelva miss

Nelly. Doña Benita lo sabe todo y me lo explica mejor... Me ha contado lo de los duendes...

—Mira Benita —dijo mami muy enojada— no cuentes tus historias a la niña, ¿sabes? Demasiada fantasía tiene ella, y si le das cuerda, cualquiera sabe adónde vamos a ir a parar.



Invitada

MAMI mandó a Juana que me vistiera para salir.

—¿Dónde vamos?

—A casa de Don Tomás y María Rosa, que me han invitado a tomar el té en su jardín esta tarde.

—¿Y a mí también me han invitado?

—A ti no; pero en el campo está admitido que te lleve... A ver cómo te portas... No vayas a darme un disgusto ¿eh?

Juana me puso el vestido blanco y el sombrero con flores de aciano. Me ví en el espejo y parecía una niña de un cuento. ¡Qué contenta estaba! ¡Me gusta tanto salir con mami!

—Dime mami: ¿María Rosa es una niña como yo?

—No, hija, no. Es una señora... casi de edad.

—Entonces, ¿porqué se llama María Rosa?

—Porque le pusieron ese nombre al bautizarla, y entonces era pequeñita. ¿Tú crees que los viejos no han sido niños?

—¡Claro, ya lo sé!... ¿Es la mami de don Tomás?

—No, hija, es su hermana. Son solteros los dos...

Llegamos a una verja muy grande y mami llamó a la puerta.

—¡Tilín!... ¡Tilín!...

—¿Quién? ¿Es usted la señora que tenía que venir hoy?

—Sí.

Al cruzar el jardín ví una mesita con un mantel muy almidonado y flores y frutas encima. Ya estaba todo preparado.

Entramos en un salón grande y oscuro y después de un rato muy largo, cuando ya empezábamos a ver, llegó una señora arrugada y vestida de colores y volados.

—¿Ha traído a su pimpollo? ¡Oh qué criatura tan linda! ¡Estará usted encantada con este cromo de niña!

Mami dijo que sí, que estaba encantada; pero entonces la vieja quiso que mami se pusiera de pie para verle el vestido. Y todo se le volvía tirarle de aquí y de allí y decir que era precioso. ¡Qué señora tan cargosa! ¡Y cuánto tizne tenía en los ojos!

Después llegó el hermano, que tosía mucho y no me hizo caso. En seguida comenzó a contar una historia muy larga y muy aburrida, quitándose y poniéndose los anteojos de carey.

Se me abrió la boca y sentí que me dormía... Entonces, para despertarme, me puse de pie y fuí mirando todo lo que había por las paredes, como se hace en los museos.

Dí dos veces la vuelta al salón y al pasar junto a don Tomás ví que había dejado los anteojos sobre la mesa. ¡Qué grandes eran!

Me los puse, y fuí a mirarme en un espejo dorado y pequeñito

que estaba colgado muy alto. De pronto, ¡paf!, al suelo los anteojos, que se hicieron pedacitos...

—¿Qué has hecho, Celia?

—¡Romperme los anteojos! ¿Qué ha de hacer? — dijo con voz terrible don Tomás. — ¡Pues era lo único que me faltaba en este dichoso pueblo en donde nada se puede comprar!... Está visto... ¡los chicos ni en visita!...

—¡Válgame Dios! — decía mami muy afligida. — ¿Pero qué has ido a hacer, hija mía? Vete al jardín, vete en seguida... ¿Es que no puedes estarte quieta? Vete ¡que no te vea yo!...

María Rosa me llevó de la mano al jardín y me sentó de golpe en las escaleras. ¡Qué mala!

—¿Para qué te pones carbón en los ojos? — le pregunté.

Ya sé que eso no se pregunta. Pero, ¿por qué me trataba ella mal, ahora que nadie la veía?

Dió un bufido y se fué furiosa.

—¡Qué casa más aburrida y qué gente más antipática!

Vino una criada con delantal blanco y cofia.

—¿Quieres comer algo?

—Cuando todos tomen el té.

—No; me han dicho que comas ahora.

Me llevó a la mesita y me dió una pera y un pastel. Ella tomó un bizcocho de una cestita que había junto a un plato y se lo comió.

—Yo también quiero de esos bizcochos.

—¡Para ti están! Si quieres otra masa, te la daré, pero bizcochos, ni lo pienses...



Y ella se comió otro. Era tan tonta como sus amos. Me dejó en un banco y se fué.

Al final del jardín había una casita; y una niña, que me estaba mirando, en la puerta. ¡Qué bien! ¡Ya tenía con quién jugar! Me fuí a buscarla.



—¿Cómo te llamas?

—Teófila.

—¿No te han dado masitas ni bizcochos?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Yo te daré. Ven conmigo.

No quería; pero tirando de ella la llevé a remolque hasta la mesita.

—¿Quieres una pera? Toma bizcochitos, que están muy ricos... Y para mí también. La tonta de la mu-chacha sólo me ha dado de esas masas que no me gustan...

Nos comimos todos los bizcochos. Luego jugamos al escondite y a los alfileres.

Me dijo que era la hija del jardinero, y que los señores no la dejaban jugar allí.

—Ahora, como estás tú, no me dirán nada. ¿No te parece? En esto vinieron don Tomás, María Rosa y mamá.

—¿Y mis bizcochos? — oí gritar al viejo.

—Yo los he puesto en la cestita como siempre, señor.

—¿Quién los ha sacado, entonces?

—Pues es un conflicto — decía la vieja mirándome a mí, — porque mi hermano está a régimen, y sólo puede tomar con la leche estos bizcochos que le hago yo...

—¿Has sido tú, Celia? — dijo mami muy colorada.

—Sí; las masitas no me gustan... ¡Están rancias!

—Ya se ve que tienen ustedes a la niña muy mimada... ¡Quiera Dios que siempre pueda continuar así!

Esto dijo la señora, de un modo que parecía que me deseaba todo lo contrario.

Estuvieron callados mucho rato, y luego mami dijo que el medallón reluciente con un retrato que llevaba María Rosa colgado de una cadena era una preciosidad. ¡Exageraciones! Entonces ella se puso otra vez muy contenta; y dijo que era de su abuela, y que se lo regaló un virrey, y que valía tanto y cuanto... Pero del retrato no decía nada.

—¿Quién es ese señor? — pregunté.

Mami me miró indignada y nadie me contestó.

—Vámonos — decía Teófila detrás de mí — jugaremos junto a mi casa. ¿No ves que todos nos miran con fastidio? Son muy malos y luego se van a desquitarse conmigo...

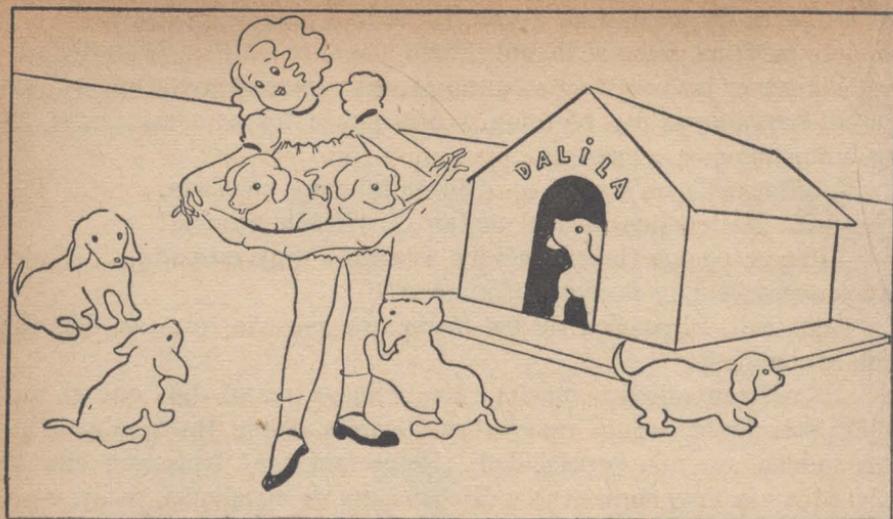
Jugamos poco, porque mami me llamó en seguida para irnos. Ya sabía yo que por el camino me iba a reñir.

—¡Te has portado, hija, te has portado! No ha habido indiscreción ni travesura que hayas dejado de hacer...

—Bueno; cuando sea mayor, ya me vengaré de esa gente.

—¿Qué dices, criatura? ¿Qué es lo que harás?

—Pues daré una reunión y un gran té en mi jardín, y no invitaré a nadie... Me lo comeré yo sola... y yo sola me divertiré.



Los hijos de Dalila

TENGO mucho que coser... Que no me hable nadie... Estoy terriblemente ocupada... No puedo atender a la muñeca ni al libro de estampas. Juana me ha dado una aguja, una aguja verdadera y unas hebras de seda verdes y azules...

Estoy cosiendo de verdad. Haciendo grandes puntadas sobre tela amarilla, que será una bolsa preciosa para doña Benita. ¡Qué sorpresa le voy a dar el día de su santo!... Se lo merece la pobre. ¡Es tan buena!... Yo he tenido la culpa de que se le estropee su bolsa de terciopelo.

Papi y mami se marcharon de viaje y nos dejaron en la Sierra con doña Benita a la perra Dalila y a mí.

La perra estaba gorda, gorda, como una bola y un día le trajeron siete perritos de no sé donde... De donde traen los perros.

Manuel, el jardinero, que es muy tonto, los quería tirar al río.

—¿Pero no ves que es una atrocidad?

—Son muchos. ¿Para qué queremos siete perros?

No sé cómo dice eso, porque él tiene nueve hijos y nadie le ha dicho nada de tirárselos al río.

—Bueno, pues no se tiran. Papi verá lo que hace con ellos cuando venga.

También doña Benita se opuso a que los tiraran y los perros se quedaron en casa.

—¡Qué contenta está “Dalila”! Los lame, los acaricia, les da de comer. Sólo a mí me deja agarrarlos, porque sabe que los quiero tanto como ella...

Todos tienen nombre. El mayor se llama “Napoleón”; el otro “Barrabás”; el chiquito “Benjamín” y “Lucero”, “Selim”, “Dik” y “Tedy” los otros. ¡Qué trabajo me ha costado bautizarlos a todos!

Manuel se lleva a “Dalila” de caza todos los días. Es una maldad, porque los perritos se quedan aullando y desamparados.

—No te la llesves, Manuel. ¿No ves que tiene que cuidar a sus hijos?

—Tengo que llevármela sin remedio. El señor me advirtió que no dejara un día de cazar. Es una perra muy joven y hay que enseñarla.

—¿Entonces, es como si la llevaras al colegio?

—Exactamente lo mismo.

—Vaya ¡Pobrecita! ¿Y no hay vacaciones para ella?

—Sí: cuando prohiban la caza; ahora, no.

No he tenido más remedio que conformarme. Los pobres perros se pasan los días perdidos por la huerta, andando a bandazos como las barcas viejas...

Ayer se pelearon mucho. Barrabás y Teddy mordieron las orejas a Napoleón que chillaba como una rata.

María, la casera, salió con una caña y, a éste quiero y a éste no quiero (eso dice Juana), los molió a palos.

—¡Dichosos perros! ¡Me tienen aburrida!... Han estropeado todas las lechugas de la huerta y me han roto el delantal.



—¡No les pegues, mujer, no les pegues que son chiquititos!..

Los he cuidado todo el día para que no hagan travesuras, pero a la hora de salir de paseo no sabía qué hacer con ellos... De pronto he tenido una idea.

María había tendido a secar los calcetines de su marido, que son grandes y fuertes. En cada uno ha cabido perfectamente un perrito.

Benjamín se hundió del todo y asomaba las narices muy asustado. Barrabás se quedó dormido en seguida, tan contento. Napoleón sólo tenía la cabeza fuera. Y los otros, con las manitas debajo del hocico, se parecían a los amigos de papi cuando vienen a tomar el café en casa.

Sólo quedaba uno sin funda. ¡No había calcetín para él!

Entonces pensé que en la bolsa de doña Benita podría estar divinamente. ¡Yo no sabía que era tan preciosa como ella dice!

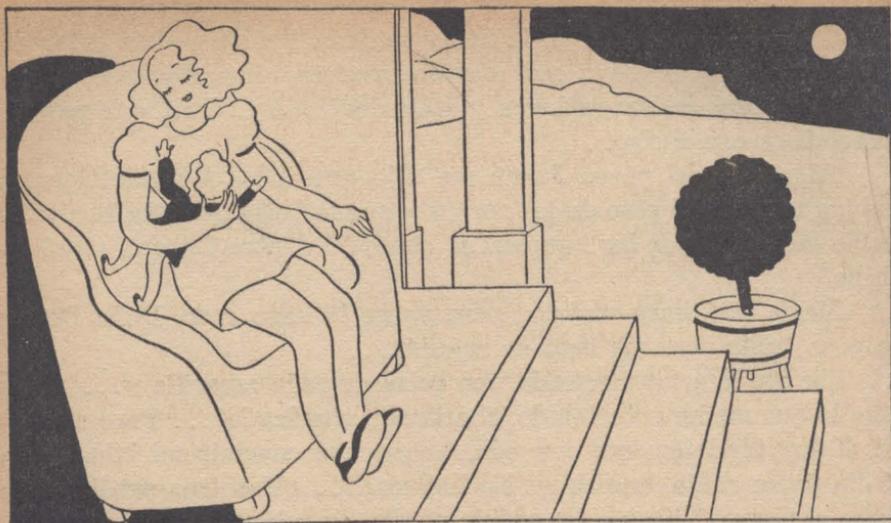
La colgué de los cordones y metí dentro a Lucero, que parecía una señora con abrigo.

Al volver del paseo Juana me dijo que todos los calcetines se habían roto con el peso de los perros y que la bolsa de doña Benita se había desteñido con las humedades que dejó dentro Lucero. ¡Qué cochino!

María está muy enojada, pero yo no le hago caso. Doña Benita se puso triste pero me besó en seguida...

Por eso le estoy haciendo una bolsa de seda amarilla y... ¡Dios mío, lo que me he entretenido, charlando, charlando!... Pero se acabó. Estoy terriblemente ocupada. Tengo que concluir mi labor para el día de su santo, que es en Nochebuena... ¿Vosotras sabéis cómo corre el tiempo? No me es posible perder un minuto más...





Dormida en el jardín

DESPUÉS de cenar, salí al jardín a buscar mi muñeca, que se había quedado sentada en un sillón de mimbre.

Había luna y claridad azulada como en el teatro. Dentro hacía calor, y me senté un poco con Julieta en brazos.

—¡Qué sueño! Ya vendría Juana a acostarme...

Me desperté con frío... Casi no sabía donde estaba... ¡Qué de noche era! La luna se estaba mirando en el estanque con su cara de boba. No se oía nada. Pero ¿por qué no me habían acostado?

El cisne se paseaba despacito por el agua, y “Pirracas”, con otros dos gatos, daba saltos entre las flores... Entonces vino volando la cigüeña de la torre y se posó cerca del estanque.

—¡Buenas noches, señor Cisne! ¿Qué tal lo pasa en este jardín?

—Regular nomás, señor cigüeño. Ha de saber usted que aquí hay una niña muy molesta que se llama Celia. Ella canta, baila y tira piedrecitas en el agua. ¡Me tiene en sobresalto continuo!

—¿Y por qué no se va usted?

—¿Cómo me voy a ir?, ¡desgraciado de mí!, si en este ridículo charco no hay sitio para abrir las alas.

Se hicieron muchas reverencias, y, después de enviar recuerdos a la señora cigüeña y a los cigüeñitos, se despidieron hasta la noche siguiente.

¿Quién dice que esto no es verdad? Pues no se por qué. ¿Ha estado alguien conmigo en el jardín esa noche? ¿No? Entonces deben creer lo que digo... ¡Vaya!

Todo el jardín estaba de fiesta, y entre la hierba se encendían farolitos chiquititos, como en las romerías. ¡Cómo olían los jazmines! Las hadas iban a venir seguramente; pero aunque me sacaba los ojos por mirar, no veía ninguna.

De pronto oí cantar en la carretera:

“Aquella estrellita, madre,
que va detrás de la luna,
esa estrella me acompaña
las noches que voy de tuna”.

Me asomé a la verja. Era un chico el que cantaba. Traía un morral a la espalda y una manta al hombro.

—¡Chits! ¡Muchacho!

—¿Quién me llama?

—Yo. ¿Por qué andas por el campo tan de noche?

—Porque soy el rey (1), y tengo que tocar la trompeta antes de que amanezca.

—¡Huy, el rey! ¡Y esa estrella que te acompaña será la de los Reyes Magos!... Pues yo soy una princesa... (Dije la mentira para que viera que podía hablar conmigo).

—¡Amigo! Por eso dicen en el pueblo que la gente de los hoteles es muy principal...

—Oye, rey, tendrás otros hermanos, porque en los cuentos siempre son tres...

—Sí, tengo otros dos.

—¡Ya lo sabía yo! ¿Y también son reyes?

—También. Uno está en el pueblo y otro en el campo.

—Y... ¿estáis encantados?

—¡Qué va uno a hacer! Pero lo que yo quiero es irme a la ciudad.

—¿A tocar la trompeta?

—No, allí no hay marranos.

—No creas... hay también gente muy sucia.

—Yo lo que quiero es entrar en un almacén.

—¿Siii? ¡Qué raro! ¿Y para qué?

—Para lo que se ofrezca.

—Pues eso es muy fácil. En cuanto estés en la ciudad entras y sales en donde quieras.

—Hasta que llegue San Miguel no puedo salir de aquí (2).

—¡San Miguel es un ángel! ¡Qué bonito es eso que me cuentas! ¿Y también va a desencantar a tus hermanos?

(1) En los pueblos de España se llama rey al que cuida los marranos.

(2) En Castilla se toman los criados por año el 29 de Septiembre, que es San Miguel.

—¿Eh?... Sí después de San Miguel ya están libres y se pueden volver a casa.

—¿Y tardará mucho?

—¿Quién?

—San Miguel.

—No, unos días...

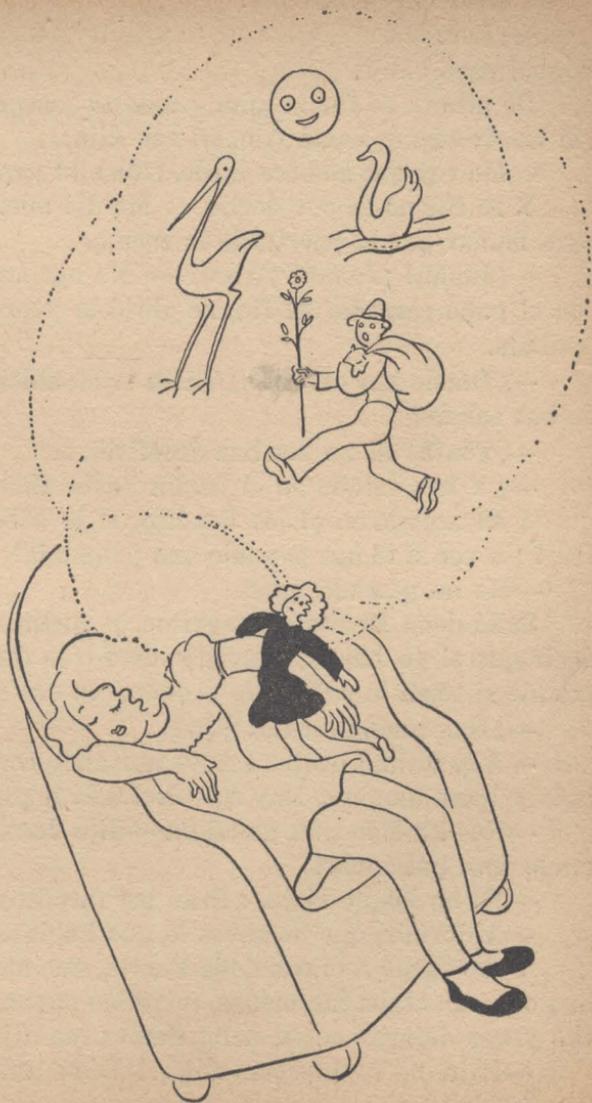
Pues por eso, si tú, señorita marquesa, se lo dijeras a tu papá que tendrá influencias y poder, puede que me buscara un almacén.

—¡Jesús! Pero ¿tanta hambre tienes? ¡Claro! No me acordaba yo que los que están encantados no comen... ¿Y tus padres, qué hacen?

—Pues trabajar como burros...

—También estarán encantados... Eso habrá sido algún mago o alguna bruja que os habrá hecho mal de ojo.

—Eso dice mi madre, que se crió en buenos pañales y aho-



ra las pasa muy negras...

—¡Pobrecitos! ¡Vaya no te aflijas! Ya se estará preparando San Miguel para venir.

De pronto se fué la luna y todo se puso oscuro... El viento movía los árboles y hacía frío. El rey dijo:

—Me voy que se hace tarde. Dile a tu papá lo que te he dicho.

Y se fué no sé por donde... Me dió miedo, y corrí hacia la casa para llamar por la puerta de la cocina.

—¡Juana! ¡Juana! ¡Abre! — No abrían, y dí patadas y golpes con el puño cerrado. Al fin, se abrió la puerta y apareció Juana espantada.

—¿Dónde has estado? ¿Quién te ha abierto la puerta? ¿Por dónde has salido?

—¡Tonta! Si no me has acostado...

—¿Y has estado en el jardín hasta ahora? Pero si doña Benita quedó en acostarte. ¡Dios bendito, si lo saben los señores! ¿Tienes frío? ¡A ver si te has pescado una pulmonía!

—No he pescado nada.

Salió doña Benita a los gritos, y vuelta a hacer aspavientos y a decir que si yo habría agarrado esto o lo otro, y a reñir con Juana porque si tenía la culpa ella y que si no era su obligación acostarme.

—¿Has tenido miedo, hija?

—A lo último. Antes estuve hablando con un rey que está encantado y tiene hambre. Hay que decírselo a papi.

—Eso ha sido una pesadilla —dijo Juana.— ¡A ver si has agarrado una pulmonía!

—Yo no las he visto. ¿Eran los farolitos del suelo?

—A dormir, que no sabes lo que hablas...

Y me quedé sola con doña Benita, que me abrigaba con una manta y me calentaba las manos entre las suyas. Cuando Juana se marchó y nos dejaron solas, doña Benita me dijo:

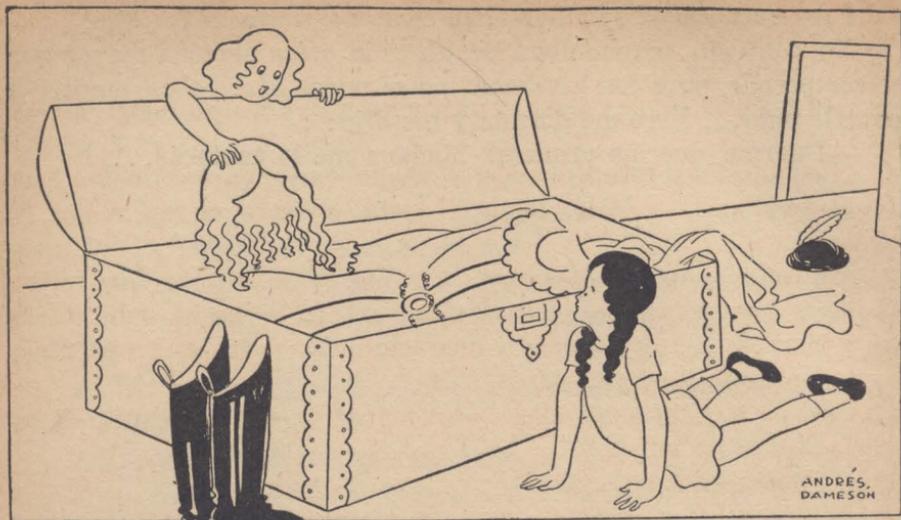
—Hija, no te duermas aún... Dime antes... ¿Estás segura de

lo del rey encantado? ¿Lo has visto como me ves a mí?

Yo, contenta, porque doña Benita es la única persona mayor que me comprende, pues con los demás no se puede atar cabos, empecé a contarle todo... Pero me dormía y me dijo: :

—Duerme, duerme primero. Mañana me lo contarás...





Mi amiga Carlotita

TODAVÍA no os he dicho nada de mi amiga Carlotita que vive en un hotelito cerca del nuestro.

No tiene papi ni mami. Vive con su abuelito don Luis, que está siempre sentado en un sillón de ruedas, porque no sabe caminar.

A don Luis le gusta mucho que juguemos a su lado y oírme contar cuentos. Por eso no quiere que vayamos a ninguna parte.

Un día, íbamos a ir de excursión con papi y mami y de pronto dijeron que iba a llover. Y no nos llevaron. ¡Nos dió una rabia!

—Con don Luis pasaréis la tarde muy bien. Mucho mejor que con nosotros, que vamos lejos y con gente poco simpática.

Carlotita me dijo:

—Ya verás cómo ha sido el abuelito quien les ha dicho que no nos lleven.

Nos quedamos refunfuñando, y decidimos vengarnos de don Luis no entrando en la galería donde él está siempre en su sillón de ruedas.

En cambio, abrimos las arcas grandes del escritorio, que tenían las llaves puestas ¡Cómo olían a alcanfor! Todo estaba cubierto de paños blancos... Los sacamos y aparecieron unos trajes grandísimos de terciopelo encarnado y verde.

Casi no podíamos con ellos, y los arrastramos por el suelo al colocarlos sobre las sillas.

—¿Quién se ponía esto?

—El abuelito, cuando era rey, y príncipe, y emperador... Otras veces era cardenal, con estos zapatos colorados; y también Don Juan Tenorio, vestido de raso verde.

—¿Y cómo era tantas cosas?

—Porque sí. Él dice que era el actor más grande del mundo.

—¿Tú le has visto de pie?

—Sí, con las muletas.

—¿Y es tan grande?

—¡Como un gigante! Mira cuanto cabello hay en esta caja.

No era cabello, sino cabezas sin nada dentro... Había melenas rubias, con rulos largos; otras blancas, con rizos y trenza, como las de los cocheros que van a los entierros...

—¡Ay, Carlotita, qué miedo! ¿A quién le ha quitado tu abuelito esos pelos? ¿Tú sabes si ha sido de esos que matan a la gente?

—Sí, también. ¿Ves ese escopetón colgado, que parece un embudo? Pues me ha dicho que era suyo, de cuando hacía de bandido.

—¡Yo me quiero ir! ¡Vámonos, Carlotita, vámonos a mi casa! ¡Imagínate si le dá por matarnos a nosotras!

—¡Huy, qué niña más tonta! ¡Si el abuelito es muy bueno y todo era de mentirijillas!

—¡Sí, muy bueno! Vámonos con doña Benita, vamos.

Entonces oímos a don Luis que nos llamaba con su vozarrón, y como no contestábamos, llamó al timbre para que nos buscaran. Decía:

—Deben de estar en el escritorio haciendo alguna diablura...

La vieja María levantó los brazos al cielo, al ver despararramado lo de las arcas.

—¡Pero qué estáis haciendo, condenadas! ¡El Señor me valga si no han ensuciado toda la ropa!

—¿Qué hacían? —gritó don Luis. Traiga aquí a esas chicleas, que las voy a matar como hayan revuelto algo...

María, a pesar de mis chillidos, nos tomó a cada una de un brazo y nos sacó a la galería.

—¡Aquí tiene el señor a estos diablos del infierno, que han

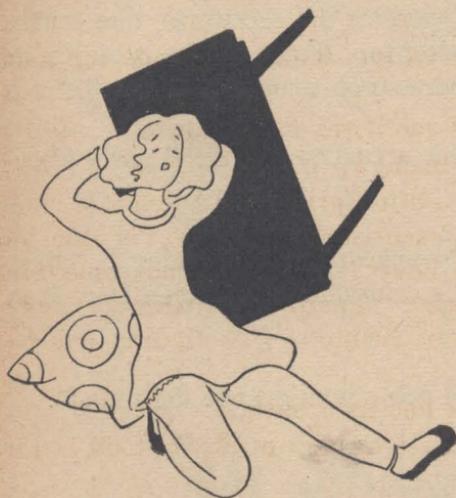
sacado la ropa y han fregado los suelos con ella!

Yo gritaba, pateaba, me retorcí para escapar de las manos de la vieja, que se me clavaban en los brazos como garras... Entonces la mordí, y me soltó... Quise correr y tropecé con una mesa, que se vino al suelo... Me caí y me salía sangre de la frente...

—¡Celia, hija mía! ¡Ven aquí, criatura! —gritó don Luis, asustado.

—Es que se cree que la vas a matar, abuelito —dijo Carlotita.

—¡Válgame Dios, pero si se ha herido! Tráigame en seguida con



qué curarla. ¡Pobrecita! ¿Pero has creído de veras que os iba a matar? No, tontuela. Si no me importa nada que me hayais revuelto las arcas. Si es mejor... Con eso María volverá a limpiar la ropa y no se apollará.... ¡Vaya, no llores más! ¿Te has creído que soy yo un ogro?

Yo no me había creído nada..., pero ¿por qué hablaba don Luis del Ogro?

Me curó, me lavó la herida y me puso una venda con mucho cuidado.

Y yo lloraba, lloraba, porque ya que había empezado me daba vergüenza callarme.

—Pero ¿tanto te duele? ¿Por qué lloras así, criatura?

—Porque no sé llorar de otra manera...

—Llora de aburrida que está —dijo Carlotita. Tú tienes la culpa de que no nos hayan llevado a la excursión, abuelito. ¿Por qué has dicho al papá de Celia que iba a llover? ¡Para tenernos aburridas contigo, que no sabes más que decir: “Quiero los anteojos”, “Acércame a la ventana”, “Cuéntame un cuento”. ¿Te figuras que eso es muy divertido?

—¡Niña, niña! ¡Que me estás haciendo burla!

—Ya lo sé... Y te vamos a castigar cara al rincón toda la tarde para que no lo vuelvas a hacer...

Carlotita quería que yo la ayudara a correr el sillón del abuelo, pero... ¡al ogro le temblaban las manos y le caían las lágrimas de los ojos!

—¡No llores, don Luis! ¡Si es una broma! Nosotras te queremos mucho y no nos aburrimos contigo nunca... Vaya..., a limpiarse las lágrimas y a ser bueno... ¿No ves como yo no lloro ya?

—¡No quiero que lo paséis mal a mi lado!

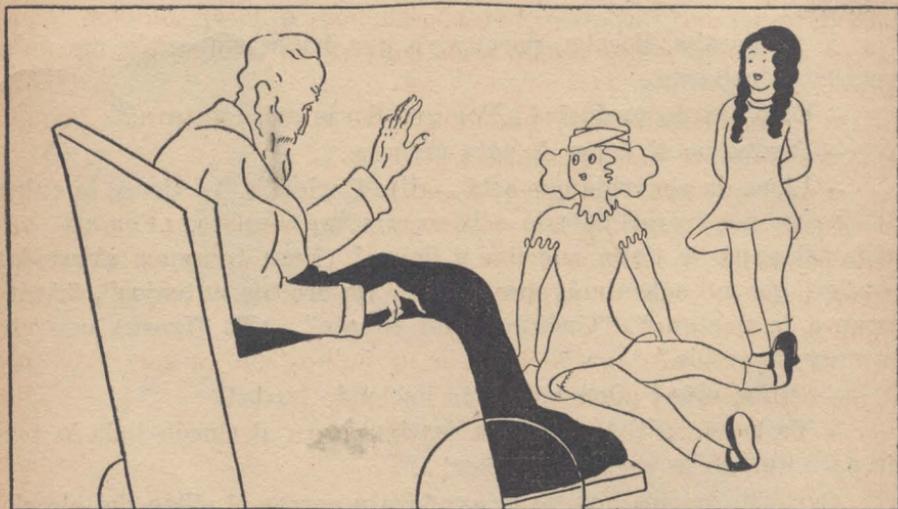
—Pero si no es verdad. ¡Si estamos muy contentas! ¿Quién te ha dicho esa tontería?

—Carlotita me lo ha dicho.

—¿Yo? — dijo ella, que se había puesto muy colorada al ver llorar a su abuelo. ¡Vaya una cosa! ¿No ves que soy una rabiosa y no sé lo que digo?

—Entonces ¿estaréis bien con este viejo chocho?

—¡Ya lo creo! ¡Contigo, que has sido rey y santo y sabes tantas cosas!... ¿De quiénes son esas cabezas de pelo que tienes guardadas en una caja?



—¿Qué dices? ¡Ah, son las pelucas! Las hacía un peluquero para ponérmelas yo.

—¿Tienes las botas de siete leguas?

—No. Se quedó con ellas Pulgarcito.

—Porque tú eras el ogro, ¿verdad?

—No, hija. Yo he sido el Príncipe Hamlet, Don Juan, el Rey Lear, un cardenal de la “Cena de las burlas”, el Rey don Pedro... pero el Ogro, nunca.

—Cuéntanos esas cosas Don Luis. Dime lo que hacías cuando eras rey...

—Llama al timbre Carlotita, para que nos traigan el té, y ahora os contaré...

Nos sentamos a su lado y empezó...

—En "Reinar después de morir", yo hacía el rey don Pedro, y estaba casado con una señora muy linda y muy buena; pero mientras yo estaba de viaje, mi padre la mandó matar. Entonces yo decía...

—¡Dios mío, qué cosas tan terribles dijo! ¡El pobre lloraba y gritaba desesperado! Carlotita y yo nos pusimos a llorar también, y entonces se asustó y nos regaló unos collares de colores, que eran de un moro.

—No nos cuentes eso, don Luis, ni te vuelvas a acordar más de esas cosas que te han pasado...

Y nos quedamos callados los tres.

Pero, como a mí me pareció que el pobre viejecito se había quedado pensativo, y así como triste y Carlotita me miraba sin saber qué hacer, pues yo quise arreglarlo todo, y me acordé de un cuento que sé muy bonito, y les dije:

—Yo os contaré una historia de un gallito, que es muy divertida y que nos reiremos mucho...

Y se volvieron a poner muy contentos.





La compra de la Ermita

VENÍAMOS de misa y subimos a saludar a don Luis, que está un poco enfermo.

Doña Benita, que había estado hablando en la puerta de la iglesia con unas viejas del pueblo, contó a don Luis lo que le habían dicho, haciendo muchos aspavientos.

—¿Sabe señó que han puesto andamios en la ermita y la van a tirá? Me lo ha dicho doña Remedio. Dise que va a vení un rey de las Indias a comprarla con los castaño de alrededor y el río que pasa junto a las tapias... y hasta la Santa Virgen del Adra...

—¡Pero eso no es posible! —dijo don Luis muy asustado.

—Sí señor, sí. Ese rey, o lo que sea, se va a mandá hasé en er sitio que está ahora la ermita un palasio, too de piedra labrada.

—¡Jesús, Jesús, Jesús!

—¿Se pone usted enfermo, don Luí?

—No, gracias; es la emoción...

Carlota estaba furiosa con doña Benita. “Ahora el abuelito se pondrá peor por contarle esas cosas”.

Por la tarde, cuando fuímos a jugar a la galería, don Luis no estaba. Se había puesto muy mal y le habían tenido que acostar.

—Ya ves, ha estado llorando mucho, porque dice que a él le bautizaron en la ermita y en ella se casó, y que si la tiran se muere en seguida...

Jugamos sin hacer ruido toda la tarde, y entramos a ver a don Luis dos o tres veces. Siempre tenía los ojos tapados con las manos...

De pronto se me ocurrió una idea:

—¿Y si compráramos nosotras la ermita para que fuera de tu abuelo y ya no la pudieran tirar?

—No puede ser. Ya la ha comprado ese señor de la India.

—No lo creas. Doña Benita ha dicho que va a venir a comprarla; pero aún no ha venido.

—¡Ah!

—Es muy fácil. Reunimos tú y yo todo lo que tenemos, y se lo llevamos al señor cura... Si es bastante, él nos dá la ermita en cambio. Eso es comprar.

—Bueno. Mañana iremos.

—No, no; mañana, no. Ha de ser ahora mismo. ¡No vayan a tirar esta noche la ermita!

Carlota trajo todo lo que tenía: una cajita con cristales de colores, otra con papeles de plata de envolver bombones, y los collares de cuentas grandes.

En mi casa recogimos lo mío, que era mejor: una cajita grande



con más de veinte carretes vacíos, dos lápices de colores y una hu-
cha con monedas que no se podían sacar.

Salimos sin que nos vieran, y bajamos al pueblo por el atajo. El
señor cura vive junto a la iglesia, en una casa con un huerto delante.

—Estará la puerta abierta, porque el señor cura es un santo. Me
lo ha dicho doña Benita. Los santos tienen la puerta de su casa siem-
pre abierta.

—¿Por qué?

—No sé. También tiene un lobo en el huerto y no nos hará
nada...

—¿Un lobo?

—Sí, como todos los santos. Todos tienen un león, o un tigre,
o un águila... ¿No los has visto retratados?

—¡Es verdad!... Pero ¿estás segura de que no nos hará nada?

La puerta estaba abierta como yo me figuraba, y al lobo no se
le veía por ninguna parte. Sin embargo, nos tomamos de las manos,
y, rezando a gritos el Padrenuestro, cruzamos por entre los árboles
que hacían mucha sombra. ¡Qué miedo! ¡Al otro lado del huerto se
oía aullar al lobo!

No nos hizo nada, porque nos oía rezar.

Salió de la casa una señora vestida de negro:

—¿Por qué gritáis de ese modo? ¿Qué queréis?

—Venimos a ver al señor cura.

—¿Le traéis algo? —dijo mirando los paquetes—. Pues me lo
podéis dejar a mí...

—No, no, tenemos que hablar con el señor cura...

—Bueno, bueno. Subid conmigo.

Subimos por una escalera muy empinada, hasta una habitación
toda blanca, con un crucifijo. Allí estaba el señor cura.

—¿Qué queréis, hijas?

Al pronto no me atrevía a hablar; pero como Carlotita no decía
nada y me miraba a mí, lo dije todo muy de prisa para acabar antes.

—Venimos a decirle que, si tiran la ermita para que se haga el rey de las Indias un palacio todo de piedra, don Luis se morirá en seguida...

—¿Quién es don Luis?

—Mi abuelito — dijo Carlotita.

—Sí, sí, creo recordar... Es un señor viejecito...

—No sé; pero hace mucho tiempo que le tenemos en casa...

—Que está impedido y ha sido cómico. Sí, sí, vive en la carretera alta.

—Sí señor.

—¡Vaya, vaya! ¿Y quién os ha dado esas noticias del rey de las Indias?

—Doña Benita.

—¿Y quién es doña Benita?

—Una señora que cuidó de mami; y ahora cuida de mí y de mi hermanito...

—¡Vaya con la señora, qué cosas sabe!

—Y nosotras venimos a comprar la ermita, antes de que venga ese señor y la tiren, para que don Luis no se muera.

—¡Muy bien! Se lo diremos al señor obispo... ¿Y qué es lo que dáis por ella?

—Trae la caja Carlotita...

Sobre la mesa del señor cura colocamos los veinte carretes vacíos, la cajita de cristales de colores, los papeles de plata, las hebras de lana, los collares y la hucha.

—¡Está bien! Queréis pagar en especies, como en los primitivos tiempos de la Iglesia... No sé si al señor obispo le parecerá bastante; a mí, sí me lo parece... Pero ahora recogedlo todo y vamos a ver a don Luis.

Se puso la capa y el sombrero, nos tomó de las manos, y con todo lo que habíamos llevado, empaquetado y atado otra vez por la seño-

ra del vestido negro, volvimos a cruzar el huerto y salimos a la carretera, cuando ya era de noche.

A don Luis le encontramos tan triste como le habíamos dejado. El señor cura, que entró con nosotras, dijo:

—Vamos, don Luis, no hay que afligirse por lo que no es más que un chisme de pueblo... Su nieta y esta pequeña sabihonda se me han presentado en la rectoral a comprar la ermita en especies... No tiene derecho a quejarse quien tiene estas criaturas a su lado... Pero ¿cómo ha podido creerse esa tontería? La ermita tiene andamios porque se está arreglando la torre para la fiesta... ¡Si eso lo saben hasta los gatos!

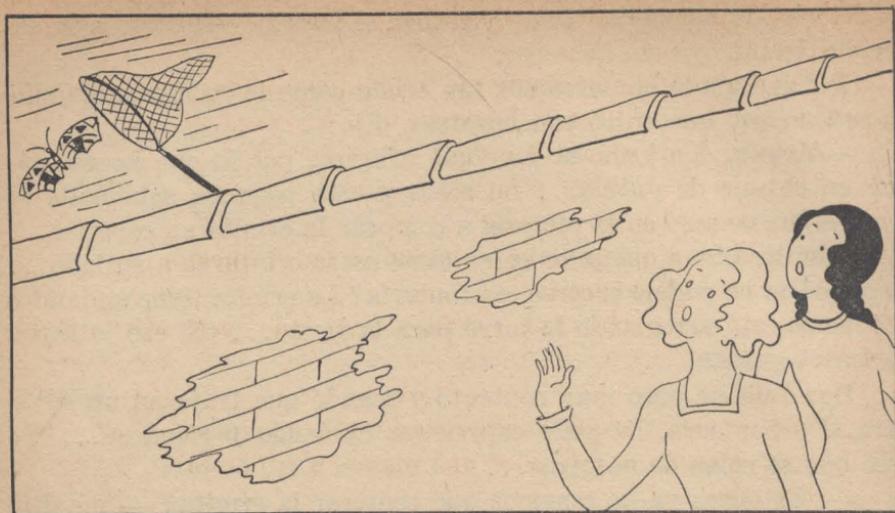
Don Luis se puso muy contento y mandó que trajeran un sillón para el señor cura. Después estuvieron hablando y riéndose... Yo creo que se reían de nosotras...

—¿Entonces ya no tenemos que comprar la ermita? — me dijo Carlotita.

—No, ya está todo arreglado. ¡Dice que lo sabía "Pirracas"!... ¡Qué tontería!

—Nos lo hubiera dicho ¿verdad?





El duendecito

JUGÁBAMOS en el jardín una mañana Carlotita y yo, cuando vimos un caza-mariposas que aparecía y desaparecía por encima de la tapia del huerto.

“¿Quién será? “¿Quién no será?”, decíamos recordando que no habíamos visto en el pueblo a nadie que cazara mariposas con red. Además, ¿cómo había entrado si estaba la puerta cerrada?

Yo miré por el ojo de la llave y ví, ¡Dios mío, lo que ví! ¡Un duende!...

Chiquito, rubio, muy rubio y muy blanco, aunque no trasparen-

té, como dice doña Benita, con unos pantalones encarnados y un gorro en punta...

Del gorro puntiagudo nadie me había dicho nada, pero yo estaba segura de que los duendes lo llevaban. ¡Y era verdad!

—Mira tú, Carlotita. ¿Qué ves?

—Un niño vestido de colorado.

—¡No boba! Es un duende...

Dimos la vuelta a la llave y entramos en el huerto.

—¡Duende! ¡Duendecito!

Nada, no nos hacía caso. Corría de un lado para otro sin mirarnos.

—¡Chist!

¡Cómo se reía porque había cazado una mariposa!

Llegamos hasta él y le puse una mano en el hombro.

—¡Duende!

Me miró y ví que tenía los ojos azules.

—¡Duendecito!

Entonces dijo unas cosas muy raras que no entendimos.

—¿Qué ha dicho? — preguntó Carlotita.

—¡Vaya uno a saber! Los duendes no hablan como nosotros.

—¿Dónde vives, duende? ¿Vives en el sótano o en el granero?

Nunca te habíamos visto hasta ahora...

No contestaba nada. Se reía y nos enseñaba unos dientes muy blancos.

—Mira, Carlotita, mira qué gordito está... ¡Y decía doña Benita que no son de carne!

—Parece un niño.

—¡Qué ha de parecer! ¿No ves cómo habla? Además, ¿has visto tú algún niño que tenga el pelo tan rubio y vaya vestido de colorado, con un gorro en punta?

—¡Es verdad!

—¡Claro que es verdad! ¡Hay que fijarse en las cosas!

—Pero no tiene alas...

—¡Serás tonta! Los duendes no tienen alas porque se les rompieron al caerse del cielo; pero ya verás cómo tiene señales en la espalda de haberlas tenido... Tírale tú de la camisa por ese lado y se la desabrocho...

¡No se dejaba! Riendo se retorció y se escurría... ¡Tenía cosquillas como una persona! Pasó una mariposa y se escapó detrás de ella corriendo. Me acordé que me había dicho doña Benita que eran golosos...



—Quédate tú cuidándolo, para que no se vaya del huerto, mientras yo voy a buscar unos bombones que me han traído ayer y están en mi pieza.

¡Qué alegría le entró cuando me vió con el paquetito! Dejó la red y se vino a mí.

Los comía como si fueran cerezas... Uno, otro, otro, otro... ¡Si le dejas no queda uno! Cuando cerré el paquete, se puso muy triste y abrió la boca para que yo viera que ya se los había tragado todos.

—Sí, sí, ya lo veo. Pero ¿te crees tú que los bombones se tragan como píldoras? Si vienes con nosotras te daremos más...

—¿Dónde vamos? — dijo Carlotita.

—Al gallinero. Ahora no hay allí nadie y está oscuro. A los duendes les gustan los rincones oscuros... ¡Como que no sé yo cómo se ha venido al huerto!

Caminábamos enseñándole el paquete de bombones, y se vino detrás hasta meterse en el gallinero, que estaba abierto y sin gallinas. Los tres nos sentamos en el suelo.

—Toma; duende, toma los bombones... Pero ya no te has de ir nunca. Serás mi amigo, y yo te llamaré... ¿Cómo te llamaré?

—Llámalo José Luis, como el niño que vive en el hotel grande.

—No puede ser. ¿No ves que es nombre de persona?

El pícaro me había quitado el paquete de bombones y se los estaba comiendo muy apurado. ¡Si llega a ser un niño revienta!

—¿Ves cómo es un duende? ¿Has visto tú un niño que se coma así los bombones?

—¡Yo me los comería también si me dejaran!

—¡Qué tonta! Voy a buscar una baraja para que no se aburra cuando le dejemos encerrado aquí. A los duendes les gusta mucho jugar a la baraja...

Subí al billar y me encontré a mami, que bajaba la escalera.

—¿Dónde te metes toda la mañana, criatura?

—He encontrado un duende, mamita, y no quiero que se me escape.

—¡Jesús, qué cabeza destornillada! — y mami se metió en su cuarto sin hacerme caso.

Encontré la baraja en el cajón de la mesita pequeña, y bajaba con ella corriendo cuando subía doña Benita.

—¿Dónde vas con la baraja? ¿No ves que te van a reñir si la manchas?

—Es para un duende que he encontrado.

—¡Bendito sea Dios! ¿Pero le ves?

—¡Ya lo creo! ¡Es más bonito! Tiene un gorro colorado... Ven tú a verle...

—No, hija, yo no le vería. Las cosas del otro mundo sólo las ven los niños... ¿Le has conjurado para que te diga quién es?

—¿Qué es eso?

—Dile: “En el nombre de Dios, yo te conjuro para que me digas si eres duende, alma en pena o espíritu infernal”.

—Pero si no sabe hablar como nosotros...

—No importa; tú le entenderás. ¡Qué cosas, Señor, qué cosas! ¡Para que digan que una ve visiones!

De un salto volví al gallinero. Ya se había comido todos los bombones y se quería marchar. Carlotita estaba luchando con él a brazo partido...

Me tomó las manos para ver si traía más; y abrió la boca para que viera que se los había comido.

—¡Ya sé, ya sé! ¡Capaz serías de comerte todos los de una confitería! ¡Júrame por Dios que eres duende y no espíritu de Barrabás!

—Eso debe ser — dijo Carlotita que estaba furiosa. ¡Mira qué mordisco me ha dado!

De pronto, le entró al duende una furia terrible. Se tiró al suelo y empezó a revolcarse... ¡Cómo se puso! Hasta la cara se llenó de basura...

—Es que quiere volverse al sótano de donde ha salido.

Decidimos encerrarle con llave en el gallinero y abrir la tapa del sótano entre las dos.

En el jardín estaba papi.

—Papaíto, ¿quieres abrírnos la puerta del sótano?

—¿Para qué?

—Para meter al duende que vive allí, y ahora está desesperado por volver.

—Pero, ¿dónde está ese duende?

—En el gallinero. ¿No le oyes dar patadas en la puerta? ¡Está furioso!

—¡Pues es verdad! ¡Va a romper la puerta! Pero ¿a quién diablos tenéis encerado ahí?

—Al duende, papaíto. ¿No te lo estamos diciendo?

—¿Es algún perro?

—No. ¡Es un duende con su gorro colorado! Ven y lo verás.

Manuel, que estaba atando los rosales, se reía como un tonto que es, y fué delante de todos a abrir la puerta.

—¡Que se va a escapar, Manuel! ¡No lo dejes salir!

¡Se escapó! En cuanto vió la puerta abierta, salió corriendo al jardín, y al camino por la puerta de servicio.

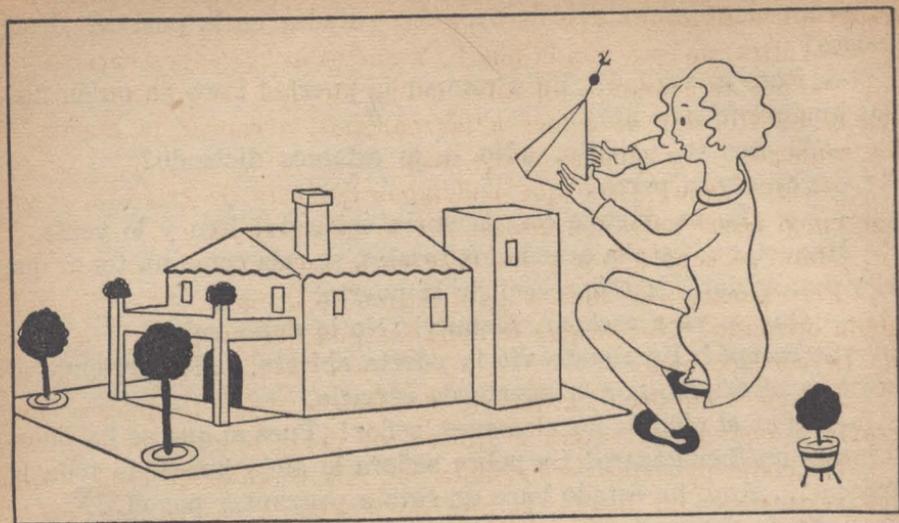
—¡Si es el niño de los alemanes, señor! ¡Pues sí que se ha puesto hecho un San Lázaro! La pobre señora le anda buscando toda la mañana... Aquí ha estado hace un rato a preguntar por él...

—Ya te decía yo que parecía un niño — me dijo Carlotita.

Y papi:

—¡Pero, Celia..., hija mía!...





A servir

PAPI y mami hablaban sentados en la terraza, y yo jugaba a hacer casitas a su lado.

Este año hemos gastado mucho —decía papi—. Los viajes han subido un pico...

—He tenido yo la culpa —contestaba mami—. La visita a los modistos me hizo perder un poco la cabeza... Luego, tú me animabas a comprar...

—¡Claro, mujer! Y estoy muy contento de que lo hicieras. ¡No faltaba más!... Ahora llega el invierno y normalizaremos los gastos y el trabajo... ¡Hay que trabajar de firme!...

¡Pobre papi, qué bueno es y cuanto le quiero!

—Dime, papáito, ¿no podría yo trabajar también? Así los dos ganaríamos dinero...

—¡Mira, no está mal la idea! ¿Y qué es lo que sabes hacer?

—Pues sé acunar a un niño, cuidar de que las gallinas no salten al huerto, dar de comer a las palomas, arrancar la hierba de los senderos... y muchas cosas más.

—¡Muy bien! Creo que podríamos ponerte de criadita, a ganar cinco pesos todos los meses. Ya lo pensaremos.

Mami se echó a reír y me besó en la frente.

Pero pasaron los días, y papi no me decía nada. ¿Es que se le había olvidado? No; es que le daba lástima que yo trabajara como él. Le conozco bien.

Entonces me decidí a hacerlo sin decirle nada. Después se alegraría, y cuando le trajera el dinero me daría muchos besos.

No podía ponerme de sirvienta con mis vestidos de seda. Tenía que vestirme como Josefa, la hija de María, la casera, que es un poco más alta que yo y está sirviendo en el pueblo.

Precisamente su madre tenía una falda azul de ella tendida a secar en el huerto. ¡Era lo que yo necesitaba!

Me la puse y me quedaba muy bien. Después me quité el lazo del cabello y me lo até con un cordón, como un moñito. ¡Ya era una criada! ¡A servir!

Caminando, caminando, a través de los campos salí del pueblo sin que me viera nadie... Después corrí mucho, hasta encontrar unas casas.

Llamé a una puerta:

—¡Ave María Purísima!

—¡Sin pecado concebida!

—¿Necesitan una sirvientita?

—¡Jesús! ¿Y qué sabes hacer tú?

—¡Pues sé acunar a un niño!



—Sí, sí; mucho no puede ser... Pues aquí no necesitamos criada, pero llama en aquella puerta grande y puede que te tomen.

Llamé, y salió una mujer con el cabello revuelto.

—¿Qué quieres?

—¿Que si necesitan criada?

—¿Quién te ha dicho que vengas?

—De aquella casa de enfrente.

—¡Ah! La tía Carlota. ¡Tú no eres de este pueblo!

—No señora.

—¿Eres del de al lado?

—Sí, señora.

—¿Te manda tus padres a servir? ¿Y cuánto quieren que ganes?

—Cinco pesos.

—¡Qué atrocidad! Te daré tres, si te conviene.

—Bueno.

—¡Estás muy flaca y muy descolorida! ¡Y qué manitas tienes! ¿Es que has estado enferma?

—No, señora.

—Pues, hija, no sé qué te noto que no es natural... Bueno, quédate, y cuando venga mi Juan Antonio veremos lo que dice.

Me mandó acunar a un niño que dormía en una habitación oscura donde había mal olor.

Después me llamó para que la ayudara a mondar patatas.

—¿Cómo te llamas?

—Celia.

—Nunca he oído ese nombre... ¿Pero no sabes mondar patatas? ¿Es que no las mondabas en tu casa?

—No, señora.

—Pues hija, me parece que no eres una alhaja.

—Sé cuidar de las gallinas para que no entren al huerto y arrancar la hierba de los senderos...

—¿De qué senderos? ¡Pues sí que sabes tú unas cosas útiles! Mira a ver si hay pan fresco en el cajón de la mesa.

—No hay.

—Bueno, pues trae de lo que *haiga*.

—No se dice *haiga*, sino *haya*...

—¡Dios mío, con lo que sale! ¡Es igual!... Tráeme aquella cacerolita, que vamos a hacer la papilla al niño.

Y se puso a echar aceite y azúcar, y pan y agua... ¡una porquería!

—Le va a hacer daño eso... Los nenes toman fostatina...

—¿Tienes hermanos?

—Sí, tengo uno chiquito.

—¿Y le dáis fostatina?

—¡Claro!

—¿Y luego te mandan a tí a servir? ¡No pega bien eso!... Mi niño come papilla porque es hijo de unos *probes*.

—¡Pobres!

—¡Como se diga, hija, que parece maestra de escuela!... ¿Sabes ir al monte?

—No sé...

—Pues aprendes. Al salir al camino, verás un atajo a mano izquierda... y de ahí derecho. Allí está la cabra atada a un estaca. Te la traes para casa... ¡Avídate, chica, que parece que estás atontada!

Y me dió un sacudón que casi me tira... ¡Qué mujer más tonta! Mami no hace eso a Juana.



Salí al camino. ¿Cuál era la mano izquierda, Dios mío? Venían unas chicas y les pregunté:

—¿Dónde está el monte?

—Por ese camino. ¿No eres del pueblo?

—No.

—¿Dónde vives?

—Allí, en la puerta grande.

—En casa de la Antonia. ¿Vas a buscar la cabra? ¡Qué chica más rara!... ¡Te pareces a una que vino con los titiriteros!

Seguí por el camino que me dijeron, y estuve caminando no sé cuántas horas, sin encontrar la cabra. ¡Qué difícil es servir! Estaba cansada y decidí volverme a mi casa. ¡No me iba a dar más que tres pesos y me reñía mucho!...

De pronto oí gritos, y ví venir a un vigilante con un hombre que gritaba: ¡Celia!, ¡Celia! ¡Pero si era Manuel, el jardinero!

¡Qué contento se puso cuando me vió! ¡Yo no sabía que me quería tanto!

—¡Vaya un día que nos has dado! ¡Ya sabía yo que no estabas lejos! Pero ¿para qué te has vestido así?

—Es que me he ocupado de sirvienta.

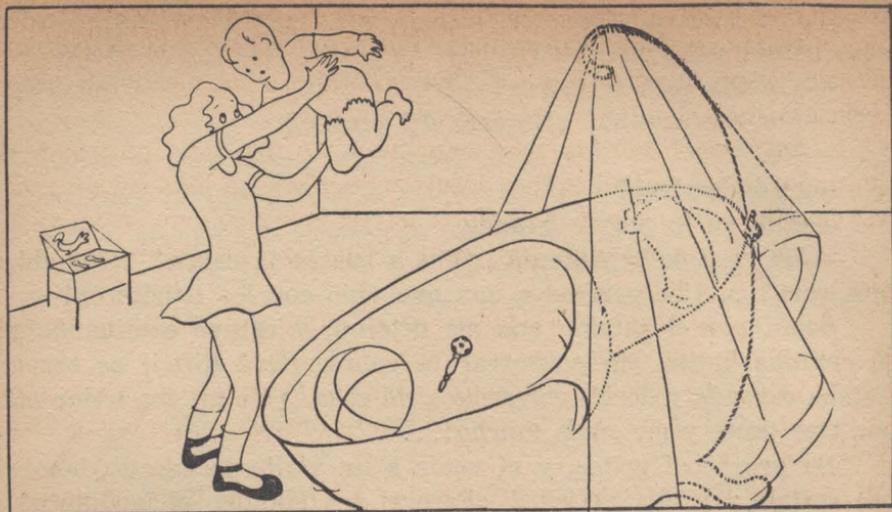
—¡Vamos a casa! ¡Buenos están los señores!

El vigilante me miraba muy asombrado. Al fin me dijo:

—¿Has venido aquí sola?

—Sola. Me mandó la Antonia a buscar la cabra. No quiero servirla más, pero me debe tres pesos. Pidánselos ustedes, y luego hagan el favor de llevarlos a casa, porque hemos gastado mucho este verano.





Mi hermanito y yo

¿Os acordáis de que, cuando trajeron a mi hermanito, dijeron que era para mí sola?

Papi me lo prometió, y yo quise regalar mis muñecas a Solita, creyendo que ya no me hacían falta.

Pues luego ha resultado que Baby era para mami y el ama, que lo llevan y lo traen y lo visten y lo desnudan... A mí no me han dejado tenerle en brazos ni una sola vez.

Se lo he dicho a papi:

—Dime, papaíto: ¿de quién es el nene?

—Nuestro. De mami, tuyo y mío.

—Pero, ¿no decías que era para mí sola, cuando lo iban a traer?

—¿He dicho yo eso? Bueno... sí; es tu hermanito.

—No, no era así. Tú decías: “Será tuyo, como una de tus muñecas”. Y yo quise darlas... ¡Ya ves: ahora no me dejan ni tenerle en brazos!

—Está muy gordo: pesa mucho y lo tirarías. ¡Además es tan malo... La verdad es que nosotros pedimos un niño bueno y nos han mandado un nene malo. ¿No te parece que debíamos cambiarlo?

—¿Y si nos mandan otro peor? No, no. Yo quiero mucho a éste... ¡Vaya una idea!

Ayer me lo encontré despierto en su cuna, y no había nadie con él. Al ama la oía hablar en la cocina.

Se reía y me echaba los bracitos para que lo alzara... ¡Es más rico!

—Hoy te bañaré yo y te pondré ropita limpia... Ya verán luego si sé cuidarte o no.

Allí estaba la ropa ya preparada. La llevé al baño, y después alcé a Baby, que me apretó el cuello con los brazos. ¡Cómo pesaba! Casi no podía caminar con él, y fuimos a tropezones por el pasillo.

Lo senté en el suelo y puse delante de él todos los frascos que pude alcanzar de la mesita y de los estantes, para que se entretuviera mientras se llenaba el baño.

El agua abrasaba de caliente. Eché fría y se quedó helada. Abrí la canilla de la caliente y volvió a quemar...

Mientras, Baby había vertido un frasco y restregaba el suelo con las manos. Después se quiso beber el charquito. ¡Huy que niño más revoltoso!

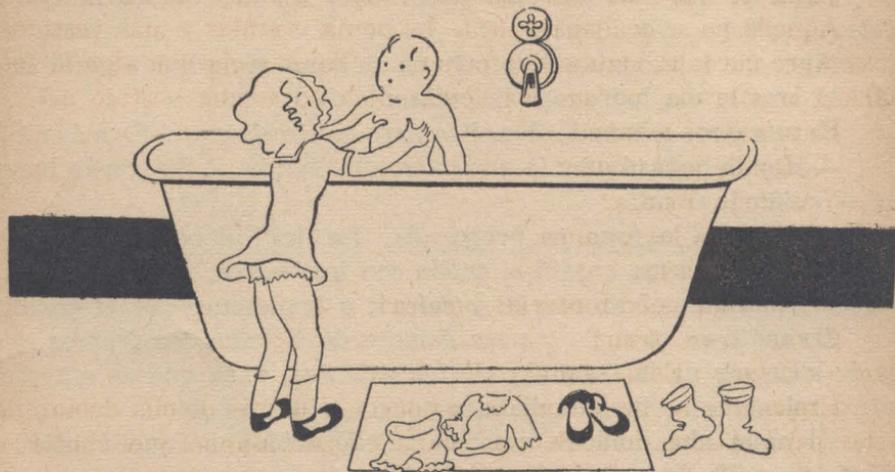
Lo desnudó. Tenía más de sesenta imperdibles y cientos de cintas atadas por todas partes. ¡Vaya un modo de hacerle los vestidos!

Ya desnudito, lo metí en el baño. ¡Dios mío, cuánto pesaba! Casi se me cayó, y a poco más se ahoga...

Se le hundía la cabeza en el agua, y yo no lo podía sostener, porque el baño es muy hondo... Movía los brazos como si quisiera nadar, y se ponía muy colorado... Hacía pucheros; pero como tragaba agua, no lloraba... ¡Qué apuros pasé!

Cuando se fué toda el agua y se quedó el baño seco, quise sacar al niño; pero no podía, porque como estaba mojado, pesaba más.

Saqué el tapón del baño para que se vaciara un poco, y en seguida se fué tanta agua, que Baby se pudo sentar. Entonces se reía y daba palmadas en el fondo. Los espejos y el techo se llenaron de gotitas como si lloviera.



Entonces decidí vestirle dentro del baño, y me metí yo también, con todas las toallas y la ropa que le iba a poner.

De todos aquellos vestidos, ¿cuál sería el que había que ponerle primero? Me imaginé que era igual. Seguramente tampoco el ama lo sabe y le pone el primero que encuentra.

En eso estábamos, cuando oí gritar. Era doña Benita, que decía: “¡Se lo habrán llevado los gitanos!” ¿Qué se habrían llevado? Escuché: pero aunque seguían gritando, se fueron más lejos y ya no oí nada.

¡Era tan difícil vestir a Baby! Yo no sabía si era torciéndole los brazos hacía fuera o hacia dentro, como se le ponían las mangas.

Volví a oír gritos. Era el ama que lloraba dando unos chillidos como si la estuvieran matando... Después, la voz de papi:

—¡Cállese usted, mujer!

¿Qué les pasaría? En cuanto vistiera a Baby saldría a verlo.

Aquello no se acababa nunca. Le ponía vestidos y más vestidos, y siempre quedaba alguno que poner... Me parecía que algo le faltaba o le sobraba, porque los demás días no estaba vestido así...

Entonces oí a mami.

—¿Dónde está Celia?

Y a doña Benita:

—Han sido los gitanos.

Y papi furioso:

—¡No diga usted tonterías, señora!

¡Tran, tran, tran!

—¡Celia! ¿Estás aquí?

Era mami la que llamaba a la puerta, y detrás de ella debían de estar papi, el ama, doña Benita, Juana y hasta Manuel y el chofer.

—Sí, aquí estoy. ¿Qué pasa? ¿Por qué venís todos?

—¿Está contigo el niño?

Yo no sabía qué decir. Seguramente se iban a enojar...

—¡Contesta, Celia! —dijo papi— ¿Tienes al niño ahí?

—Sí, aquí está...

—¡Bendito sea Dios!

Y mami tenía la voz como si llorara...

—¡Abre!

Sí, sí; eso se decía muy bien; pero el pestillo, que yo había corrido tan fácilmente, ahora no lo podía desechar. Apreté con todas mis fuerzas; me subí a una silla para hacerlo mejor... Nada... No era posible...

—¡No puedo correr el pestillo!

—¡Sólo nos faltaba eso! ¿Para qué te has encerrado, tonta?
Entonces me puse a llorar, y Baby también, porque se había caído... Yo notaba que estaban enojados...

—¡No llores ahora! ¡Abre!

—¿Pero no digo que no puedo?

—Pues tienes que poder. ¿No ves que la ventana tiene reja y no puedes salir por otra parte?

¡Era verdad! ¡Ay, Dios mío, que si no podíamos salir nos moriríamos de hambre! ¡Ay, lo que había hecho! ¿Qué iba a pasar?

Yo lloraba tan fuerte, que ya no oía lo que decían fuera; pero la puerta se movía con los golpes que daban.

—¡Abre! ¡Prueba otra vez a descorrer el pestillo!

Papí tenía la voz cambiada, como si estuviera muy asustado.

Volví a subirme en la silla y a apretar con todas mis fuerzas.

—¿Para qué lado tengo que darle la vuelta?

—Hacia fuera..., hacia el rincón.

¿Y qué era hacia fuera y hacia el rincón? ¡Me dolían los dedos mucho y se me hundían de apretar el hierro!

—¡Me hago daño en los dedos!

—Envuélvete la mano en una tohalla.

La envolví de todas maneras. Primero, mucho, y ya no podía mover la mano...; después, un poco menos...

—¡Abre, Celia!

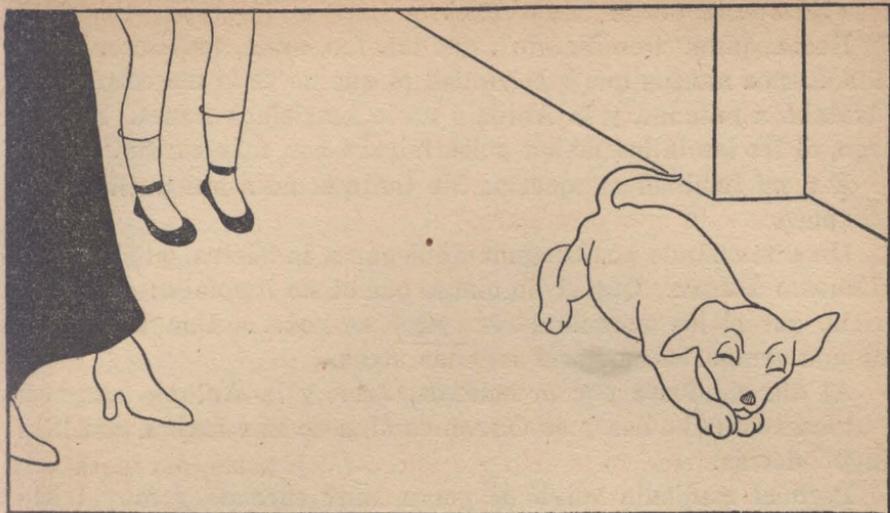
Y la puerta volvió a temblar a golpes.

—Esperad, que voy a probar ahora...

Con el trapo me hacía menos daño, y, de pronto, sin saber cómo y casi sin fuerza se descorrió el pestillo. Me bajé de la silla...

—¡Ya está!

Abrieron. Entró papí y mami... Alzaron a Baby y lo besaron como si le hubiera sucedido una desgracia... ¡Después sucedió una cosa horrible!... Mami me agarró a mí y me pegó una paliza... ¡Y ni papí me defendió!



El perro Domingo

JUAN, el chófer, y su mujer siempre están solos, porque nunca les han traído un nene.

—¡Si le pidieráis a la cigüeña! Papi me ha dicho que ella trae todos los chicos del pueblo.

Y se lo pidieron. Pero, ¿sabéis lo que les trajo? Pues un perrito chiquito y feo.

Yo no dije nada; al contrario, lo acaricié y les dije que era muy lindo. A ellos les gustaba mucho y no hacían más que decir que era muy bueno para las ratas.

Lo que me pareció mal es el nombre que le pusieron. En vez de “Sultán” o “Dik” o cualquiera de esos nombres que se ponen a

los perros, le llamaron “Domingo”.

Bueno, pues “Dominguito”, que era feo, sucio, revoltoso, quería a sus dueños muchísimo, y la verdad es que no se lo merecían. Juan le trataba a patadas, y la Antonia no lo acariciaba nunca. Sin embargo, él les lamía las manos y los miraba con más cariño...

Y a mí también me quería. No tanto como a sus dueños, pero casi tanto.

Un día, cuando acabábamos de llegar a la Sierra, papi reprendió mucho a Juan. Que si limpiaba, que si no limpiaba; que si las ruedas, que si los acumuladores. ¡Qué se yo!... Una trifulca de esas que arman los mayores algunas veces.

Al día siguiente por la mañana, Juan y la Antonia cargaron en un carro sus baúles y se fueron camino de la estación, con “Domingo” detrás.

Pero al mediodía volvió el perro, muy cansado y muy triste. Se hizo un ovillo en la puerta del garage, y, aullando como si llorara, se durmió.

—¿Por qué ha vuelto “Domingo”, doña Benita?

—Porque le han abandonado...

—¿Qué es eso?

—Pué que ellos se han subido al tren y a él lo han dejado en la estación...

—¿Qué bribones! ¿Y por qué no se ha ido corriendo detrás?

—Porque no ha podido, hija mía... ¡Pobresito! Ya ves que cansado está... Habrá querido seguirlos y no los habrá alcanzado... ¡Er tren corre muchísimo!

Esto fué una maldad horrible. Yo quise que avisaran a la policía, y al Gobernador, y al Papa... y que castigaran a Juan y a su mujer y los llevaran a la cárcel... pero nadie me hizo caso.

Por la tarde, a la hora en que otras veces volvía Juan de la ciudad, “Domingo” se fué muy contento por el camino de la estación.

—¿Es que se cree que va a volver su dueño?

—¡Pobresito! Eso se imagina...

Volvió muy tarde y muy triste, con el rabo entre piernas y la cabeza gacha. Se echó otra vez en la puerta del garage y no quiso comer lo que le puse.

—¿Qué te ha ocurrido, pobrecito? ¡No han vuelto! Ya no volverán... Eran unos malos...

Al día siguiente "Dominguito" se fué muy contento a la estación... Él se decía: "Hoy si que van a venir", ¡pero volvió él sólo más triste que la primera vez!

Y ya todos los días se iba a la misma hora, cada vez menos alegre, y volvía de noche, más triste cada día.

Como no comía casi, se estaba quedando flaco y lleno de pulgas...

—Acabará por morirse —había dicho doña Benita.

Pero una noche, cuando volvió de la estación, en lugar de quedarse en la puerta del garage, entró en casa dando aullidos y con una pata arrastrando.

—La tiene rota —dijo papi y en seguida mandó buscar algodones y gasas para curarle.

"Domingo" se estuvo quieto mientras lo curaban quejándose muy triste y mirando a papi con los ojos llenos de lágrimas.

Papi le puso unos cartones muy fuertes, después de lavarle, y luego le vendó con algodones y gasas. En un almohadón lo llevaron al cuartó del jardín y le pusimos una cacerolita de leche al lado.

Poco a poco se fué curando. Un día papi le quitó las vendas y dijo que ya estaba bien. No volvió más a la estación, y nos quería tanto, que no se separaba de nosotros. Después de lavado resultó que era un perro precioso, y todos le queríamos mucho. Hasta "Pirracas", que le espulgaba todos los días.

Una mañana, al volver de paseo por el campo, trajo a otro perro, que se quedó en la puerta. "Domingo" aullaba delante de papi y salía a ver al perro; después entraba y volvía a aullar.

—¿Qué le pasa? ¿Qué quiere? —decíamos.

Hasta que papi vió al perrito de la puerta, que tenía la pata

rota y no se atrevía a entrar. Es que “Domingo” lo había traído para que papi le curara.

—¡Jesús! ¡Jesús! Si no lo viera no lo creería! ¡Ese perro es una cosa del otro mundo! —gritaba doña Benita haciendo aspavientos.

Pero papi aseguró que eso lo hacen todos los perros, desde que los crió Dios, y que doña Benita es una aspaentera.

Después curó al perrito su pata, como había curado a “Domingo”, y aunque quisiéramos que se quedara en el jardín, se marchó a su casa corriendo en tres patas.

Desde entonces “Domingo” traía algunas veces con él, para que le curara papi, otro perro con una herida en una oreja, o sangre en una pata o en el hocico.

—Va aumentando la clientela —decía mami.

Pero un día vino Manuel, diciendo que Juan estaba en la puerta reclamando su perro para llevárselo.

—Bueno. Le quitas el collar y que se lo lleve. No lo quiero ver.

—¡No, papi, no se lo devuelvas!...

—Es suyo.

Yo salí a la puerta, y allí estaba Juan, el chofer.

—¡Eres muy malo! Ahora que “Domingo” era nuestro, vienes a buscarlo y antes lo dejaste solo en la estación...

—¡Hola, pequeña! Es que ahora estoy en un garage muy grande, y como “Domingo” es bueno para las ratas y allí hay muchas...

—Y tú no eres bueno ni para las ratas ni para las personas. ¡Dios te castigará!

No me hizo caso. Ató a “Domingo” una cuerda al cuello, porque no quería seguirlo por el camino, y se lo llevó medio arrastras...

Yo me quedé llorando...



La casa de tía Julia

LA tía Julia es hermana de papi y el primo Gerardo es hijo de tía Julia, y médico además.

Los dos viven cerca del mar, en una casa muy grande, en medio de un jardín lleno de olivos y cipreses.

Y ahora hemos venido a pasar unos días con ellos, porque decían en una carta que me querían mucho y que estaban deseando conocerme.

En el jardín de tía Julia, que es muy grande, viven diez o doce gatos tan inteligentes, que cuando vocea la mujer que vende las sardinas hay que salir a defenderla.

Cocó, el gato de Angora, es muy lindo y muy grande. Tiene

el pelo negro y la pechuga y el cuello blancos. Se parece a Gerardo cuando se viste de etiqueta.

Y, también como él, se va por la noche y no vuelve hasta que es muy de día.

Pero no viene de mal humor ni contesta a gritos, cuando le preguntan dónde ha estado.

Al contrario, desde mucho antes de llegar a casa viene explicando, con la voz un poco ronquilla del relente, los negocios que lo han entretenido tantas horas fuera del jardín.

—¡¡Miaaaaauu!! ¡¡Miaaaaauu!! ¡¡Miaaaaauu!!

—¿Dónde has estado? ¡Perdido! ¡Mal gato!

—¡¡Miaaaaauu!! ¡¡Miaaaaauu!! ¡¡Miaaaaauu!!

—¡Bueno, bueno! No me cuentes nada y ven a que te cure papi la nariz, que la tienes sangrando...

Un día trajeron, al mismo tiempo, gatitos a “Canalla” y a “Fripoulet”. El jardinero los tiró a todos, menos uno que era muy bonito. Las dos madres lo están criando a un tiempo sin enfadarse.

A ninguna se le ocurre decir como tía Julia dice a mami:

—¡Ay, hija! ¡Qué mal educas a la nena! ¡Si fuera mía ya le quitaría yo las mañas!

El primo Gerardo, como es médico, tiene un cuaderno en el que apunta todos los remedios. Mami contó un día en la mesa:

—La gata negra comía hoy raíz de grama, porque han tirado a sus hijos y ya no va a seguir criando.

Mi primo apuntó en un papel. Era la receta. Diría así: “Cuando a una mujer que esté criando le tiren sus hijos, que coma raíz de grama”.

Al hotel de al lado ha venido una familia cubana que tiene una pecera y una cacatúa. Nuestros gatos están asombrados y se pasan el día asomados a la verja.

A la cacatúa, para que no estorbe arriba mientras colocan los muebles, la han puesto en la cochera, entre los cajones de embalar.

Una señora gorda, vestida de colorado, le hace caricias todo el día. Yo la he visto, escondida entre los árboles del jardín.

—¡Pobresita Chonchón! Tu amita te va a abrir la sombrilla linda para que no te enojés...

Era una tontería, porque en la cochera no daba el sol.

—¡Buenos días, Pancho! ¡Buenos días Pancho! ¡El chocolate! ¡El chocolate! — gritaba la cacatúa.

—Cállate corasón... El negro Pancho está lejitos y no te oirá. Tu amita te va a traer el chocolate, mi niña.

—“El chocolate”. “El chocolate”.

Su amita le trajo una taza de chocolate muy espeso, que tenía muy buen olor, y se lo puso en el comedero. Después echó dentro pedacitos de bizcocho.

—¡¡Come tú, mi niña, come tú! —le dijo, y se fué, después de hacerle caricias y besarla en las alas.

En seguida ví pasar a “Fripoulet” entre los cajo-



nes, mirando a la cacatúa con los ojos brillantes... De pronto se subió a un cajón.

—¡Aaaaaah! ¡Aaaaaah! —gritó aterrada Chonchón.

Pero "Fripoulet" siguió tranquila su paseo por encima de los cajones, hasta llegar al que estaba junto a la percha. Miró a la cacatúa, con un poco de desconfianza, y metió su hocico pecador en el chocolate.

—¡Aaaaah! ¡Aaaaaah! —volvió a gritar el pájaro aleteando.

Sí, sí; "Fripoulet" no se asusta nunca... En su vida había comido un chocolate tan exquisito... Al fin, lo acabó todo, y sólo le faltaba limpiar la taza cuando la otra tuvo una idea magnífica. Cantó: "¡Santo Dios! ¡Santo fuerte! ¡Santo inmortal!"

Entonces "Fripoulet" la miró con los ojos muy abiertos... ¡Nunca había oído hablar a un pájaro!... Se tiró al suelo y corrió bufando a esconderse en un rincón del jardín.

La cacatúa gritaba:

—¡No hay chocolate! ¡No hay chocolate!

El día siguiente ví a "Bicot" mirando la pecera, que estaba al sol en la ventana. Los peces dorados se movían dentro de la bola de cristal, y era muy bonito verlo...

Pero "Bicot" no se contentó con eso, sino que saltó a la ventana, y metió el hocico, y la pata después, para sacarlos... Salió el amita y no pasó más.

Hoy estaba yo en la puerta del jardín, cuando ha pasado una criada negra, que me ha dicho:

—Dime, niña ¿se puede saber para qué tenéis esa tropa de gatos?

—¿A tí qué te importa?

—Porque cuando hay limpia y buenas ratoneras, no hasen falta gatos que casen los ratones...

—¡Serás tonta! Si no los cazan; los asustan nada más...

—Pues en casa no se contentan con dar sustos, sino que han sacado los peces de la pesera y se los han comido...

—¡Qué pícaros!

—Y todos los días se toman el chocolate de la niña Chonchón, y me comen las chuletas y han mordisqueado el queso y el jamón, y meten el hocico en el cucharón de la leche... Y esto no puede seguir así... Niña Araminta se ha pasado llorando toda la mañana...

—¿Es otra cacatúa?

—¡Cállate, descarada!

Cuando se tienen gatos mal criados, hay que irse a vivir a la manigua... Y les dices a tus papás que o matan a los gatos o mi amita dará parte a la policía, y se los tirarán al mar. Porque si se han figurado...

—Oye, oye, negra, que tú no sabes lo que dices...

—¡Chits! ¡A callar! Las niñas no hablan hasta que han acabado los mayores.

—Pues tendré que esperar a que te vayas, porque pareces una taravilla... No tienes más que echar a los gatos de tu casa...

—¡Sí, sí; les he querido pegar y me han arañado! ¡Ay, cómo me duele! ¡Qué desgrasiaíta soy!

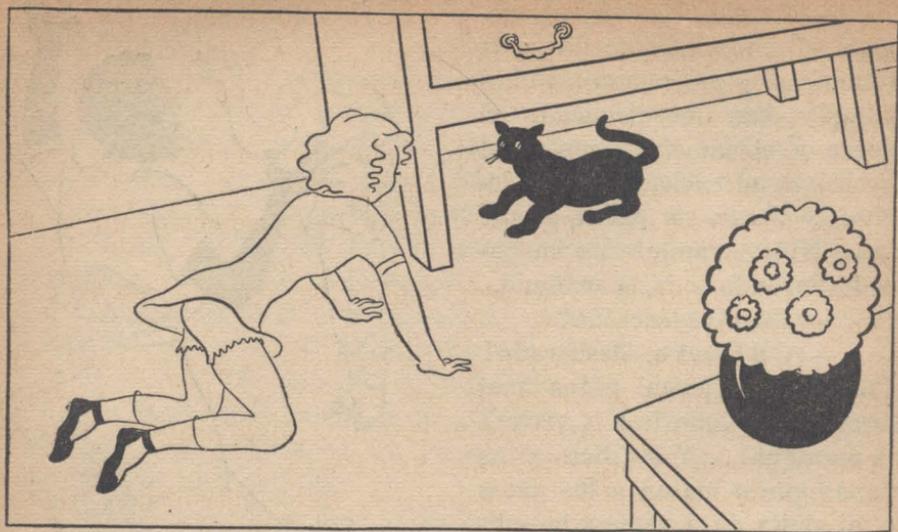
—¡Caramba! ¡No te apuras tú poco por un arañazo! ¿Cuál ha sido?

—Un gataso negro que parese el demonio...

—Sí, es Cocó. Tiene mal genio y no se deja agarrar... Pero otro día le arañas tú a él y ya estáis iguales...



ANDRÉS
BANESON



El colegio nuevo

¡SE acabó el verano! Ya estamos en la ciudad. Estos días todos los mayores tienen mal humor...

Papi no encuentra unos papeles que dejó no sé dónde, y revuelve por todas partes.

—¿Qué buscas, papaíto?

—¡Déjame, que tengo un humor!...

Mami dice que la casa es chica, que es oscura, que le faltan tres habitaciones...

—Pero mamita ¿es que te imaginas que se nos han perdido?

—¡No seas ridícula y déjame!... Tengo muy mal humor...

Entre tanto, las muchachas y doña Benita andan con los muebles de una habitación en otra, limpia que limpia, y también furiosas.

“Pirracas”, aterrada, no quiere salir de debajo del armario de mi cuarto.

Y yo no sé dónde estar, porque todos los balcones están abiertos y en todas partes me dicen que estorbo.

—¿Pero qué haces aquí molestando a Juana, mientras limpia los cristales?

—Ya he probado a meterme debajo del armario con la gata y no he podido.

—¿Qué estás diciendo? Hay que resolver lo que se hace contigo, porque esto no puede seguir así...

Y aquella misma tarde quedó resuelto. Mami salió a la calle y vino hablando de un colegio que había visto.

—Es magnífico. Las hermanas son inteligentísimas y tienen un tacto admirable para tratar con criaturas. María Luz no acaba de hablar del orden maravilloso con que allí se estudia.

—¿Quién es María Luz, mami?

—La mamá de Pisita.

—¿Entonces iré con Pisita al colegio?

—No. Ella no va ya...

—¡Ah, sí! Porque ya lo ha aprendido todo, ¿verdad? ¡Cómo me gusta a mí ese colegio! En otros hay que ir todos los días, y nunca se aprende nada... ¿Cómo van vestidas las hermanas? ¿De blanco o de negro?

—¡Cállate charlatana!

Aún le seguía el mal humor a mami...

En seguida me hicieron un vestido negro con una cinta de color y un sombrero de piel. Por la mañana, bajé con Juana a la puerta a esperar un coche muy grande que vino a buscarme para ir al colegio.

Una hermana me ayudó a subir y me sentó a su lado. Todas las

niñas me miraban cuchicheando y se reían. ¡Qué tontas! Yo les saqué la lengua...

Entonces le dijeron a la hermana una cosa que no entendí y me miró muy seria... Me puse muy colarada y bajé los ojos con muchas ganas de llorar.

Al fin, llegamos al colegio. Todas bajaron, y la hermana y yo nos quedamos las últimas...

Primero rezamos en la iglesia. Escuché lo que decían y no entendí nada. Me pareció que hablaban como el peluquero de mami que es francés.

Después entramos en un salón muy grande; y todas se sentaron. Me miraban, y yo no sabía qué hacer ni dónde sentarme... No conocía a nadie y tenía mucha pena...

Vino una monja y me llevó de la mano por unos pasillos largos hasta una habitación que parecía un escritorio. Había allí una hermana y me quedé con ella.

—¿No sabe usted francés, mademoiselle?

—No, pero sé inglés y me llamo Celia...

—Ya lo sé. Vamos a ver. Contésteme sin miedo lo que sepa. ¿Cuál es la capital de Francia?

—Buenos Aires.

—¿Está usted segura, mademoiselle?

—¡Ya lo creo!

—¿Y la capital de la República Argentina, cuál es?

—Buenos Aires.

—¿Cómo se explica usted que Buenos Aires sea la capital de dos naciones?

—Porque sí, porque es la capital... Todo el mundo dice que es la capital...

—Bien, ¿Sabe usted lo que es la luna?

—Un farol muy precioso, con una boca muy grande que se tragó el viejo de la leña...

—¡Chitss! ¿No ha ido nunca al colegio, mademoiselle?

—Sí, he ido; pero en aquel colegio tampoco sabían nada. Doña Benita es la que me explica todas las cosas.

—¡Muy bien! Otro día nos las contará usted. Por ahora ya sé bastante. Sólo le diré que aquí está prohibido emplear el idioma castellano, fuera de las clases en que se trate de él.

—Bueno. Hablaré inglés.

—No, mademoiselle, no; hablará francés.

—Pero si no sé...

—No importa; así aprenderá. Lo que no sepa decir, se lo pregunta a la compañera que esté a su lado... Puede retirarse...

Me encontré en el pasillo largo por donde había venido, y caminando, caminando, llegué a una clase que no era la mía. Todas me miraron, y la hermana que estaba explicando, me dijo no sé qué muy enojada.

Eché a correr y salí al jardín. ¡Allí respiré! ¡Vaya un colegio! No sabían nada, ni siquiera hablar como yo... Me hubiera ido, pero todas las puertas estaban cerradas.



Entonces oí mucho ruido y ví que todas las niñas salían al jardín. ¡En ninguna parte me dejaban tranquila!

—¿Es que nos vamos a casa? —pregunté a una chica.

—“Qu'est-ce que vous dites, mademoiselle?”

¡Vaya, tampoco sabía hablar! Pero les dijo a otras algo de mí y vinieron a mirarme... ¡Tontas! Les saqué la lengua... Una me tiró del pelo, y yo le pegué en la cara... ¡La qué se armó! Se puso a llorar a gritos. Vino una hermana, y todas le contaron lo que había pasado, mirándome a mí.

¡Ah, pero yo también se lo conté! En inglés, para que lo entendiera mejor... Y lo entendió. Porque como al final yo me eché a llorar, ella me tomó en brazos y fué a sentarse en un banco conmigo.

—“Pauvre enfant!” “Pauvre mignone!” — decía.

Y como yo entendí que me tenía mucho lástima, lloré más y le dije que todas se burlaban de mí, y que me habían echado de una clase, y que no sabía dónde estar.

Siempre me contestaba en francés, y yo decidí aprender para poder entenderme con aquella madre tan buena.

Me dejó en el suelo y caí sobre uno de sus pies.

—¡Oh, perdón, ma soeur, yo he pisé a vous...

—“Ce n'est pas possible, mademoiselle. Je ne suis pas mouillée”

¡Cómo se reían todas! ¡Tontas! ¡Les hubiera pegado!

Gracias a esta hermana no me desesperé más. Ella me llevó a una clase, me hizo sentar y me enseñó a decir algunas cosas.

Cuando volví a casa todos querían saber cómo me había ido.

—Pues mira, mamaíta, no es tan buen colegio como te habían dicho. Ni siquiera sabían cual era la capital... Yo se lo he tenido que decir, y casi no lo querían creer. “¿Está usted segura?” “¿Está segura?”, decían. ¡Parecen tontas!

—¡Pero hija, eso no puede ser! ¡Es que tú no has comprendido!

—Sí, eso sí; porque la hermana que me preguntó sabía caste-

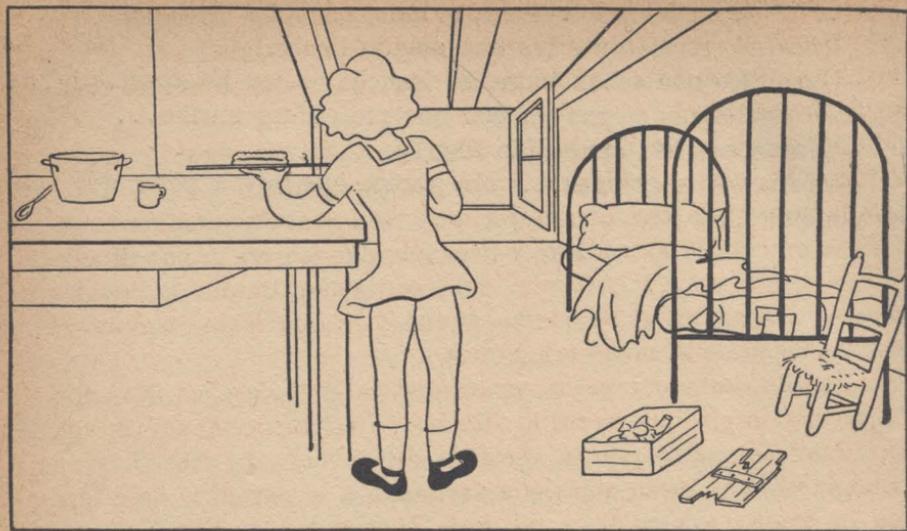
llano... Pero no sabía lo que era la luna, ni lo del viejo de la leña...

—¡Jesús! ¡Qué tonterías has debido decir!

—Lo único que saben todas es francés, y hoy he aprendido un poco con una hermana muy buena que me quiere mucho...

—Entonces ¿has aprendido algo?

—No creas, muy poco... Me parece que voy a tener que volver mañana...



Yo soy un hada

YA me canso de ser siempre Celia, y todos los días Celia.

Me gustaría ser la niña que trae los diarios, o la chica que pide con el ciego de la esquina, o la hija de un rey, o Almendrita, o la Cenicienta...

—¿Seré siempre Celia, mami?

—Siempre, aunque no igual que ahora. Serás mayor, te casarás, tendrás una casa como ésta...

—¿Igual que ésta?

Muy parecida. Después serás viejecita...

—¿Pero siempre Celia?

—A menos que te cambies de nombre...

—No, no es eso. Yo digo que sí siempre seré igual.

—¡Vaya, vaya, hija! ¡Déjame en paz, que esto parece el cuento de la buena pipa!

Pues... ¡no se lo digais a nadie!, pero he conseguido no ser Celia todos los días... Algunos ratos soy un hada...

En la buhardilla vive una mujer muy vieja, que fué portera cuando vivía su marido. Ahora friega y hace mandados para ganar dinero.

Un día que estuvo enferma, subí con doña Benita a llevarle no sé qué. Llamamos a la puerta y nos dijo que levantáramos el picaporte, porque ella no cierra nunca.

Me acordé de esto y se me ocurrió repartir todos los días con ella la merienda sin que nadie lo supiera. Una tarde, al volver del colegio, subí callandito por la escalera de servicio.

Encima de una mesa que tiene arrimada a la pared, le dejé una tartina de manteca y miel, y me bajé corriendo... Ella no está nunca a esa hora, y al volver creería que un hada había estado en la buhardilla.

Al día siguiente, puse cuatro marrons glacés sobre la mesa, y al otro, una onza de chocolate.

Pero ya no subía Celia... Era un hada de verdad. Encontré una gasa un poco rota, pero llena de estrellas doradas, y me la ponía en la cabeza. Además me descalzaba, porque las hadas andan descalzas.

Ocurrió, que un día que entré en la buhardilla, como todos, oí una voz que decía desde la cama:

—¿Quién anda ahí?

Era que la viejecita estaba enferma otra vez y no había salido de casa. Yo, con una voz muy finita, como debe ser la de las hadas, dije:

—¡No te asustes, señora Cándida! Soy un hada que te quiere mucho...

—¿Es usted quién me pone todos los días las golosinas encima de la mesa?

—Sí, señora; yo soy.

—¡Muchas gracias, señorita, muchas gracias!... ¡Pero qué sucio está todo para recibirla! Hoy no he podido limpiar...

—¡Bah! Eso no importa nada. Yo lo pondré todo en orden. Y sin hacer ruido, doblé la ropa que estaba en el suelo y la



puse sobre una silla. Coloqué la vajilla en un estante. Abrí la ventana. Recogí los papeles del suelo y limpié el polvo de la mesa.

—Vaya, ya está todo. Ahora, dime qué quieres, viejecita. Yo te he traído un puñado de avellanas...

—¡Ay! Lo que yo necesitaba era un médico que me aliviara los dolores...

—¿Y qué más?

—Y un vaso de leche... No he comido nada desde ayer.

—Bueno. Todo lo tendrás, porque yo soy un hada... ¿Qué más quieres?

—¡Dios mío!... ¡Cómo querer también querría dinero!

—¿Para qué?

—Para poderme estar unos días en la cama, sin salir a trabajar...

—¡Lo tendrás!... ¡Adiós!

La viejecita se había incorporado en la cama y me miraba con los ojos muy abiertos; pero no podía verme, porque yo me tapé la cara con mi velo de estrellas y salí corriendo.

En casa busqué el cuadernito donde tiene mami apuntados los números del teléfono, y llamé a don Antonio, el médico.

—Que venga en seguida a ver a la señora Cándida, que está enferma... ¿Qué quién es la señora Cándida? Pues una viejecita que vive en Serrano, doscientos. Vendrá ¿eh? Bueno.

También llamé a la granja de donde traen la leche, para que vinieran en seguida con una lechera bien llena.

Luego vacié mi alcancía en una bolsita de raso, y ya iba a salir, cuando salió Juana a buscarme del cuarto de costura.

—¿Qué estás haciendo de esa facha?

—Jugando a las hadas.

—¡Ah! Bueno. No revuelvas ¿eh?

Después le oí decir:

—No hace nada... Siga, doña Benita, siga contando eso...

Volví a la buhardilla, y me encontré a la viejecita sentada en la cama y mirando a la puerta. Cuando me vió empezó a llorar...

—No llores... Toma esta bolsa de dinero. El médico vendrá corriendo y el lechero también... ¡Yo hago milagros! ¿No me ves descalza y vestida de estrellas? ¡Adiós señora Cándida!

Y bajé a casa. ¡Estaba tan contenta que el corazón me latía en el pecho como un reloj!

Por la noche, cuando íbamos a cenar, llegó don Antonio.

—¿Me han llamado ustedes para una pobre mujer que vive en la buhardilla?

Todos dijeron que no.

—Ella dice que ha debido de avisarme un hada o una Santa...

Creo que anda mal de la cabeza...

Mami mandó subir a Juana, a ver si la señora Cándida necesitaba algo, y subí con ella.

La viejecita aún lloraba, recordando lo que le había pasado, y se lo contó a Juana.

—¡Hija de mi vida! ¡Es un milagro como no se ha visto otro!... Imagínate que una santa, vestida de estrellas viene todos los días a mi buhardilla...

—Y, bueno ¿Y qué santa es?

—Santa Polonia. No puede ser otra, porque cuando yo tenía dientes me dolían tanto, que le rezaba todas las noche, y después me ha quedado la costumbre de rezarle. Ella ha llamado al médico, me ha traído esta botella de leche, y mira... —y nos enseñaba la bolsita de raso sonando el dinero.

—¡Caramba con la santa! ¡Será alguna señorita de la casa!... ¿Y dice usted que es santa Polonia? Pues yo que usted le pedía que me volvieran a salir los dientes...

—¡Y se lo pediré! ¡Burlona! ¿Es que no lo crees? Pues se lo pediré, y me saldrán para escarmiento de incrédulos como tú...

Cuando volvimos a casa, Juana lo contó, riéndose de la señora Cándida.

—¿Pues no dice que ha ido a verla Santa Polonia? La verdad es que alguien ha llamado a don Antonio y al lechero de casa... También le han dado dinero en una bolsita de raso, como la que tiene Celia... Ahora va a pedir a la Santa que le salgan los dientes...

Papi se reía y me miraba...

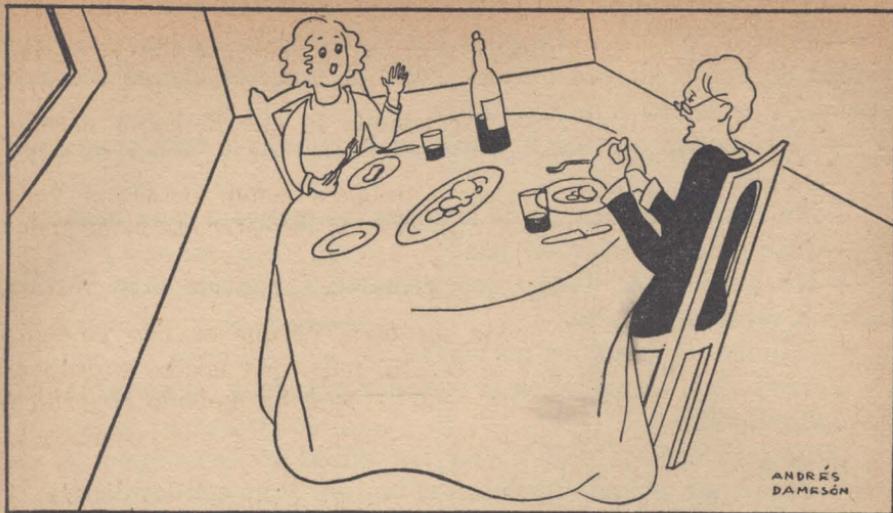
—Eso de ser santa tiene sus inconvenientes... La gente no se cansa de pedir imposibles. ¿No te parece, hija mía?

Yo me puse muy colorada... ¡Qué inteligente es papi! Mami dijo:

—Es muy extraño todo esto...

Después papi habló con doña Benita:

—Me parece que usted descuida algo a la nena...



El cuento del Chino

IBA a venir a almorzar un señor chino, que era amigo de papi, y que yo no conocía.

—¿Lleva trenza, papaíto?

—No. Se la ha cortado.

—¡Pero llevará un traje de raso, con muchos pájaros de colores!...

—Tampoco. Se lo ha dejado en su país, y aquí va vestido como yo...

—¡Qué lástima! Vende collares, ¿verdad?

—No. ¡Pero qué preguntona te has hecho, hija mía!

—Yo quiero verle. Tengo que preguntarle una cosa...

—Pues le verás... Después del almuerzo te llamaré. ¡Mucho cuidado de hablar de sus narices, ¿eh? Si cometes alguna inconveniencia, te acuestas a media tarde.

—¿Y cómo voy a tomar la medicina después de la cena, si no ceno?

—¡Chitón!

Doña Benita se encargó de lavarme las manos a cada momento.

—¿Me quieres dejar en paz?

—No puede sér. Tengo que peinarte y ponerte otro vestido, que va a venir una visita.

—Déjame. A lo mejor no viene...

Pero si vino. Almorzó en el comedor grande, y yo en mi cuarto, con doña Benita.

¡Que tampoco me dejó comer tranquila!

—Pero ¿por qué no comes con el tenedor y no con los dedos?

—Porque así es más rico... Además ¿para qué me sirven los dedos, si no? ¿Me quieres decir?

Ya me cansaba yo de esperar, cuando papi mandó que fuera al salón.

El señor chino era un hombre como otro cualquiera. Con anteojos de carey y la cara redonda y un poco amarilla...

—Oye, papi: ¿por qué me has dicho que no hable de sus narices si no tiene narices?

Y aunque lo dije callandito papi se enojó:

—¡Válgame Dios! ¡Cállate!

El chino estaba hablando con mami, y me miró sonriendo. En cambio mami me miró furiosa.

—¡Vaya una tontería para enojarse tanto!

—¿Eres un chino de la China, señor?

—Sí, preciosa; de allí mismo.

—Entonces habrás conocido al emperador de "El cantor del bosque".

—Es posible.

—Yo tengo su historia en un libro de estampas muy bonito. Cuenta que vivía en un palacio de porcelana, en un jardín a la orilla del lago... La cocinerita del palacio conoció al ruiseñor del bosque, que cantaba hasta el amanecer, y el emperador le mandó a buscar para oírle él sólo... Después se aburrió del pajarito, y le despreció dejándole ir otra vez a su árbol a la orilla del lago... Pero vino la muerte a buscar al emperador, y sólo el pajarito acudió a su lado y le salvó... ¿De veras le has conocido tú, señor?

—¡Esta criatura es encantadora!

—Pero insoportable —dijo mami—. No calla un momento, y tiene una imaginación que nos va a volver locos a todos...

—Entonces te gustará si te cuento la continuación de tu historia ¿verdad?

—¡Ah! ¿Pero la sabes? ¡Ya me imaginaba yo!

—¡Por Dios! ¡No le haga caso! ¡Vaya, Celia, despídete y vete a tu cuarto!... —dijo papi, creyendo que me iba a portar mal.

—¡No, papaíto, no me echés!

El señor chino intercedió por mí y, al cabo, me dejaron estar un poco más.



—Siéntate a mi lado y escucha. Lo que te voy a contar es una de las más bellas leyendas de la China y hasta ahora no se la he contado a ningún niño de tu raza porque ninguno lo merecía como tú... Aquel emperador, tan caprichoso y desagradecido, encargó a un chino, que se llamaba King-te-Tchin, un pájaro de porcelana grande como una paloma que le recordara siempre al ruiseñor que le salvó.

“King-te-Tchin era el jefe de la más importante fábrica de porcelana del Imperio y trabajaron, él y cientos de obreros, en la obra encargada.

“Las mil chimeneas de los hornos encendidos constantemente echaban fuego en la obscuridad de la noche, como si todo el valle estuviera ardiendo...”

“Se hicieron cientos de ruiseñores, pero el emperador no encontraba ninguno de su gusto. Éste tenía el pico demasiado largo, aquél los ojos muy pequeños, el otro las alas muy cortas... Ninguno se parecía al cantor del bosque que había desaparecido hacía muchos años...”

“King-te-Tchin adelgazaba. No comía, no dormía; hablaba solo, como si soñara, y todos veían que se volvía loco...”

“Una noche preparó la pasta con exquisito cuidado, y después se arrojó sobre ella dentro del horno...”

—¡Ay, no quiero, no quiero! ¡Mamaíta, no quiero!...

—¡Vamos, tontita, si no es verdad!...

—¿Y qué pasó? ¿Diga, señor, qué pasó?

—Pues pasó que, cuando abrieron el horno, King-te-Tchin se había convertido en un maravilloso vaso de porcelana, que “tenía el color del cielo después de la lluvia, la limpidez del cristal, la finura de una caña de bambú y la sonoridad de una campana”. En su superficie, el cantor del bosque abrió las alas y el pico comenzando una canción...

—¡Qué bonito!... ¿Y qué más?

—Nada más. La fábrica sigue produciendo porcelana, y un millón de obreros trabajan en ella... Cuando por la noche arden sus chimeneas, dicen que el Pouccah baila en las llamas...

• —¿Quién?

—El duende, el alma en pena... no sé.

—¡Ay, mami! Que venga doña Benita a oír esto... Mira que ella sabe mucho de estas cosas...

—¡Jesús, que loca! Cállate y dá las gracias a este señor, que te ha contado esa leyenda tan bonita...

—¡Muchas gracias, señor! ¿Cree usted que si metiéramos en el horno a la coctorra se convertiría, aunque sólo fuera en una tacita para mis muñecas?

—No lo creo... De todos modos no debes probar...

—Vamos, no digas tonterías. Despídete y vete a jugar a tu cuarto...

—Señor chino: eres muy lindo y muy bueno, y sabes cosas muy bonitas y las cuentas muy bien, y yo te quiero mucho...

—¿Aunque no tenga narices?

—¿Quién ha dicho eso? Alguna niña mal educada habrá sido...

—¡No está mal! ¡Adiós, querida! ¡Es una criatura encantadora!

En seguida se lo conté a doña Benita, que me oía con los ojos espantados y la boca abierta.



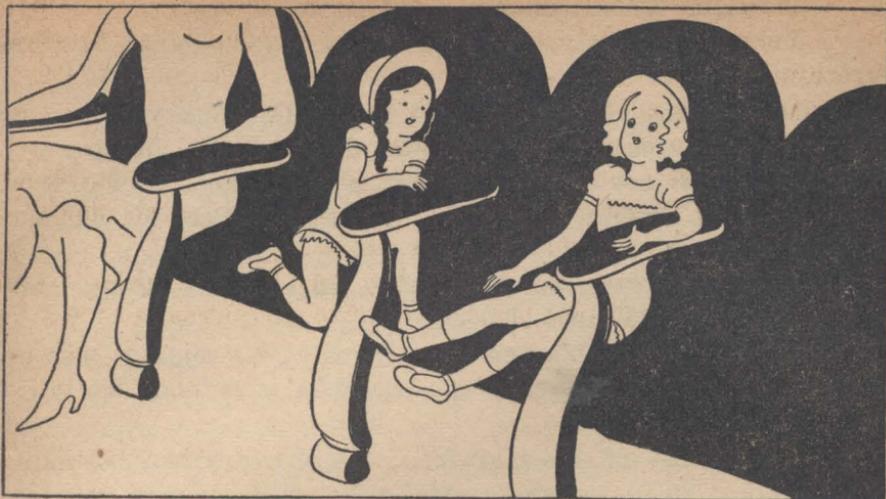
—Si tú quisieras, podíamos probar a meter alguien en el horno... Yo creo que tú cabes porque eres pequeñita... ¿Quieres? Parece que no duele y es una cosa preciosa... Te convertirías en un vaso como las nubes y el sol y los diamantes...

Se había ido el chino y vino papi.

—¿Qué estás contando? Todo lo que ha dicho ese señor es un cuento, ¿sabes? Nada es verdad... Esas cosas no pasan nunca...

—Sí, papi; ha pasado. ¿No ves que lo ha visto él?

—¡Válgame Dios! Estos días hay que vigilar mucho a esta niña. Parece que todos nos hemos propuesto que pierda la cabeza...



En el teatro

¡NUNCA me llevan al teatro!
—¡Yo quiero ir al teatro, mamita!
—Un día te llevaré.

Creía yo que nunca iba a llegar ese día; pero Carlota había almorzado con nosotros y, después de jugar un rato, mami nos tomó de la mano y... ¡al teatro!

Al llegar, compró los boletos.

—Vamos a estar muy bien. Me han dado las butacas dos, cuatro y seis de la fila tercera.

—¡Pero mami! ¿Por qué no les has dicho que soy tu hija y queremos estar juntas?

—No digas tonterías... Juntas estaremos.

Y fué verdad. No sé qué tontería es ésa de no poner los números seguidos...

Nos sentamos. Entraba mucha gente. Carlotita y yo nos mirábamos riendo como tontas, contentas de estar en el teatro...

Las butacas nos quedan grandes, y hubiéramos podido sentar con nosotras a Julieta, y hasta a "Pirracas". ¡Pero los habíamos dejando en casa!

De pronto se encendieron las luces del escenario, empezó a sonar la música y se levantó el telón.

—¡Qué bonito! Había una calle, flores en las rejas, y unas muchachas vestidas de colores y que cantaban levantando los brazos. ¿Qué decían?

Después salió un cojo muy feo, y las que cantaban se reían de él... ¡Pobre! Se fueron en seguida, y vino una señorita muy linda que estaba muy triste. Luego un muchacho, que también estaba triste y se pusieron a cantar juntos.

—¡Vaya! Ya se les estará pasando la pena — dije a Carlotita. Porque ¿sabes? estaban disgustados, porque ella creía que el no le quería nada, y él se imaginaba que ella no le podía ver... Pero ya saben que sí...

—¡Chits! ¡A callar! —mandó mami.

Pues resultó que acabaron de cantar y estaban más tristes todavía.

—Yo no entiendo esto, mami. ¿Qué pasa?

—¡Hija, déjame en paz! Yo tampoco lo sé.

De repente tiraron un tiro y sacaron a la que había cantado en brazos de todos. Volvieron las que se reían del rengo, y vuelta a cantar y a decirnos cosas, mirándonos a todos... Nadie las contestó, porque no las entendíamos. Luego dijeron: "¡Corramos, corramos"!, y se fueron despacio por una puerta tan pequeña, que no cabían. Después se bajó el telón.

—¿Te ha gustado? — me preguntó mami.

—Sí, mucho... Pero no sé lo que dicen.

—¡Bah! Eso no importa.

—Oye: ¿y por qué no viene un vigilante a agarrar al que ha tirado el tiro?

—Ahora vendrá. En el otro acto.

—Sí, sí... ¡A buena hora!

Carlotita estaba asustada; pero decía que le gustaba mucho y que lo entendía todo, porque su abuelo le explicaba las comedias.

—¿Y ahora qué hacemos, mami?

—Estar quietecitas.

¡Qué aburrimiento! Probamos a jugar, pero no nos dejaban. Nos pusimos de pie en las butacas, y mami nos hizo bajar... El sombrero de Carlotita y el mío se convirtieron en dos tortillas... De pronto ví en un palco a la mami de Antoñito.

—¡Mami, yo quiero ir a verla!...

—Bueno, ¿pero sabrás ir?

—¡Ya lo creo! Ahora lo verás.

Salimos de la mano, a una entrada muy grande, donde había mucha gente.

—¡Ay! Me parece que no vamos a saber ir al palco...

Miramos en todas las puertas y subimos y bajamos escaleras, pero el palco no lo encontrábamos.

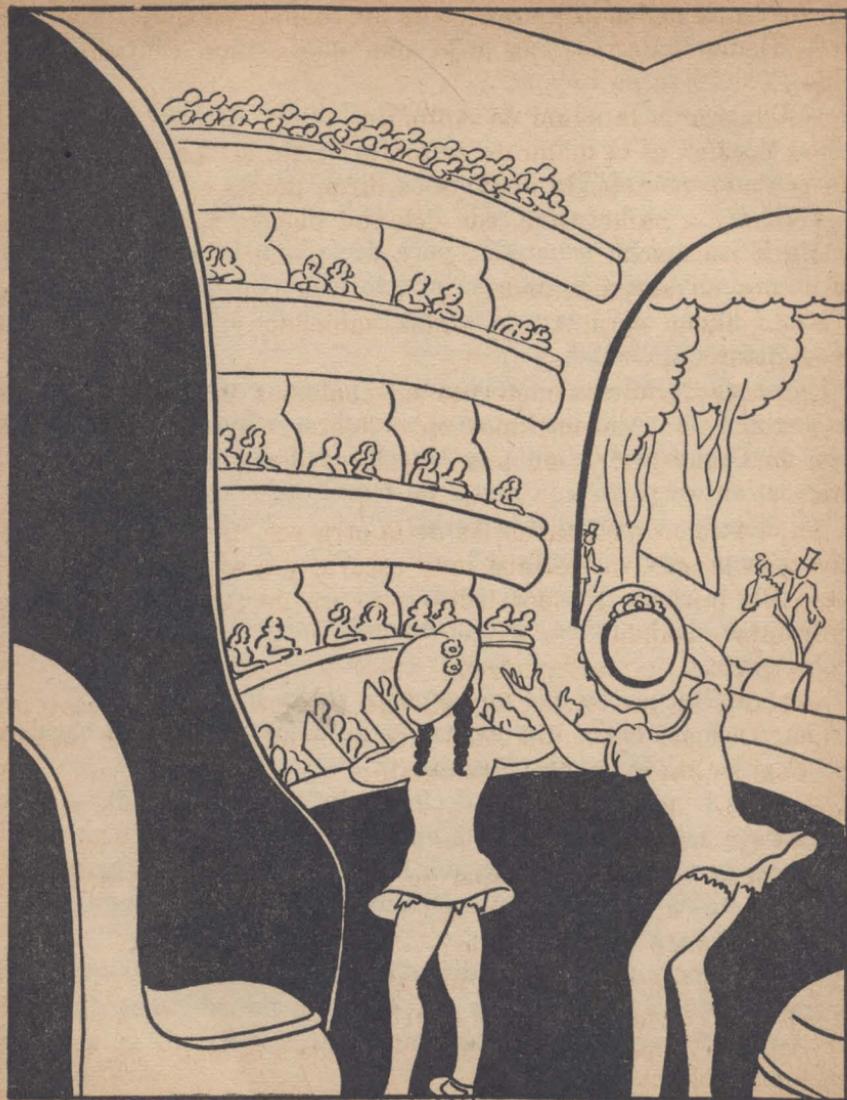
—¡Nos hemos perdido! —decía Carlotita muy afligida—. Ahora no vamos a saber volver con tú mamá...

Y eso pasó. Toda la gente que había por los pasillos se metió no sé dónde, en cuanto dieron unas palmadas y nos quedamos solas.

—¿Qué va a pasar ahora?

Salió una muchacha con delantal blanco y nos dijo que no hiéramos ruido, porque nos iba a echar. Ya no sabíamos qué hacer, y nos sentamos en las escaleras, muy tristes; pero vimos a un vigilante que subía...

—Nos vamos ¿sabes? Es que andan buscando al del tiro...



Y nos metimos otra vez por los pasillos largos, y a subir y a bajar de puntillas las escaleras... Se oía música y cantar.

—¿Dónde váis? — nos dijo uno que estaba sentado en un pasillo.

—A buscar a la mami de Antoñito.

—¿Y quién es la mami de Antoñito? ¡Ah, sí! La característica. Pues por aquí no está. Id abajo y os dirán dónde es.

Volvimos a bajar. Otra, con delantal blanco, salió a preguntarnos lo que hacíamos.

—Pues no hacemos nada.

Nada bueno será. Como sigáis subiendo y bajando, llamaré a un vigilante...

Entonces decidimos meternos en cualquier parte. Levantamos una cortina y nos encontramos en el teatro, pero no en la platea, abajo, sino muy arriba, en unas escaleras donde estaba sentada la gente.

En el escenario cantaban las de la otra vez. Después de un rato, vimos toda la sala, que estaba muy oscura, y a mami sentada en la tercera fila mirando a todos lados con cara de susto. ¡Pobre! ¡Qué susto estaba pasando!

—¿Quiéres que la llamemos?

—Ahora no nos oiría. Espera que acaben de chillar esas muchachas. Después cantó una sola, y se le olvidó respirar en un buen rato. Casi se ahoga... Entonces grité:

—¡Mami! ¡Estamos aquí!

—¡Vaya un escándalo que se armó! Todos nos hicieron callar, y un hombre nos sacó al pasillo de un brazo. Carlota se puso a llorar.

—¿Con quién habéis venido? — nos preguntaban.

—Con mi mami, que está ahí abajo...

—Entonces ¿por qué estáis aquí?

—Porque sí; porque estábamos buscando a la mamá de Antoñito.

Nos bajaron a la entrada grande, y todos estaban muy enojados, no sé por qué. Al fin, empezó a salir la gente y mami delante de todos corriendo.

—¡Jesús, qué susto me habéis dado!—¿Dónde os habéis metido? ¿Por qué me has llamado? ¡Dios mío, que chiquilla! ¿Estábais en el palco de Antoñito?

—No, no lo hemos encontrado... Pero mira, mira... allí viene su mamá.

Salía por la puerta y corrí a saludarla...

—Está aquí mi mamá... Venga, venga... Hemos estado buscando a usted todo el tiempo... Y Antoñito ¿ha venido?

Yo la llevaba de la mano y ella se dejaba llevar sonriendo; pero cuando estuvimos frente a mamá resultó que no se conocían.

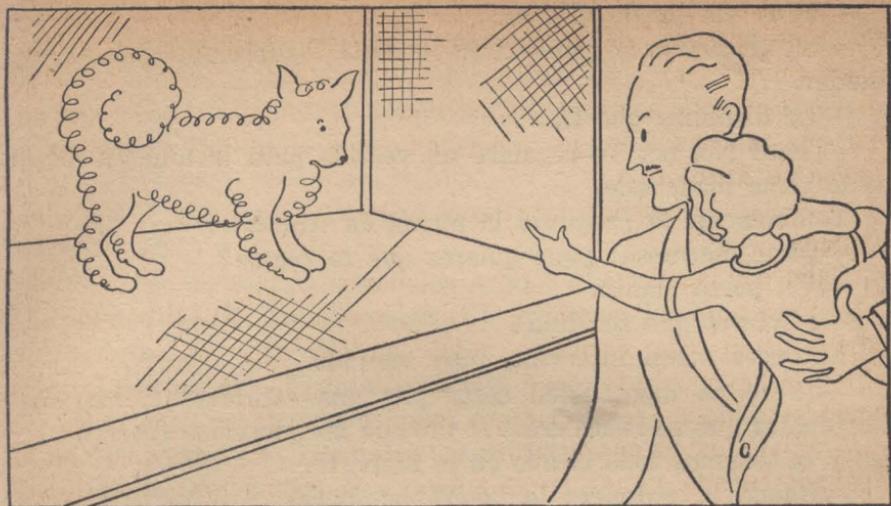
—¡Tiene usted una criatura encantadora! ¡Es monísima! Se ha empeñado en que yo soy no sé quién... Dame un beso, chiquita...

Después, en la calle, ví que mami estaba muy enojada conmigo.

—No volveré a llevarte al teatro. ¡Eres tonta de remate! Yo no sé quién era aquella señora; pero, aunque hubiera sido la mamá de Antoñito, no había por qué hacer tanta tontería... ¡Ya verás, cuando papi sepa que te has pasado la función andando por los pasillos!...

¡La verdad es que no me he divertido nada en el teatro!...





Coincidencias

ESTABA muy contenta esperando el día de mi santo.

—Dime, mami: ¿qué me regalarás?

—Lo que tú quieras. Algo que desees mucho, mucho...

—Pues un perrito blanco; hace mil años que lo estoy deseando.

—Eso sí que no. Ya tenemos bastante con "Pirracas" y la cotorra... Los perros en un departamento, son un engorro terrible... Pero algo más desearás, digo yo, que un perro.

—No sé... Una cuna para Julieta también necesito...

Doña Benita también pensaba en el regalo que me iba a hacer.

—¡Si tú me dijeras lo que quieres!

—Pues un perrito blanco.

—Sí, sí; buena se pondría tu madre... Diría que quien lo iba a cuidar.

—Le diríamos que tú...

—¡Eso! No, no. Te regalaré un vestido para la muñeca negra, que lo tiene manchado.

También me lo preguntó la mamá de Antoñito.

—Dime, hermosa: ¿qué quieres que te regale?

—Un perro blanco.

—¿Quieres que sea lulú?

Entonces mami intervino, muy enojada.

—¡Pero no haga usted caso! ¡Es una caprichosa! Imagínese la estupidez que se le ocurre...! Conque no queremos traer a "Dadila" y la tenemos todo el año en la Sierra!...

—Bueno... entonces le traeré bombones.

Estuve a comer con mi madrina, y también me lo preguntó:

—Querrás que te regale una muñeca, ¿no?

—No. Ya tengo bastantes para darme que hacer. Lo que quiero es un perrito blanco y nadie me lo quiere regalar...

—¡Jesús qué locura! ¿Tú sabes lo que dices? ¡Con lo que molestan! Te compraré un libro de cuentos con muchas estampas.

Tía Julia me escribió preguntándome lo que quería para el día de mi santo.

Y le contesté: "Yo lo que quiero es un perrito; pero mami y todos se empeñan en que son otras cosas las que me hacen falta. Regálame lo que quieras".

No ha quedado nadie de los que dicen que me quieren tanto y cuanto que no diga, al saber que necesito un perrito blanco, que es una tontería.

Hasta Juana, la doncella, ha querido saber lo que me iba a regalar.

—Pues no lo pienses más: un perro ¿sabes?

—¡Vaya una tontería! ¡Un perro voy a traer! ¡Corriendo! Para tener que bajar a la calle con él a todas horas.

—¡Ay, hija! ¿Pues no decías que me querías tanto, y que te dejarías matar por mí?

—Ya lo creo, pichona...

—¡Huy qué tonta! Pues ni te dejas matar ni quieres cuidar al perro... ¡Mientes más!...

Papi fué el único que me hizo caso.

—Papaíto: lo que yo quiero es un perrito blanco como el de María Rosa.

—Ya lo sé; pero tu madre no está conforme.

—No importa. Me lo compras y no lo traemos hasta el día de mi santo. Cuando lo vea ya no tiene remedio.

—No sé, no sé cómo lo tomará...

—Pero me lo compras. Dime, papaíto: ¿me lo compras?

Y me lo compró. Al día siguiente fuímos a una casa dónde había muchos perros.

La dueña, al saber lo que queríamos, nos enseñó diez perritos blancos, todos iguales.

—Son hermanos — nos explicó. Tengo todos vendidos, menos el más pequeño que se llama "Quinín", y es aquel del hociquito rosa que se arrima a su hermano porque tiene miedo. ¡Vamos, ánimo, valientes! Ya os están preparando la comida... También os daré alguna golosina de las que os gustan...

Todos sacaban la lengua, emocionados, y se sonreían... Sólo dos se quedaron seriecitos.

—Son "Liliput" y "Margot", que no comen dulces, porque les hacen daño.

Me dejaron acariciar a "Quinín", que en seguida se hizo amigo mío. Papi pagó, y quedó en volver el día de mi santo por la mañana para llevárselo.

—¿Verdad que es muy bonito, papi? ¡Y qué cariñoso! ¡Si ya

me quiere! ¡Es tan suave! ¡Y qué hociquito tiene! Mami no se enfadará. ¿Verdad que no se enfadará?

Llegó el día de mi santo, y Juana vino muy temprano a felicitarme.

—¡Felicidades!

—¿No me regalas nada?

—Luego, más tarde. Ya verás como te va a gustar.

Doña Benita estaba muy nerviosa, y siempre que llamaban salía a la puerta corriendo.

Me pusieron el vestido rosado, porque iban a venir mis amigas. Juana limpió mi cuarto y puso visillos limpios y cortinas. Después trajo un ramo de rosas grandes y las repartió por los floreros.

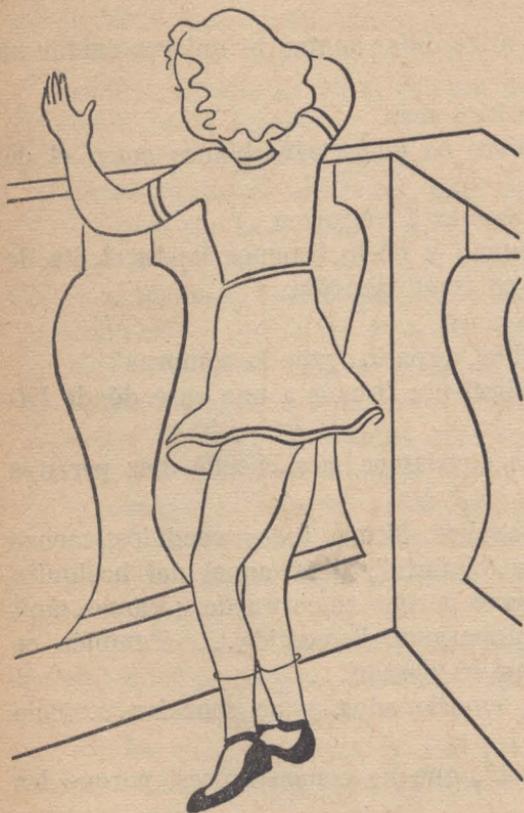
—¿Son las flores lo que me regalas?

—¡No! Es otra cosa mejor.

—Mi regalo sí que te va a gustar —dijo doña Benita.

—Valiente tontería va a ser ello — gruñó Juana—. El mío no tardarán ya en traerle, y ése sí que vale la pena...

—¡Mejor que lo que yo he comprado no será!



—Sí, señora. Mejor y requetemejor, que me he gastado muy buenos pesos en él.

—¿Y qué sabes tú lo que me he gastado yo, descarada?

—¿No lo he de saber? ¡Si no tiene usted para mandar cantar a un ciego!...

—¡Pero, bribona! ¿Tú qué sabes?

—Mami vino a apaciguarlas, porque se querían pegar... Y los regalos preciosos no llegaban...

Papi me dijo, al cruzar por el pasillo...

—Voy a traer eso ¿sabes? Cuando yo venga, llevaremos el perrito a tu cuarto y en seguida se lo diremos a mami.

—¡Con qué impaciencia me quedé esperando! Iba desde el balcón a la puerta, y después al balcón y a la puerta otra vez... ¡No llegaba nunca! Al fin sentí la bocina del "auto", y, en seguida la llave de la cerradura. ¡Entró papi!



—¿Lo traes?

—Sí, mira... ¡Es precioso!

“Quinín” me miraba como si me conociera. Le llevamos a mi cuarto y le dejamos en el suelo... Se metió debajo de una butaca y no quería salir.

—Vamos a decir a mami que venga. ¡Al fin, lo tiene que ver!...

En este momento oímos ladrar en el pasillo, y “Quinín” se puso a aullar...

—¿Qué es eso?

Ladraban muchos perros, y se oía reír y correr. Abrimos la puerta... ¡Allí estaban los nueve hermanos de “Quinín”!

—¿Qué es eso? ¿Quién ha traído estos perros? — gritaba papi en medio del barullo.

—¿Sabe usted, señor? — dijo un hombre que estaba en el pasillo. Los perritos estaban vendidos para hoy, desde hace varios días; y al mirar la señora las tarjetas, me ha dicho que eran todos para la misma casa. Y dijo: “Pues los pones en una cesta y los llevas tan guapamente”.

—Bueno, ¿pero quién manda estos perros?

—No sé, señor... Aquí están las tarjetas...

—Vamos a ver... “Benita López” ¡Señora! ¿Quién le ha medido a usted a comprar un perro? “Señora de Onteñón” ¡Bueno! “Julia Galvez” ¡tu tía! ¡Será tonta...! Cómo ¿pero tú también? — y papi miraba embobado a mami.

—Sí, hijo, sí; yo también... Todos hemos comprado perros.

—Yo también, señor — dijo Juana muy apurada.

—¿Pero es que le has dicho a todo el mundo que te compre un perro, tontuela?

—Sí, papi; pero nadie más que tú me hacía caso...

—¡Pues si llegan a hacerte!... Y ahora, ¿qué hacemos nosotros con esta familia? ¿Me quieres decir qué hacemos?

—Pues... ponemos uno en cada habitación.



Maimón el morito

PAPI tiene un hermano que se llama tío Rodrigo. Vive en África, y viene algunas veces a vernos. Ahora está aquí.

Me dijo al irse la última vez:

—Cuando vuelva, si no me muero, traeré al morito que me sirve, para que juegues con él. Es muy simpático. Ya verás qué buenas migas hacéis...

—¿Y no le puedes mandar con alguien si te mueres?

Por eso ha traído ahora al morito, que es un negro de doce años, muy barrigón y con una trenza en la coronilla.

Mami ha dicho, al verle, que no es decente que yo juegue con

él. Y doña Benita que se lo encontró en el pasillo, echó a correr de miedo.

La verdad es que Maimón es feíto, y habla de un modo que da risa.

—Es un salvaje ¿verdad, tío?

—Sí, un poco salvaje, pero hay que tratarlo con cariño.

—Dime, mami; ¿me comerá?

—No creo... Pero bueno será que no te acerques mucho a él.

—No hagas caso, hijita — dijo mi tío—. Maimón es bueno y te querrá mucho... Como vea él que le tratáis con desconfianza, hará alguna trastada, y entonces sí que es temible...

Un día me lo encontré mirando el living por el ojo de la llave.

—¿Qué miras? ¿No ves que no hay nadie dentro?

—Haber *chines*.

—¿*Chines*? ¿Y que son *chines*? Serán duendes... pero ¿los ves?

—No, Maimón no poder porque no ser güeno, güeno... ¡No haber más Dios que uno! ¡Sólo uno!

—Y bueno, ya lo sabemos. Y *chines* ¿cuántos hay?

—*Chines* haber muchas *milientas*... *Priebar* tú a ver...

Miré. Pero no ví nada más que el living, con un rayito de sol en medio de la alfombra. Me parece a mí que esto de los duendes o de los *chines* no debe de ser verdad.

—Yo no veo nada, morito...

—Tú ver *chines*, si tú *quierer* Mi *sabier* cómo.

—Pues si que quiero verlos... A ver, dime eso...

—Si yo tener lagartijas, *alcranes*, escarabajos y secarlos al sol, tú ver *chines*.

—¿Qué porquerías!

—Mi madre *sabier* mucho. Dejar mudo un hombre y sin dientes otro...

—¿Pues tiene gracia tu madre!

—Si yo *quierer*, doña *Binita* quedar calva...

Doña Benita, que seguramente estaba escuchando, entró como una fiera.

—¡Bribón! ¡Moro asqueroso! ¿Qué te he hecho yo para que me dejés calva, negro de los demonios?

Al mismo tiempo que le decía esto, le tiraba de la trenza y le zarandeaba. Maimón, parecía una rata chillando. Juana vino a defenderle.

Después doña Benita se quejó a mami; y Maimón ha estado muchos días sin venir a casa, hasta ayer, que llegó con una carta del tío.

Yo salí a verle al pasillo.

—Celia *bunita!* Maimón *quierer* mucho tí.

—Y yo también te quiero, porque tu eres bueno. ¿Verdad morito que eres bueno?

—Yo malo, tu *guena* como un *ángela*. . . Yo *quierer decir* oración en tu cuarto. Los ángeles *venir tigo*.

—Bueno. . . ven corriendo, antes de que te vea doña Benita.

Se puso de rodillas junto a mi cama, y dijo una porción de cosas raras en su lengua. Después, con las palmas de las manos en el suelo, lo besó, cantando no sé qué.

—Yo *quierer tamien decir* oración en el cuarto de Binita.

—¡Si vieras qué poco te lo va a agradecer! No te quiere. . .

—Maimón *sabier tudo, tudo*.

Mientras él rezaba junto a la cama de doña Benita, yo fuí a la pieza de costura a entretenerla. ¡Buena se iba a poner si se enteraba!

Al fin, le sentí hablar con Juana en el pasillo, y cerrar después la puerta de la escalera.

Hoy, cuando me levanté, doña Benita seguía en la cama, porque se ha resfriado y mami no quiere que madrugue.

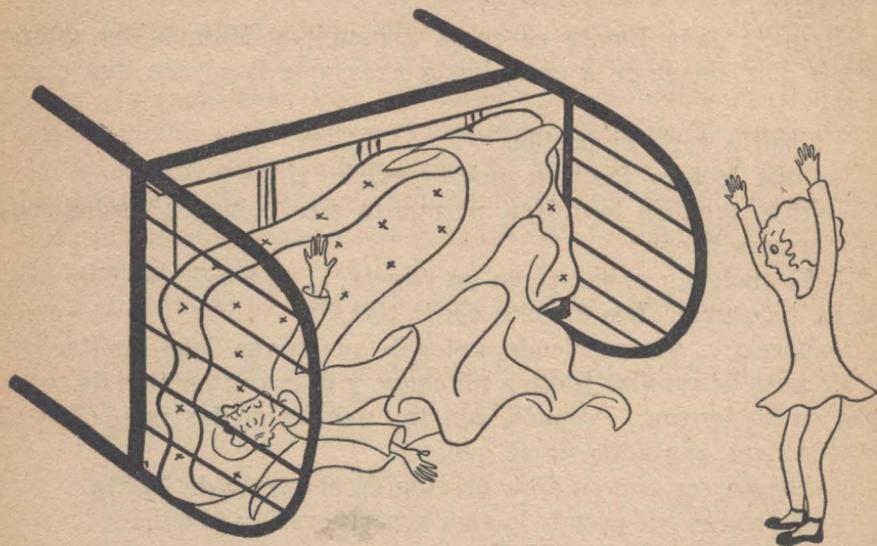
La cama está junto a la ventana, siempre abierta. Aunque ahora están en obras en el patio, doña Benita dice que con la persiana no la ve nadie, y que si cerrara la ventana se ahogaría enseguida.

—¿Verdad que hoy estás mejor; doña Benita?

—Sí, algo mejor estoy... Esta noche no he tenido tos.

—¿Sabes por qué? Pues porque Maimón ha estado rezando ayer junto a tu cama, para que vinieran los ángeles.

—¡Jesús, María y José! ¿Pero ese diablo ha estado en mi pieza? ¡Madre de mi vida, que me voy a quedar sin un pelo!



Tiene razón papi. Doña Benita es una aspaventera. Empezó a llorar a gritos como si la estuviera matando. De pronto se calló y me miró con los ojos muy abiertos.

En el patio sonaba la garrucha que tienen los albañiles en el techo para subir los baldes.

—¿Qué te pasa, doña Benita?

—¡Hija de mi alma, que la cama se mueve!

Y era verdad. La cama se movía y las patas se levantaban del suelo...

—¡Celia! ¡Celia! ¡Esta cama está endemoniada! ¡Ese maldito moro la ha encantado! ¡Ay, ay, ay!

—¡Pero bájate de ella!

—¡No puedo, no puedo!

¡Claro! No podía porque la cama subía, subía con ella encima...

Ya estaba muy alta, y aunque no se iba por la ventana, porque era más grande, se había encajado en ella.

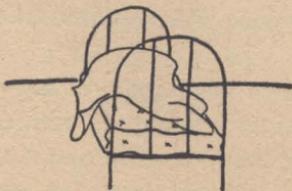
En el patio gritaban. Sonó un ruido terrible, y la cama y doña Benita se vinieron al suelo...

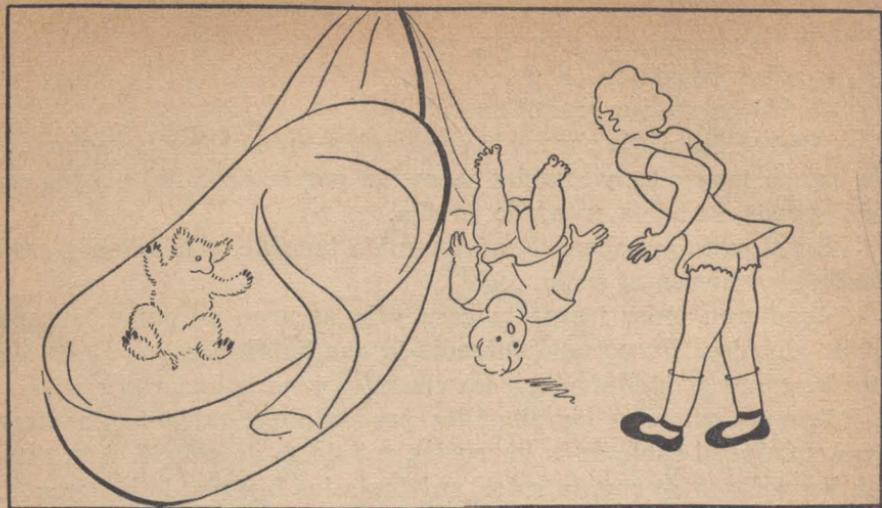
Acudieron todos los de la casa y la sacaron de entre la ropa, dando alaridos. Pero nadie entendió lo que había pasado. Doña Benita les contó lo de Maimón, y los encantos y no le hicieron caso.

Después vinieron los albañiles preguntando quién había atado unas cuerdas al cable de la garrucha, y todo se descubrió. Aún estaban los pedazos de cuerda rotos, sujetos a los hierros de la cama...

Eso es lo que había hecho el pícaro Maimón en la pieza de doña Benita.

A mi tío le hizo mucha gracia cuando lo supo; pero se enojó con el morito, y tanto le ha tirado de las orejas, que dicen le han crecido una cuarta.





Pesando a Baby

DE pronto mami se acordó de que nos hacía mucha falta una balanza para pesarlo todo. Pero, ¿cómo habíamos podido pasarnos sin una balanza?

Resulta que comíamos las papas, el arroz y la carne, sin saber lo que pesaban... Mami no hablaba de otra cosa. "Hay que comprar una balanza". "¡No hay más remedio que comprar una balanza!

Además, a Baby se le pesa todas las semanas, para ver lo que engorda, y es muy molesto tener que avisar a la farmacia para que vengan con la balanza. ¡Así que no da que hacer el pobrecito Baby, llorando todo el día!

Pero, digo yo que, cuando llora tanto, es por algo. Antes lloraba porque le dolía la barriga.

—¿Y ahora por qué llora, mamita?

—Porque ha cambiado el sueño. El ama dice que por la noche no duerme, y por el día no le deja ella dormir, y está todo el día desesperado. Esto se acabará en cuanto traigan la balanza. Le pesaré todos los días, y si no engorda tendrá que dejarle dormir a la hora que Baby quiera.

—¡Naturalmente! ¡Mira qué graciosa es el ama con haberle cambiado el sueño! Ella se ha quedado con el sueño de Baby, y a él le ha dado el sueño de ella. ¿es eso, mami?

—¡Jesús! ¿Pero qué galimatías estás armando?

Bueno, no lo entendí bien, porque no me lo explicaron... Pero Baby duerme ahora de noche y de día, y sigue llorando los ratos que tiene libres.

Yo sé por qué llora; pero no lo quiero decir, para que no se enojen. El otro día estaba solito en su cuna, y le dije:

—¿Sabes Baby? Desde mañana tengo vacaciones, y ya no volveré al colegio hasta el año que viene; *ma mère* me lo ha dicho.

Se puso a reír y a dar golpes con las manos sobre la cama. ¡Estaba como loco de alegría! Después se quiso poner de pie, y le ayudé, porque es muy torpe.

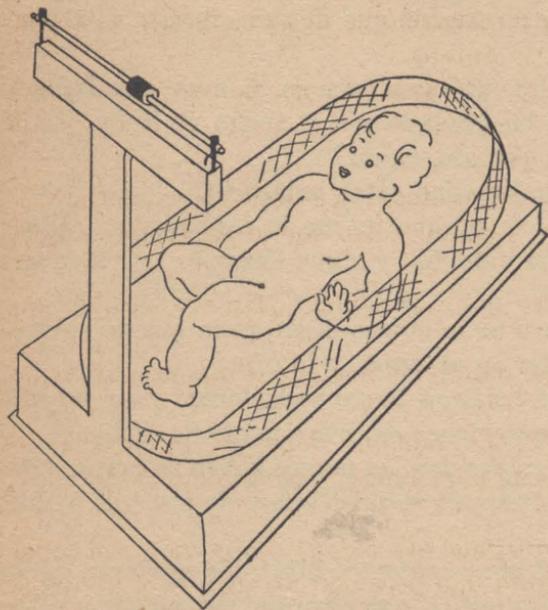
—¡Pues no te pones tú poco contento, hijo! Te advierto que a tí no te dan vacaciones, es a mí solita, que para eso soy mayor y estoy aprendiendo francés y ya hablo muy bien... No como tú, que no dices más que "papa, mama, tata, aba". ¿Me quieres decir tú a mí qué es "aba"? Pues nada, hijo, nada, sino que eres un tonto que nunca va a aprender a hablar.

¡Qué enojado se puso! Empezó a dar chillidos, y se quería tirar de la cuna. Al fin, se tiró, y se pegó un golpe contra el suelo, que casi se mata...

¡Claro! Vinieron todos corriendo y, en vez de hacer algo para que se callara, todo era preguntarme:

—¿Qué le ha ocurrido? ¿Lo has tirado tú? ¿Se ha caído él?
¿De dónde se ha caído? ¿Cómo se ha caído?

—Pues primero se le cayó la cabeza... y después todo él detrás.
Cuando se le pasó el susto, siguió llorando como si tal cosa.



Y todos decidieron que en cuanto podamos pesarlo todos los días, se sabrá por qué llora, y no llorará más.

Esta mañana se levantó el ama diciendo que el niño no la había dejado pegar los ojos.

—¿Qué es lo que no te a dejado?

—Dormir... El niño ha perdido el sueño.

—¡Pues vaya un tra-jín que trae con el sueño!
¡Unas veces le cambia y otras le pierde! ¡Esas son tonterías tuyas, ama!

—No son tonterías.
¿Por qué llora el pobrín, entonces?

—Pues llora porque quiere que le den vacaciones como a mí.

—¡Pero si no va al colegio!

—¿Y qué importa? Tú no entiendes de eso.

Papi salió conmigo y fuimos a una ferretería a comprar una balanza con su canastilla pesa-bebés.

—¿Dónde se la llevamos? —preguntaron.

—Nos la llevaremos nosotros, porque hace falta en seguida —dijo papi.

Cuando llegamos a casa, Juana nos dijo que había llegado de Córdoba, la tía Rosario, que es una prima de papi. También estaba Ricardito, que es su hijo, y una gallina amarilla, atada con cintas, que nos habían traído de regalo.

Baby estaba durmiendo y, como no se le podía pesar, la tía se empeñó en que pesáramos a la gallina.

Pesó no sé cuanto, y la tía Rosario se puso tan orgullosa como si la gallina fuera ella.

—¡Es toda manteca! —decía.

¡Qué asco! ¡Una gallina de manteca! Yo decidí no comerla.

Al fin, se despertó Baby, y mami quiso que lo pesáramos en seguida.

¡Qué gritos daba! No se nos oía hablar. ¡No era posible entenderse!

Ricardito me pareció muy tonto. No hacía más que preguntarme cosas.

—¿Qué dices, Ricardito? ¿Que por qué le pesan? Para saber lo que engorda y qué motivos tiene para llorar. ¿No me oyes? Lo creo. Yo tampoco te oigo a tí.

Pesó ¡once kilos y medio! ¡Qué atrocidad! Baby va a ser como ese gigante del circo que levanta una pesa con los dientes y un hombre en cada mano.

Mami apunta el peso en un cuadernito, sonriendo satisfecha... Pero ¿por qué estará tan contenta de tener un hijo tan formidable? ¿Qué pensará hacer de él cuando sea mayor?... Porque para pasear por el Parque y conducir el "auto", digo yo que no le hacía falta ser gordo...

—¡Es todo manteca! —decía la tía Rosario.

—¿Qué dices, Ricardito? Con los gritos de Baby no oigo nada... ¡Ah!... ¿Qué quieres pesar a Dik el perro de lanas? No puede ser.

Mami no quiere; dice que nada importa lo que pesa Dik... ¡No llores bobo! Pero, ¿qué dices? ¿Que si pesan a la gallina bien podían pesar a Dik? No, no es igual. A una se la van a comer y al otro no... ¡Qué disparate!... ¡Pues no me pregunta que si nos vamos a comer a Baby!...



El pájaro Alfredo

TENÍA yo un disgusto terrible. Hacía unos días que papi y mami no me querían.

Con pretexto de que manchaba el mantel y comía con los dedos, me habían castigado a comer en mi cuarto.

Tampoco mi pieza era ya la misma. Decían que gritaba, que cantaba, que arrastraba los muebles y que no dejaba trabajar a papi. ¡Tonterías! Por eso me pusieron junto a la pieza del ama, en la otra punta de la casa.

¡Ni patinar por los pasillos me dejaban!

—¡Esto es una tiranía insoportable! —dije yo en el cuarto de

costura—. Esta casa es mía lo mismo que de papi y mami. Yo soy también ama de la casa.

—¿Tú que has de ser? —dijo el ama, que está muy gorda y es casi tonta—. Tú no eres nada ni nadie... , tú eres inclusera...

Como nadie me había dicho nunca eso, pregunté a doña Benita.

—Dime, ¿qué es ser inclusera?

—Pues no tener padre ni madre y no llamarse nada.

—Yo me llamo Celia y tengo papi y mami... ¿Es que hay niños que nunca han tenido papás?

—No; todos han tenido padres... Pero cuando son malos, ¿sabes?, los papás se aburren y dicen: “¡Ya no eres mi hijo!, se acabó”.

—¡Ay, Dios mío, que sí, que soy inclusera!

Desde aquel día estuve muy disgustada, y me dediqué a preguntar a todo el mundo cómo se dejaba de ser inclusera. Pero me contestaban unas cosas tan raras y tan complicadas, que nunca lo entendí.

Una tarde estuve en casa de María Teresa y le conté lo que me pasaba.

—Estoy muy triste, ¿sabes?, porque soy inclusera.

—¿Y qué es eso?

—Pues que mi papi y mi mami se han cansado de mí y ya no quieren que sea su hija.

—¡Qué atrocidad! ¿Y qué vas a hacer? Porque si ya no eres su hija, tendrás que irte de tu casa...

—No sé. Si hubiera un pozo en el patio me tiraría, como la niña del cuento “Las dos hermanas”, y la bruja del fondo me llevaría a su casa para que sacudiera el colchón de pluma... Luego me daría el premio de la lluvia de oro... Pero, ya ves, en mi casa no hay pozo...

—Ni tampoco tienes madrastra, como la del cuento.

—¡Es verdad!... Yo no me acuerdo de ningún cuento en que haya una niña inclusera.

—A “Pulgarcito” tampoco le querían en su casa.

—Porque no tenían qué comer. Nosotros comemos todos los días... Además, le perdieron en el bosque, y a mí no.

—¡Claro, es diferente! ¿Y qué vas a hacer?

—No sé, no sé... ¡Dime, tú, algo!

—Pues, mira: se me está ocurriendo una cosa... Nosotros tenemos un Alfredo.

—¿Qué es eso?

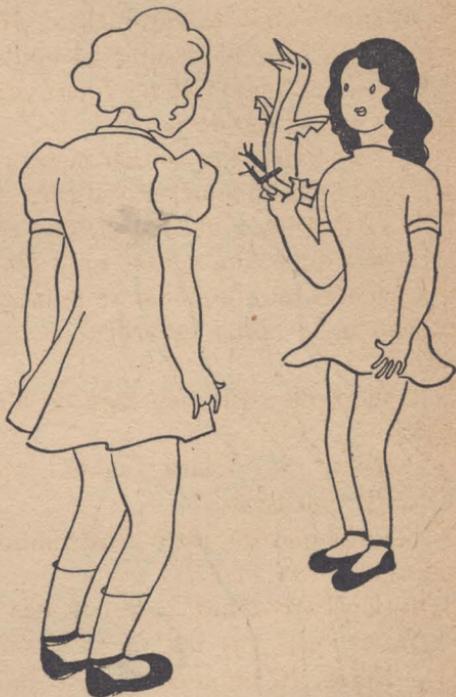
—Pues un pájaro de madera. Es bastante feo; tiene la pechuga blanca y las alas muy cortas y negras, como brazas... Es muy raro... Así, al verle, parece que no es nada; pero luego..., ¡ay, no sabes!... Tan pronto como lo tienes guardado entre tus vestidos, la gente empieza a regalarte todo lo que quieras, y a quererte todo el mundo, y a darte premios en el colegio...

—¿A tí te pasan todas esas cosas?

—No; a mí, no. La abuelita me ha explicado que Alfredo no sirve más que siendo muy buena, muy buena, y yo soy muy mala... Te lo puedo prestar, hasta que no seas inclusera, y luego me lo devuelves.

Me traje el pájaro a casa, bien escondido entre el abrigo, porque me dijo María Teresa que me lo daba en secreto.

Desde el día siguiente empecé a ser muy buena. No hablaba, ni en casa ni en el colegio; jugaba sin hacer ruido; no patinaba por





los pasillos, y comía sin mancharme...

Algunas veces me quedaba sin comer, de tan buena que era... Otras, me hubiera puesto a cantar; pero me acordaba de Alfredo, que estaba quietecito en mi armario, esperando que fuera buena, para hacer por mí todo lo que le pidiese, y me quedaba callada.

Ya hacía casi una semana que Alfredo estaba conmigo, cuando me dieron en el colegio la banda y la medalla de aplicación y buen comportamiento. ¡Nunca me había ocurrido cosa igual! En cuanto llegué a casa, le dí un beso al pájaro.

Aquel día comí ya en la mesa otra vez, y papi no hacía más que preguntarme:

—¿Por qué comes tan poco?

—Porque como con cuidadito para no mancharme el vestido.

—Eso está bien; pero es preciso que comas todo lo que quieras. ¿Es que no te gusta? Hay que variar más y procurar que no falte nunca la mermelada para la niña... ¿De qué te gusta más de frutilla o de manzana?

—¡Ay, qué cariñoso estaba papi! Pues mami también lo estaba...

—Dime, hija: ¿qué haces en tu pieza que no se te siente?

—Jugar despacito...

—Es que te aburres ¿verdad? Desde mañana te vamos a cambiar cerca de nosotros. Yo creo que tienes miedo y no duermes, porque todo el día tienes cara de sueño.

Y otra vez pusieron mi cuarto donde estaba antes de ser incluida. ¡Alfredito, precioso!

Papi y mami me miraban mucho y hablaban en voz baja. Al fin me llamó papi a su escritorio:

—¿Qué te pasa, hija mía! Dímelo a mí.

—Nada.

—Entonces ¿por qué estás siempre callada y no gritas como antes?

—Porque soy muy buena.

—No, no es por eso... A tí te pasa algo. ¿Es que estás enferma? ¿Dónde te duele, hija? Dímelo.

—No me duele nada. Es que soy muy buena...

—Ya lo sé. Lo que te pasa es que no estás contenta en el colegio. Esas hermanas deben de ser insoportables, y te hacen estudiar mucho y te castigan...

—¡Que no, papi que no! Al contrario. Son lo más buenas... y yo también soy muy buena...

—Entonces, ¿qué te ocurre? Hoy no vas al colegio... Vamos a ir juntos a comprar unos periquitos de Australia, de esos que te gustaron tanto el otro día... Y ya puedes ir pensando qué más quieres que te compre, porque vamos a llenar el "auto" de juguetes...

¡Alfredito, te has portado como un héroe!

Ya se lo he devuelto a María Teresa, y ya soy mala otra vez, porque me aburría.

Hoy he patinado por los pasillos, haciendo un ruido horrible. Papi ha entreabierto la puerta del escritorio y me ha mirado sonriente y con cara de Pascua.

—Ya estás bien otra vez, ¿verdad, hija mía?

—¿Quieres que no patine?

—No, no, hija; por mi puedes seguir... Casi me gusta oírte...

¡Yo estoy asombrada!...

Si alguna de las niñas que me conocen necesita el Alfredito, yo me encargo de pedírselo a María Teresa.



El borriquito

LOS jueves salgo de paseo con doña Benita, y vamos al Parque si hace buen día. Carlotita o María Teresa suelen venir con nosotras, y entonces me divierto mucho.

Doña Benita no quiere caminar, y hay que sentarse en seguida.

—¿Por qué no caminas, doña Benita?

—Porque soy muy vieja y las piernas ya no me sostienen.

—Eso es una tontería. Igual de viejas son tus manos, y las mueves como yo... Y tu lengua, y hablas sin parar todo el día.

—¡Pero niña!

Al fin se sienta en un banco, y nosotras jugamos al escondite, o a la maneba, o a la piedra libre.

Algunas veces nos vamos tan lejos, que no sabemos volver al banco donde se ha quedado doña Benita, y... ¡nos llevamos cada susto!

—¡Ay, Dios mío! ¿Y ahora qué hacemos? ¿Cómo le decimos a mami que se nos ha perdido doña Benita?

Siempre acabamos por encontrarla. Al vernos llora, pero no nos riñe; y nos besa, como si nos hubiera ocurrido una desgracia.

—¡Déjame, doña Benita, que me llenas la cara de lágrimas!

—¡No lo volváis a hacer, picaronas! —dice. Pero nosotras nos olvidamos y al día siguiente pasa igual.

Ella querría que siempre estuviéramos a su lado; pero nos cuenta unas historias tan sin gracia, que nos aburrimos.

A María Teresa le habla siempre de su abuelo, yo no sé por qué. Que si era tan inteligente, que si era tan buen mozo, que si era tan bueno...

—A ver si tú eres tan inteligente como él, que vino a la ciudad con la camisa rota y llegó a tener un millón.

¡Vaya una manía que tenía el abuelo! ¿Para qué querría un millón de camisas rotas?

La pobre doña Benita está cada día más tonta. Juana lo está diciendo siempre.

El último día que estuvimos en el Parque fuimos solas, y nos pasó una cosa terrible. Papi y mami se enojaron muchísimo.

Pues ocurrió que, como hacía mucho frío, doña Benita no se pudo sentar, y estuvimos caminando todo el tiempo.

A fuerza de caminar, caminar, salimos por una puerta a un paseo ancho, y no sabíamos volver a casa.

—¡Va a llover! —decía doña Benita— ¡Va a llover y nosotras perdidas por estas calles! Resa, niña, resa, para que la Virgen nos enseñe el camino.

Corríamos, corríamos, y yo rezaba, pero la Virgen no nos hacía caso.

—¿Por qué no preguntamos a alguien?

—Porque se reirían de nosotras y nos dirían el camino contrario.

—¡Qué tontería! Pues yo voy a preguntar.

Pasaban por el medio de la calle dos chicos, tirando de un burro pequeñito que no quería andar.

—Dime, chico: ¿tú sabes por dónde se va a la calle Serrano?

—Pues al revés.

—¿Cómo al revés?

—Para el otro lado. ¿No ves que así dónde váis es al Pacífico? Aquello que se ve allí es la Avenida.

Doña Benita no le creía.

—¡Quiá! Aquella calle no puede ser la Avenida.

—¡Cómo que no! ¿Pero es que ha venido usted en el tren de las once?

Doña Benita se enojó mucho de que le dijeran lo del tren, y siguió caminando sin hacerle caso. Yo seguí preguntando y, cuando supe bien el camino, les dije:

—¿Adónde van con ese burrito?

—Al matadero.

—¿Lo van a matar?

—¡Claro! No sirve para nada... Lo estaba criando la burra y se ha muerto. En el matadero dan dos pesos por él... ¿Lo quieres comprar tú?

—¡Doña Benita! ¡Doña Benita!

Los chicos gritaban también:

—¡Doña Benita! ¡Doña Benita!

Tuve que ir a buscarla, porque no quería volver.

—Doña Benita, dame dinero para comprar el burrito, que lo van a matar si no.

—¡Qué lo maten! ¡Vaya una ocurrencia!

—¡No, no! ¡Yo no quiero que lo maten!

—¡Pero si no lo han de matar, tonta!

—Sí, señora, que lo llevamos al matadero, y no será para que le den rosquillas.

—¡Sois unos bárbaros! ¿Qué os ha hecho el pobre animal?

—Como hacernos no nos ha hecho nada, que yo sepa... Pero todavía no sabe comer, y está a régimen lácteo, ¡Eso es lo que pasa señora! Doña Benita no entendía nada, y yo se lo expliqué.

—No tiene madre ¿sabes?

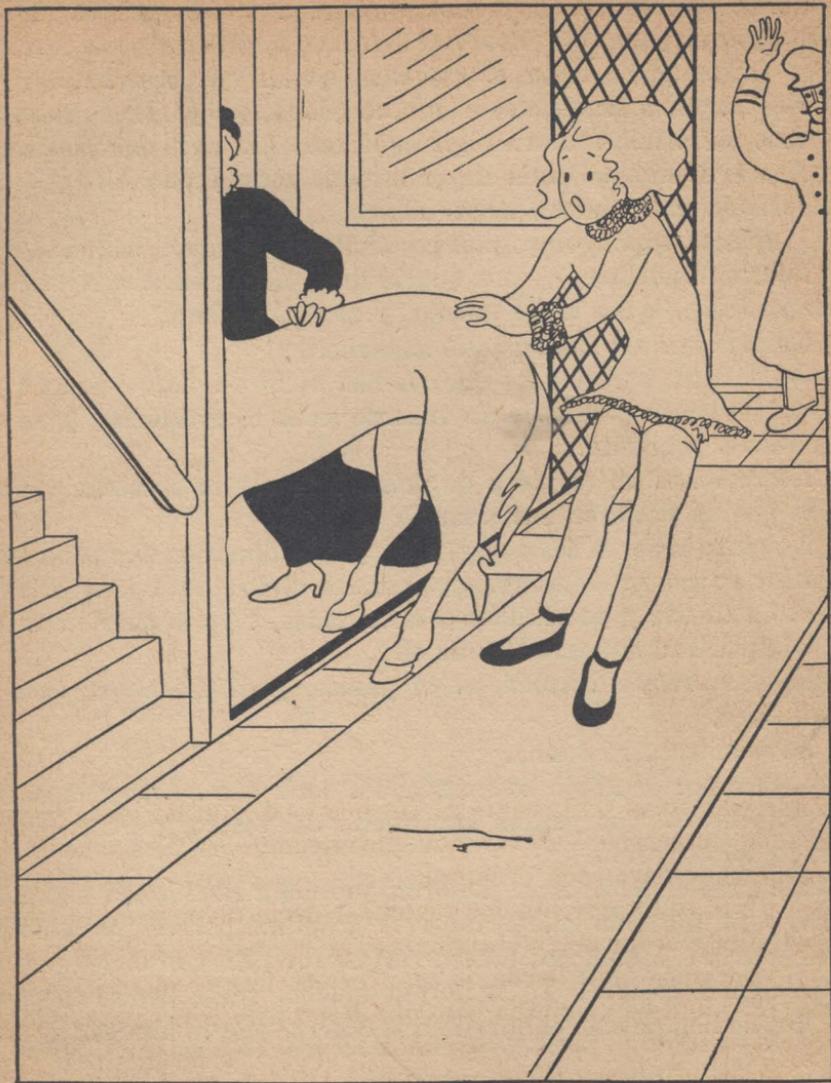
—Sí, señora, eso es; y el ama sale cara entre pendientes y delantales de puntillas...



¡Decían unas tonterías! Al fin nos lo dieron por peso y medio, y cuando empezaba a llover nos encontramos en medio de la calle sin saber qué hacer con el burro.

—¿Ves tú en qué líos me metes? —decía doña Benita— Ahora, ¿cómo vamos a llevar este animalito, si no quiere caminar?

Compramos una cuerda en una ferretería y se la atamos al pesquezo. Tirando yo y empujando doña Benita, fuimos caminando muy despacio. Pasó un “taxi” y quisimos subirnos: pero el chófer no nos admitió con el burro. ¡Qué gracioso!



Cada vez llovía más, y nos refugiamos en una puerta. En seguida salió el portero y nos echó. Dijo que allí no podía estar el burro. Sí que podía estar, es que él no quería que estuviera.

Nos pusimos tan tristes el ver, al pobrecito burrito tiritando, y teníamos tanto frío nosotras, que hubiéramos llorado de buena gana.

Nos aguantamos hasta llegar a casa, porque decía doña Benita que llorando no íbamos a llegar nunca.

Llegamos, al fin, empapadas, y tiritando, como el burro.

Pedro, el portero, no nos quería dejar subir en el ascensor con el animalito. Yo me enojé mucho, y al fin, subimos.

Cuando nos vió Juana ¡qué aspavientos!

—¡Cállate, tonta! ¿Es que no has visto un burro nunca? Lo que has de hacer es traerle un vaso de leche bien caliente, para que se la beba el pobrecito.

Lo metimos en la pieza de doña Benita y lo secamos con sus toallas que se pusieron sucísimas.

No quiso beber la leche en el vaso, y se la dimos en una palangana. Después se puso tan contento, que brincaba como si estuviera bailando.

Doña Benita y yo estábamos encantadas, y ya lo queríamos mucho. No podíamos separarnos de él.

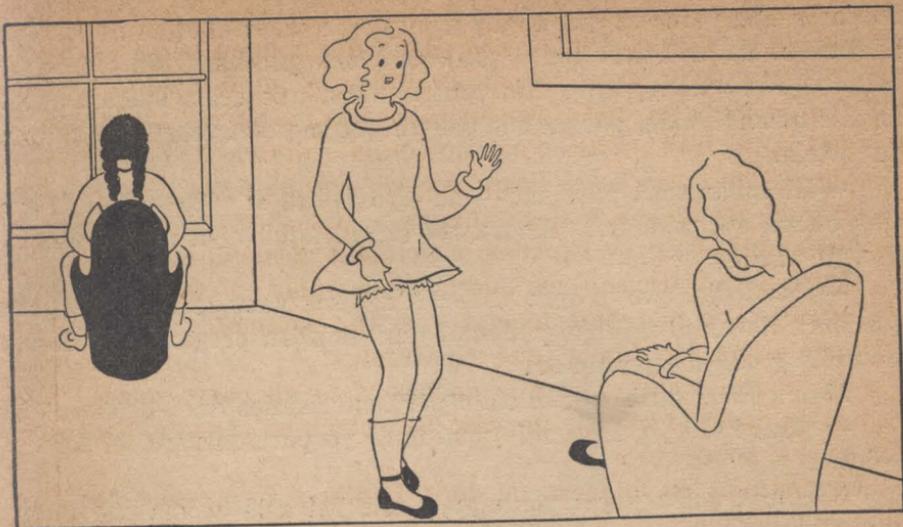
Le llamaremos Picarín, si te parece, ¿no? Mira qué cara de pícaro tiene.

De pronto entró Juana.

—El señor de abajo ha mandado a decir que no puede soportar esas patadas... Tus padres han vuelto del teatro, y Pedro les ha dicho lo del burro...

Vinieron enojadísimos. Dijeron que doña Benita era una vieja chocha y yo una niña insoportable... Papi me parece que tenía ganas de reír... Mami, no; estaba furiosa... ¡Me han dicho que voy a ir interna al colegio! Yo he llorado mucho. Doña Benita suspira...

Hoy se han llevado el burrito a la Sierra. ¡Se va a morir de frío!



Lo mismo que en los cuentos

EL tío Rodrigo nos invitó a almorzar a las tres sobrinas: a Lolita, a María Rosa y a mí.

—He traído de la India —nos dijo— un collar de marfil y lapislázuli, que será para una de vosotras... Como no tengo tres collares, las otras dos se conformarán con otros regalitos.

—¿Será para mí el collar? —preguntó Lolita, que es la mayor.

—No sé para quien será. Hoy pasaréis el día conmigo, y a la noche cuando vengan por vosotras, daré a cada una lo que merezca.

—Tío Rodrigo, eso está muy mal explicado —le dije yo— En los cuentos, para conseguir el premio hay que matar al dragón, o ir a

buscar a una princesa que está encantada, o traer el agua de la vida al rey que se está muriendo. ¿Qué tenemos que hacer de todo eso?

—De eso nada, hija. Me contento con que seais buenas, y no hagáis mucho ruido, porque me parece que me está amenazando una neuralgia.

—El collar será para mí —me dijo Lolita al oído—. Voy a ser más buena que ninguna. Ahora me siento aquí y ya no me muevo en todo el día.

—Pues hija, que te aproveche. A mí una vez que fuí buena, me quisieron llevar al médico, y siempre me estaban preguntando dónde me dolía y qué me pasaba...

María Rosa miraba a la calle por los cristales del balcón.

—¿Qué haré yo, Dios mío, qué haré yo para merecer el collar? —decía.

Ninguna quiso jugar conmigo, y me fuí a la cocina con Pepa, que es la cocinera.

—¡No te acerques, que te vas a manchar? —empezó a gritar en cuanto me vió.

—¡Calla, tonta! Si yo cocino en mi casa.

—¿Tú?

—Sí. Una vez eché el queso rallado en los macarrones, y otra batí unas yemas en un plato... Pero se me volcaron...

—¡Claro! ¡Eso querrá la bruja de tu cocinera, que la ayuden!... ¿Y qué hacía entretanto ella?

—Pues... vino un brujo con la nariz muy colarada y se la llevó volando por la chimenea...

—¡Mira tú con lo que sale! ¡Ja, ja, ja! Vete, a divertir a tu tío, que está aburrido porque se le ha muerto la cotorra esta mañana.

—¿Y cómo ha sido? Cuando estaba en casa nunca le ocurrió eso...

El tío estaba muy triste en su escritorio, porque cuando no hace sol se aburre y le duele la cabeza.

—¡Vaya por Dios! ¿Quieres que juguemos a la pipiragaña?

—No, hija, no.

—¿Quieres que cantemos aquello de “En Cádiz hay una niña que...”

—¡Vete, hija vete! ¡Humor tengo yo para cantar!

—Pues entonces no sé... ¿Cómo se te pasa otras veces, cuando estás triste?

—Según: leyendo o durmiendo... Vete, niña, vete con tus primas.

—¿Y si yo te contara el cuento de la mariposita?

—Como si no. Ya lo sé...

—¿Y el del gallito? No, mejor el de “Los príncipes encantados”, o el de “El cantor del bosque”, o “La princesita pan y miel”, o...

—¡Calla, calla, criatura! ¿No ves que me va a doler más la cabeza si sigues hablando así? Vete con tus primas...

Me fuí; pero no con ellas, sino con Maimón, el morito que sirve a mi tío, que andaba limpiando el polvo por la casa y dando unos suspiros terribles.

—¿Por qué suspiras, Maimón?



—Yorando, yorando mí.

—¡Pues estáis todos buenos! ¿Y qué es lo que te sucede? ¡Ah! Es por los tirones de orejas que te dió el tío por lo que hiciste a doña Benita.

—¡Mamarracho ella!

Me contó que desde aquel día todo lo hacía mal, y mi tío le pegaba mucho. Dijo que doña Benita le había hecho mal de ojo.

No le noté nada, pero era verdad, porque al poco rato rompió un jarrón que estaba en la chimenea...

Dió un grito, y escapó a correr sin recoger los pedazos. El tío vino en seguida.

—¿Quién ha sido?

—El gato

—¡El gato! ¿Qué gato?

—¡Ah! ¿Pero no tienes gato? Bueno... pues he sido yo...

El tío recogió los pedazos y se fué sin decir nada.

A la hora del almuerzo, mis primas se habían quedado dormidas.

—¿Qué les pasa a estas niñas?

—Es que se han dormido de tan buenas como son.

Maimón sirvió el almuerzo, con los ojos espantados y mirando siempre a mi tío, que no le decía nada.

Yo conté muchas tonterías para que se rieran; pero todos estaban serios. ¡Como que no vieron que me comía las yemas del platito!

—¡Pero Celia! ¿Por qué te has comido las yemas?

—¿A qué no lo sabes, tío Rodrigo?

—No, no lo sé.

—Pues para ver si te dabas cuenta... ¡Cómo estás tan distraído!

El tío ya se reía y empezaba a estar más contento. Yo charlaba por los codos, como dice mami. De pronto me dijo:

—¿Qué has ido a hacer en la chimenea para romper el jarrón?

—Pues, no sé... De esas cosas que pasan... ¡Creo que andaba cazando moscas!

—¡Bien dice tu madre que eres una loca!

Después de almorzar me dijo Lolita:

—¿Conque has roto un jarrón? ¡Pues te has quedado sin collar!

—¡Ya lo sé!

—¡Huy que niña más mal educada!

—¡Y tú que sucia! ¡Mira como te has manchado el vestido de grasa!

Lolita es muy rabiosa y me arañó la cara; yo le arranqué un mechón de pelo. El tío que estaba leyendo el diario, nos separó.

—¿Qué es eso, niñas? ¡Vaya una manera de hacer méritos! ¿No te ha dicho tu madre, a tí, Celia, que reces una salve cuando vayas a pegarte con una niña?

—Sí; pero a Lolita le ha dicho la suya que rece un avemaría y ha concluído antes...

El tío nos llevó de paseo en el "auto", y al anoecer volvimos a casa. Entonces, el tío Rodrigo abrió un cajón de la mesa y sacó tres paquetitos.

Maimón apareció de repente y se puso de rodillas.

—¡Celia bunita, ser mejor que tudas! No romper Celia jarrón... Romper mí, aojado de Binita...

—¿Es verdad eso; Maimón?

—¡Verdad, verdad, tuda verdad! —gritaba el morito sin dejarme hablar.

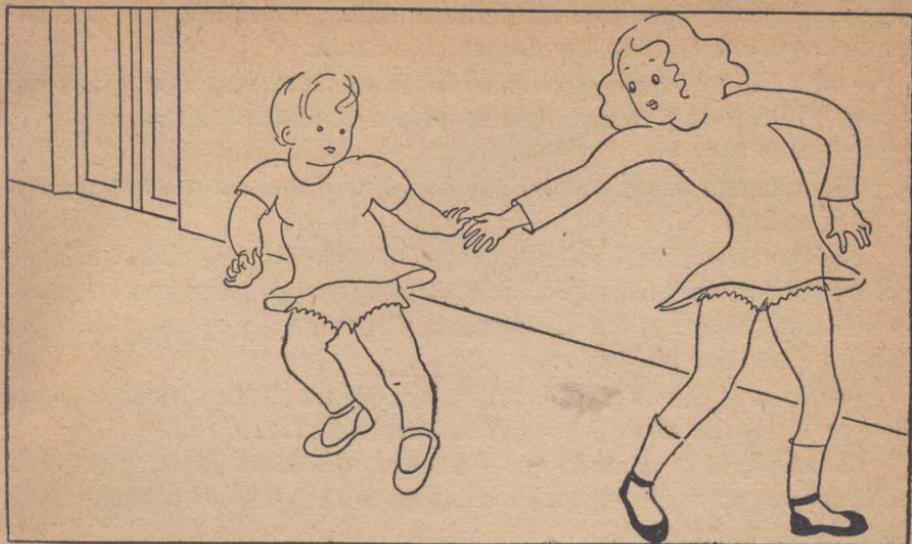
—¡Pero este morito es tonto! ¿No ves que te van a crecer las orejas una cuarta? No le hagas caso, tío, no le hagas caso...



El tío nos dió a cada una un paquetito y nos besó. Me pareció que me besaba a mí más que a ellas. . .

—¡No te creerás que te ha dado el collar! —me dijo María Rosa— Yo me he portado mejor que ninguna.

En la escalera los abrimos. ¡El collar estaba en el mío!



¡¡Adiós!!

MI hermanito Baby ya sabe caminar, y va como un patito por toda la casa. Además ya entiende todo, y yo le voy enterando de todas las cosas.

—Mira, Baby, esto que parece un camino de hule y llega hasta la puerta de la cocina, no es un hule, es un arroyo de agua transparente. ¿No ves cómo brilla? Los niños pequeñitos no pueden pasar por encima, porque se mojan... Cuando llegues a él debes gritar para que Juana, o el ama, o yo te pasemos de un salto...

—En cambio, ese otro camino que llega hasta la puerta del vestí-

bulo y parece alfombra, es de hierba mullida, y por él se debe ir siempre, porque a los lados hay dos precipicios...

—La alfombra grande del salón no es alfombra, es una isla desierta. Y la mesita dorada que hay en el centro es una cabaña para refugiarnos tú y yo.

Cuando nos asomamos al balcón, le he enseñado a decir adiós a todo el mundo.

—Vamos en un aeroplano, y estamos volando, volando... ¡Adiós, adiós; pobrecitos que os quedáis andando por las calles como tontos!

—Los sillones y los divanes son montañas altísimas, y hay que subir a ellas por un palo...

—No se lo digáis a nadie; pero, sin querer ¡hemos hecho un agujero en el medio, al sofá grande del escritorio!...

También le he contado que ese señor vestido de general, que está en el cuadro del salón, se pasea todas las noches por los pasillos cuando estamos durmiendo.

Yo no sé si lo ha entendido; pero le tiene mucho miedo, y llora a gritos en cuanto lo mira.

Por la noche, cuando el ama lo acuesta en su camita, yo voy a entretenerle hasta que se duerme.

—Yo soy un hada, ¿sabes?, y en lugar de manos tengo dos roncitos. ¡Mira, mira!

Y hago con los dedos como si dos bichos se subieran a la cama.

—¡Ya suben a la cuna!... ya están arriba... ya pasan por tus pies... y por encima de tu barriga... ¡ya te llegan a la carita!...

—¡Qué gritos se puso a dar una noche! Luego no lo podían hacer callar, y papi dijo que lo había asustado yo.

¡Claro que lo había asustado! Pero si no fuera por mí, el niño estaría casi tonto, como estaba antes.

¡El ama le dice unas simplezas! “¿Cómo hace el tren? Piiii. ¿Y el gallito? Quiquiriquí”. Después le toma la mano y le hace darse con ella en la cabeza.

“Date, date, date,
date en la mochita,
en la calabacita;
date, date, date,
hasta escalabrarte!”

Pues Juana le canta unas historias que ni siquiera sabe ella lo que son:

“Aserrín, aserrán,
maderitos de San Juan...”

Y también:

“A la rueda de la batata
comeremos ensalada...”

Y todo eso es tan feo y tan poco divertido, que Baby se estaba volviendo tonto de remate.

Hasta que yo me he dedicado a enseñarle todas las cosas bonitas que hay en la casa, explicándole que no son lo que parecen.

En el cuarto de baño es donde mejor pasamos los domingos que llueve, aunque ya no nos encerramos en él desde que me pegaron aquella paliza por no saber abrir...

Decimos que es un auto la bañera, y nos vamos en ella al centro de África. Es un juego divertidísimo; pero ¡ay! por su culpa me llevan interna a un colegio la semana que viene...

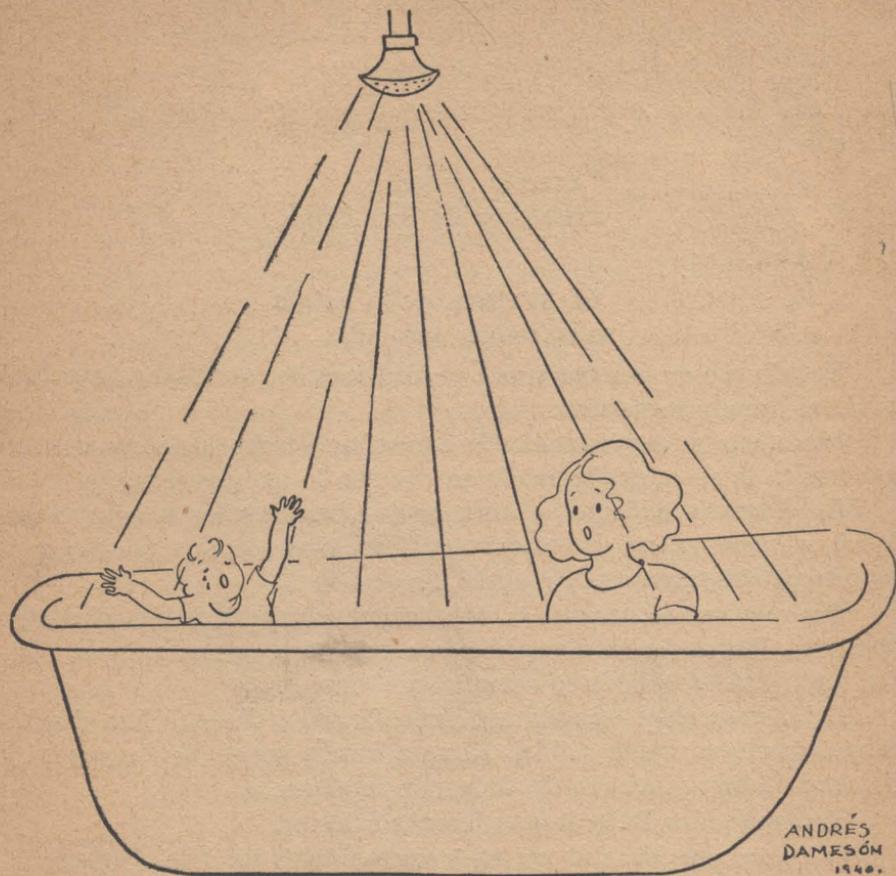
Estábamos solos en casa con doña Benita y Juana. Era domingo, y la cocinera había salido. El ama estaba no sé dónde, y papi y mami se fueron al campo desde por la mañana.

Yo expliqué a Baby lo que íbamos a hacer.

—Verás, precioso: ahora tú y yo teníamos un “auto” magnífico y nos íbamos a dar la vuelta al mundo. Esto que parece un baño no lo es; sino un “auto” forrado de raso blanco... En el fondo ponemos los cojines del salón y nos sentamos.

Tomé en brazos a Baby, que estaba muy contento, lo senté en los almohadones y nos fuimos de viaje.

—¡Mira, mira, Baby! ¿Ves ya los bosques y las praderas de la China? ¡Por allí va en su palanquín el emperador! “Buenos días, se-



ñor emperador. ¿Y la señora emperadora? ¿Y los emperadorcitos? Y el elefante blanco, ¿cómo está? ¿Todos buenos?”

Baby daba palmadas y gritaba muy contento.

—Ya hemos llegado a Jerusalén. “¡Eh, señora cigüeña, ¿vamos bien para la Martinica? ¿Dice usted que ya la hemos pasado? ¡Vaya, adiós, buen viaje!” ¡Ay, que tempestad se está armando! ¿No ves los relámpagos?

Encendiendo la luz y apagándola muy de prisa se hacían relámpagos de verdad, y para que hubiera también truenos me puse a dar patadas en el baño, con lo que Baby se reía como un loco.

Sonábamos el timbre todo el tiempo, porque era la bocina del “auto”, y oíamos correr de un lado para otro a Juana y a doña Benita llamándonos.

—Esos gritos que se oyen son los indios salvajes, que andan por los bosques, asustados de los truenos.

Después se me ocurrió abrir la ducha para que lloviera un poco, y, ¡Dios mío, que manera de llover! El agua nos caía por la cara y por los vestidos, y yo estaba tan aturdida que no sabía cómo parar aquello...

Baby estaba morado, y tenía la boca abierta sin llorar... Yo me ahogaba también. Y no sé lo que hubiera pasado si no entran Juana y doña Benita.

Nos sacaron del baño, zarandeándonos y gritando como furias...

—No te asustes, Baby, es que hemos caído en manos de los indios salvajes y nos van a comer...

En esto llegaron papi y mami y se pusieron furiosos al vernos tiritando de frío y empapados en agua... Además, los cojines del salón se habían desteñido...

Baby ha estado malito unos días, y creían que le había dado una enfermedad de estarse quieto, que ahora les dá a los niños.

Mami ha llorado mucho, y papi estaba siempre serio, sin hablar...

Al fin, todo lo he pagado yo, y me están haciendo la ropa para llevarme interna a un colegio. Me han dicho que ya no volveré a casa hasta que sea mayor y no sea un peligro para Baby...

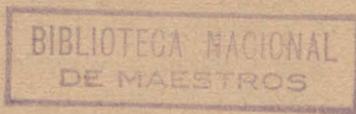
Todo eso lo dice mami. Papi no dice nada, y me parece que está más triste que yo con que me vaya de casa para tanto tiempo.

¿Y vosotras, amigas mías, me olvidaréis? ¡Dios mío, yo que os quería tanto y que todo os lo contaba!

Pero ahora pienso, en que si váis a verme todos los domingos al salón de visitas del colegio, charlaremos y seguiremos siendo amigas. ¿Qué os parece?

¡La pobrecita Celia se alegrará de que la sigáis escuchando! y os contará todas las diabluras que pueda para haceros reír.

FIN



ÍNDICE

ÍNDICE

	PÁG.
Prólogo	9
Los Reyes Magos	11
El cumpleaños de la gata	17
El Osito de Felpa	22
Mami se va a la calle	26
Solita es la Cenicienta	29
Jugando a comiditas	33
La carabela de Colón	38
El negro del piso bajo	43
La madrina de Solita	48
El vestido corto	54
El demonio en casa	58
La aviación	63
Antoñito el tragón	69
El cuentagotas	75
Mami es un hada	81
La perra Dalila	86
Florita y sus papás	91
El hermanito	96
Mañana, sí	106
Doña Benita	110
Invitada	115
Los hijos de Dalila	120
Dormida en el jardín	124
Mi amiga Carlota	130
La compra de la Ermita	136
El duendecito	142
A servir	148
Mi hermanito y yo	154
El perro Domingo	159
La casa de tía Julia	163
El colegio nuevo	168
Yo soy un hada	174
El cuento del Chino	179
En el teatro	185
Coincidencias	191
Maimón, el morito	197
Pesando a Baby	202
El pájaro Alfredo	207
El borriquito	213
Lo mismo que en los cuentos	219
¡¡Adiós!!	225

OBRAS DE LA MISMA AUTORA:

CELIA: LO QUE DICE.

CELIA EN EL COLEGIO.

CELIA NOVELISTA.

CELIA EN EL MUNDO.

CELIA Y SUS AMIGOS.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL VEINTICUATRO DE DI-
CIEMBRE DE MIL NOVE-
CIENTOS CUARENTA, EN
LA IMPRENTA LINARI Y
CÍA., BARTOLOMÉ MITRE
1259, BUENOS AIRES.

